

APIANO

HISTORIA  
ROMANA

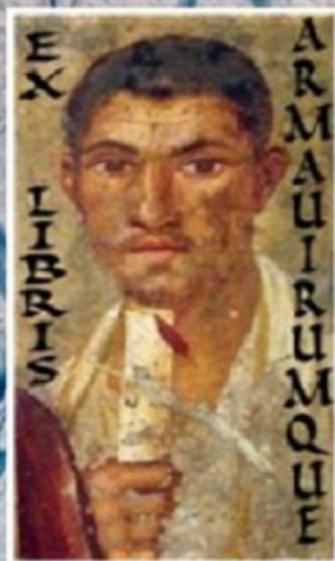
III

GUERRAS CIVILES  
(LIBROS III-V)

TRADUCCIÓN Y NOTAS DE  
ANTONIO SANCHO ROYO



EDITORIAL GREDOS



BIBLIOTECA CLÁSICA GREDOS, 84

Asesor para la sección griega: CARLOS GARCÍA GUAL.

Según las normas de la B. C. G., la traducción de este volumen ha sido revisada por ANTONIO GUZMÁN GUERRA.

© EDITORIAL GREDOS, S. A.

Sánchez Pacheco, 81, Madrid. España, 1985.

Depósito Legal: M. 14338-1985.

ISBN 84-249-3552-7.

Impreso en España. Printed in Spain.

Gráficas Cóndor, S. Á., Sánchez Pacheco, 81, Madrid, 1985. — 5832

## LIBRO IV

### SINOPSIS

1. Argumento del libro IV.
2. Constitución del Triunvirato.
3. Medidas tomadas por los triunviros.
4. Prodigios en Roma.
5. Elaboración de las listas de proscripción.
6. Pánico en Roma ante los primeros apresamientos y muertes.
7. Entrada en Roma de los triunviros.
- 8-11. Texto de la proscripción.
- 12-51. Las proscripciones.
  52. Panorámica de las guerras en el exterior.
  53. Cornificio y Sextio: comienzos de la guerra en África.
  54. Episodio de Sitio.
- 55-56. Arabio y Sextio vencen a Lelio y Cornificio: fin de la guerra en África.
  57. Sucesos del 44 a. C., relativos a Bruto y Casio.
  58. Sucesos del 43 a. C., relativos a Bruto y Casio.
  59. Casio obtiene cuatro legiones de Alieno.
- 60-62. Asedio y captura de Laodicea. Suicidio de Dolabella.
  63. Casio desiste de atacar Egipto.
  64. El destino de Tarso.
  65. Conferencia entre Bruto y Casio. Operaciones a principios del 42 a. C.
  66. Embajada rodia a Casio.
- 67-68. Discurso de Arquelao de Rodas.
- 69-70. Respuesta de Casio a Arquelao.

71. Derrota de la flota rodia en Mindo.
- 72-73. Asedio y toma de Rodas.
74. Diversas medidas de Casio tras la captura de Rodas.
75. Introducción a las operaciones de Bruto en Licia.
- 76-80. Heroico y trágico destino de la ciudad de Janto.
81. Toma y expolio de la ciudad de Patara.
82. Otras operaciones de Bruto en Licia. Combate naval entre Murco y Antonio en el Peloponeso.
- 83-84. Introducción a la guerra con Sexto Pompeyo en Sicilia.
85. Pompeyo consolida su situación en Sicilia. Combate naval con Salvidieno.
86. Antonio y Octavio cruzan de Bríndisi a Macedonia. Domicio Ahenobarbo y Murco cortan el paso de suministros.
87. Toma de posiciones en Macedonia.
88. Bruto y Casio pasan revista a sus tropas en el golfo de Mélna.
89. Confianza de Bruto y Casio ante la magnitud de sus efectivos.
- 90-100. Discurso de Casio a sus tropas.
101. Las tropas de Bruto y Casio avanzan por la costa de Tracia.
102. Saxa se retira del desfiladero de los corpilos.
- 103-104. Bruto y Casio franquean el desfiladero de los sapeos.
105. Bruto y Casio en Filipos. Situación de la ciudad.
106. Establecimiento y situación del campamento de Bruto y Casio.
107. Antonio avanza junto al campamento enemigo. Fortificación de ambos campamentos.
108. Bruto y Casio dejan pasar el tiempo sin combatir.
109. Antonio y Casio realizan labores de fortificación en el pantano.
- 110-112. Primera batalla de Filipos.
113. Muerte de Casio.
114. Bruto llora la muerte de Casio y sepulta su cadáver.
- 115-116. Batalla naval en el Adriático: destrucción de la flota de Antonio y Octavio.
- 117-118. Arenga de Bruto a sus soldados.
- 119-120. Arenga de Antonio a sus tropas.
121. Bruto rehúsa combatir, pese a las maniobras de Octavio.
122. Situación desesperada de Antonio y Octavio ante la falta de provisiones.
- 123-124. Bruto, a su pesar, consiente en combatir.
- 125-127. Preparativos para la batalla.
128. Segunda batalla de Filipos.

129. Antonio y Octavio persiguen a las tropas fugitivas.
130. Huida de Bruto.
131. Muerte de Bruto.
- 132-134. Semblanza de Bruto y Casio.
135. Entierro de Bruto. Bajas en Filipos.
136. Destino de otros notables tras la derrota de Filipos.
- 137-138. Consideraciones finales sobre estos hechos.

De este modo recibieron su castigo dos de los asesinos de César, abatidos ambos en sus respectivas provincias, Trebonio en Asia, y Décimo en la Galia. Y cómo lo recibieron también Casio y Bruto, quienes, en especial, encabezaron la conspiración contra César y controlaron todo el territorio desde Siria a Macedonia y poseyeron un ejército inmenso, tanto en fuerzas ecuestres como navales y más de veinte legiones de infantería, así como naves y dinero al mismo tiempo, este cuarto libro de las guerras civiles lo mostrará. Al hilo de estos sucesos tuvieron lugar en Roma la búsqueda y captura de los proscritos, y toda suerte de horrores, cuales no se tiene memoria que hubieran ocurrido ni en las luchas civiles o en las guerras de los griegos, ni tampoco en situaciones similares entre los romanos, salvo, únicamente en época de Sila, quien fue el primero que proscribió a sus enemigos. Pues Mario buscó y castigó a los que encontró, en cambio Sila proclamó mediante edicto la muerte de cualquier proscrito prometiendo grandes recompensas a sus matadores y bajo la amenaza de similares castigos para quienes los ocultaran. Sin embargo, los sucesos de Mario y Sila ya han sido expuestos en la historia de aquéllos, pero lo que ocurrió después es como sigue <sup>1</sup>.

---

<sup>1</sup> Capítulo introductorio, como es habitual en cada uno de los libros y que debemos atribuir directamente a Apiano. En este libro IV se puede establecer una estructura claramente definida: a) capítulo

2 Octavio y Antonio pactaron su reconciliación en una isleta pequeña y llana del río Lavinio<sup>2</sup>, en las cercanías de Módena. Cada uno tenía cinco legiones y, después de estacionarlas frente a frente, avanzaron con trescientos hombres uno y otro hasta los puentes sobre el río. Lépido en persona se adelantó e inspeccionó la isla y agitó su clámide como señal para que acudieran. Entonces, cada uno dejó a sus trescientos hombres sobre los puentes al cargo de sus amigos y fueron hasta el centro de la isla, a la vista de todos, y allí conferenciaron los tres<sup>3</sup>, ocupando Octavio el centro en su calidad de cónsul. Estuvieron reunidos durante dos días desde la mañana hasta la noche, y decidieron lo siguiente: que Octavio depondría su magistratura de cónsul y la asumiría Ventidio<sup>4</sup> por lo que restaba de año; que se-

---

de introducción (cap. 1), b) capítulos sobre la constitución del triunvirato (del 2 al 12, ambos inclusive), c) descripción de las proscripciones (del 13 al 51), d) introducción a la segunda parte del libro IV (capítulo 52), e) lucha entre los triunviros y los cesaricidas Bruto y Casio (hasta el final del libro); a su vez, encontramos, en esta segunda parte, diversificada la acción en distintos escenarios: África, Sicilia, Siria, Macedonia, lo que obliga al historiador a insertar pequeñas introducciones al pasar de un escenario a otro (así, por ejemplo, el cap. 57, para la empresa en el oriente de Bruto y Casio; el cap. 75, para las acciones de Bruto en Licia; los caps. 83-84, para los hechos de Pompeyo en Sicilia, etc.). Para más detalles, cf. GABBA, *Appiano e la storia delle Guerre Civili*, Florencia, 1956, págs. 177-179.

<sup>2</sup> De ser cierto el nombre del río, se desconoce su ubicación. Debía de estar entre Módena y Bononia.

<sup>3</sup> Noviembre del 43 a. C. (cf. RICE HOLMES, *The architect of the Roman Empire*, 2 vols., Oxford, 1928/31, I, pág. 216).

<sup>4</sup> Como cónsul *suffectus* (cf., sobre él, n. 96 a cap 80 del l. III). En calidad de colega, fue designado también como cónsul *suffectus* G. Carrinas. Sobré este último, cf. MÜNZER, en *RE*, s.v. *Carrinas*, número 2. Era hijo del famoso caudillo de Mario en el *Bellum Italicum*, de origen etrusco o umbro; había sido del partido de César, pretor en el 46 a. C., gobernador de la España Ulterior en el 45 a. C. (cf. T. R. S. BROUGHTON, *The magistrates of the Roman Republic*, I-II y supl., Nueva York, 1950-1960, II, pág. 308), en donde luchó contra Sexto Pompeyo (cf. *infra*, IV 83).

ría creada una nueva magistratura <sup>5</sup> por ley para dar salida a los conflictos civiles para Lépido, Antonio y Octavio, quienes la detentarían durante cinco años con poderes consulares <sup>6</sup>, así lo decidieron en vez de llamarla dictadura, tal vez por causa del decreto de Antonio que prohibía que existiera un dictador; que ellos designarían de inmediato a los magistrados anuales de la ciudad por un período de cinco años <sup>7</sup>; que distribuirían el mando de las provincias, obteniendo Antonio toda la Galia <sup>8</sup>, salvo aquella parte que limita con los montes Pirineos y a la que llaman la Galia Antigua <sup>9</sup>, en la cual parte, junto con España, mandaría Lépido, y Octavio tendría el mando de África <sup>10</sup>, Cerdeña y Sicilia y las otras islas del entorno <sup>11</sup>.

<sup>5</sup> Su título era *tresviri rei publicae constituendae*; de hecho, se trataba de una nueva modalidad a nivel institucional de la ya abolida y prohibida dictadura. Revivida la dictadura bajo esta nueva especie, ya nunca después los cónsules recobrarían su autoridad, aunque quedarían garantizados aún el prestigio de esta magistratura y su vinculación a la nobleza (cf. SYME, *The Roman Revolution*, Oxford, 1939, página 188).

<sup>6</sup> Hasta el 31 de diciembre del 38 a. C. Sobre la fecha final del triunvirato, véase la discusión exhaustiva de E. GABBA, *Appiani Bellorum Civilium. Liber Quintus*, Florencia, 1970, V, págs. LXIX-LXXIX.

<sup>7</sup> Para el 42 a. C., fueron designados cónsules M. Emilio Lépido (por segunda vez, ya lo había sido en el 46 a. C. con César) y L. Munacio Planco; para el 41 a. C., P. Servilio Isáurico y L. Antonio, y para el 40 a. C., Asinio Polión y Gn. Domicio Calvino.

<sup>8</sup> Es decir, la Galia Cisalpina y la Galia Comata.

<sup>9</sup> Galia Narbonense, que, junto con la España Citerior, fue para Lépido. Éste recibió también de manos de Polión la España Ulterior.

<sup>10</sup> Cuya posesión era dudosa, pues estuvo inmersa varios años en una guerra civil. El excesariano Q. Cornificio, procónsul de *Africa Vetus*, en el 44 a. C., permaneció fiel al senado y no reconoció al triunvirato. Él sostuvo una guerra contra T. Sextio, gobernador de *Africa Nova* (cf. cap. 53 de este libro, y SYME, *The Roman Revolution*, página 189 y n. 4).

<sup>11</sup> Sobre todo, Córcega. Estos acuerdos se vieron reforzados, como era usual, con una política de alianza matrimonial. Octavio repu-

3 Así se repartieron los tres, entre ellos, las posesiones de los romanos y aplazaron el reparto de las del lado de allá del Adriático, controladas aún por Bruto y Casio, contra quienes iban a luchar Antonio y Octavio. Pues Lépido ocuparía el consulado el año próximo y permanecería en la ciudad para atender a lo que fuera necesario allí, delegando en otros el gobierno de España. Decidieron también que Lépido retuviera tres legiones de su propio ejército para la custodia de Roma, y que Octavio y Antonio se repartieran las otras siete, tres para Octavio y cuatro para Antonio, de forma que cada uno llevara a la guerra veinte legiones <sup>11 bis</sup>. Y acordaron animar desde aquel momento al ejército con la esperanza en el botín de la guerra, prometiéndoles, entre otros dones, la concesión de colonato de dieciocho ciudades de Italia, distinguidas por el esplendor de su riqueza, de su suelo y edificaciones, y que serían repartidas entre los soldados incluyendo el suelo y las casas como si hubieran sido conquistadas, en vez de un territorio enemigo, en la guerra. Entre estas ciudades las más famosas de todas eran, sobre todo, Capua, Regio, Venusia, Benevento, Nuceria, Arimino e Hiponio <sup>12</sup>. De este modo seleccionaron las ciudades más hermosas

---

dió a Servilia, hija de P. Servilio Isáurico, colega de César en el 48 a. C., y se casó con Claudia, hija de Clodio y Fulvia, esposa, esta última, de Antonio y, por tanto hijastra de Antonio.

<sup>11 bis</sup> La suma de 43 legiones es el total de las fuerzas de Occidente, no las destinadas a asentar en colonias (éstas eran solamente 28 legiones, cf. *infra*, V 5). Sobre este asunto, cf. GABBA, *Appiani...*, V, Introd., págs. LIX-LX.

<sup>12</sup> Conocida también como *Vibo Valentia* (en el Bruto). Esta última y Regio fueron excluidas, después, de la confiscación y asignación, en consideración a su importancia en la guerra contra Sexto Pompeyo (cf. cap. 86 de este libro). En general, sobre la política de colonias y asignaciones agrarias de los triunviros, cf. GABBA, *Appiani...*, V, App. IV, págs. LIX y sigs., y C. NICOLET, *Roma y la conquista del mundo mediterráneo*, I (trad. cast.), Barcelona, 1982, pág. 65.

de Italia para el ejército, pero decidieron acabar antes con sus enemigos particulares para que no les perturbasen mientras estaban empeñados en estas tareas y llevaban a cabo una guerra en el exterior. Éstas fueron sus decisiones y todas ellas las pusieron por escrito. Octavio, en su calidad de cónsul dio lectura de las mismas a los soldados, a excepción de las listas de proscritos. Y ellos, al oírlas, prorrumpieron en gritos de júbilo y se abrazaron unos a otros en señal de reconciliación.

Mientras tenían lugar estos hechos, ocurrieron en 4 Roma muchos prodigios y señales terribles<sup>13</sup>. Y, así, los perros aullaban continuamente como lobos —un sig-

---

<sup>13</sup> Sobre este tema, cf. WEINSTOCK, *Divus Iulius*, Oxford, 1971, págs. 191-199. Hemos de ver en este hecho una influencia en Roma de la doctrina etrusca sobre la teoría del *saeculum*. Los etruscos utilizaron este concepto como unidad de cómputo o medida de la historia (así, según Censorino, escritor del siglo III de nuestra era, el poder etrusco vendría a su fin después de diez *saecula*, cf. CENS., 17, 5 ss.). Por *saeculum* hay que entender, según Weinstock, el espacio de tiempo de una vida humana (cf. CENS., 17, 2), o bien que un *saeculum* empieza con la fundación de ciudades y comunidades y termina con la muerte de los más viejos de aquellos hombres que han coincidido con la fundación. El final de un *saeculum* es anunciado por prodigios extraordinarios que son recordados en los libros rituales de los *haruspices*.— En Roma ya existían precedentes de tales prodigios en momentos cruciales de su historia, bien ante la llegada de un hombre clave en el decurso de la historia romana, o bien ante un cambio importante en los hechos políticos, el inicio de una nueva etapa (así, en el 88 a. C., se produjeron prodigios interpretados por los *haruspices* como el inicio de un nuevo *saeculum* y con él la guerra civil; cf. n. 256 al libro I para Sila). En el 55 a. C., se vio un cometa durante los *ludi Victoriae Caesaris*, y el *haruspex* Vulcanio declaró que era la señal del noveno *saeculum* y el inicio del décimo, revelado lo cual murió. Ahora se inicia una etapa decisiva en la historia de Roma: la etapa triunviral, que va a dar paso a una forma de gobierno institucional radicalmente distinta para siempre y, a nivel más concreto, a una etapa de horrores con las proscripciones, de ahí que pueda entenderse como el inicio de un nuevo *saeculum*, precedido de muchos prodigios e interpretado por los *haruspices*, el más viejo de los cuales (como en el caso de Vulcanio) murió tras dar una interpretación de los mismos.

no desagradable— y los lobos atravesaron el foro, animal éste impropio de la fauna ciudadana; el ganado vacuno emitió voz humana y una criatura recién nacida habló; algunas estatuas sudaron y otras sudaron sangre, y se oyeron grandes voces humanas, fragor de armas y carreras de caballos, sin que se pudiera ver a nadie. Aparecieron muchos signos desfavorables alrededor del sol, hubo lluvia de piedras y continuos rayos caían sobre templos y estatuas. A la vista de lo cual, el senado trajo de Etruria a sacrificadores y adivinos, y el más anciano entre ellos, tras decir que retornaría el poder real de antaño y que todos serían reducidos a la esclavitud con la única excepción de su persona, mantuvo cerrada la boca y contuvo el aliento hasta que murió.

- 5 Tan pronto como los triunviros entraron en el ejercicio de sus funciones, registraron en una lista a las personas que habían de morir, e inscribieron en ella a los poderosos, porque sospechaban de su poder, y a sus enemigos personales, y se intercambiaron entre ellos a sus propios familiares y amigos para que fueran ejecutados entonces y posteriormente. Pues añadieron a la lista unos nombres tras otros, algunos por enemistad, otros simplemente por rencor o porque eran amigos de sus enemigos o enemigos de sus amigos o porque destacaban por su riqueza<sup>14</sup>. Puesto que los triunviros necesitaban grandes sumas de dinero para la guerra, ya que los tributos procedentes de Asia habían sido entregados a Bruto y Casio, que aún estaban recaudándolos y contribuían también los reyes y sátrapas, en tanto que ellos, debido a que Europa, y sobre todo Italia, estaban

---

<sup>14</sup> Los estragos causados por esta medida entre los distintos órdenes sociales y políticos fueron de índole diversa, y su valoración resulta difícil y no siempre exenta de apasionamiento (cf. SYME, *The Roman Revolution*, págs. 191 y sigs.).

exhaustas por las guerras e impuestos, carecían de recursos. Por estas razones acabaron por imponer contribuciones muy gravosas a los plebeyos e, incluso, a las mujeres, y contemplaron la imposición de tasas por ventas y alquileres. Alguno hubo, por entonces, que fue proscrito por poseer villas y casas hermosas. En total, los condenados a penas de muerte y confiscación de bienes fueron alrededor de trescientos, entre los senadores, y unos dos mil del orden ecuestre. Entre ellos había hermanos y tíos de los triunviros y algunos oficiales a sus órdenes que habían tenido algún tropiezo con los jefes o camaradas de oficialidad.

Cuando los triunviros se encaminaron hacia Roma <sup>6</sup> desde el lugar de la conferencia, aplazaron la proscripción de la mayoría de aquéllos, pero decidieron enviar a algunos emisarios de improviso para que mataran por anticipado a doce hombres o, según dicen otros, a diecisiete entre los más influyentes, entre los cuales estaba Cicerón. De todos éstos fueron muertos de inmediato cuatro en banquetes y en los lugares donde se encontraban. Los otros fueron buscados y rastreados por templos y casas particulares, por lo que se produjo un tumulto durante toda la noche, gritos y carreras acompañadas de lamentos como en una ciudad tomada. Al conocerse que estaba teniendo lugar un apresamiento de hombres y que ninguno de los condenados previamente figuraba en una lista, cada uno pensó que él era uno de los buscados por los perseguidores. Y en un grado tal de desesperación, unos se dispusieron a prender fuego a sus propias casas, otros a los edificios públicos, habiendo elegido en su alucinación llevar a cabo algún hecho terrible antes de que les sucediera algo. Y tal vez lo hubieran hecho así, de no ser porque Pedio el cónsul, corriendo de un lado para otro con heraldos, les animó a que aguardaran hasta el alba para conocer con exactitud los acontecimientos. Cuando se hizo de día, en con-

tra del parecer de los triunviros, Pedio proscribió a diecisiete hombres como si fueran ellos solos los únicos responsables de las desgracias civiles y los únicos condenados, y a los demás les otorgó garantías públicas, desconociendo las decisiones de los triunviros. Y Pedio murió, a consecuencia del cansancio, la noche siguiente <sup>15</sup>.

- 7 Los triunviros hicieron su entrada en la ciudad en tres días sucesivos, cada uno de ellos por separado, Octavio, Antonio y Lépido, con una cohorte pretoriana y una legión de infantería cada uno. Y tan pronto como entraron, la ciudad se llenó de armas y de insignias militares distribuidas por los lugares estratégicos y, al punto, fue convocada una asamblea en medio de estas tropas. El tribuno de la plebe Publio Titio propuso una ley <sup>16</sup> para la creación de una nueva magistratura encargada de arreglar el desorden presente e integrada, con una vigencia de cinco años, por tres hombres, Lépido, Antonio y Octavio, con poderes consulares —su equivalente griego sería el de *harmostês*, nombre que los lacedemonios dan también a los gobernadores de las ciudades vasallas <sup>16 bis</sup>. No se concedió ningún margen de tiempo para estudiar la ley, ni se fijó con antelación un día señalado para su votación, sino que la ley se ratificó de inmediato. Esa misma noche se hizo pública, en diversos lugares de la ciudad, la proscripción de ciento treinta hombres, además de los diecisiete, y poco después la de otros ciento cincuenta. Y, sucesivamente, se añadieron a las listas los nombres de los que fueron

<sup>15</sup> Resulta especialmente patética la muerte de este hombre (aquí atribuida a un motivo excesivamente banal), horrorizado por una misión que hubo de desempeñar en razón de su cargo como tribuno.

<sup>16</sup> La *lex Titia*, que fue votada el 27 de noviembre del 43 a. C. y que establecía el Triunvirato según el pacto de Bononia (la actual Bolonia).

<sup>16 bis</sup> Aclaración de Apiano.

condenados con posterioridad o de los que, por error, habían sido muertos antes, para que pareciera que su muerte era justa. Se ordenó que las cabezas de todos los ejecutados se llevaran ante los triunviros a cambio de una recompensa fijada; ésta consistía en dinero, para el hombre libre, y para el esclavo, en su libertad, además del dinero; se ordenó que todos franquearan el acceso a sus domicilios particulares para una investigación, que quienes acogieran u ocultaran a proscritos o no permitieran la investigación sufrieran penas similares, y los que facilitaran información relativa a cada uno de estos particulares recibieran recompensas similares.

El texto de la proscripción era como sigue: «Marco 8  
Lépido, Marco Antonio y Octavio César, los que han sido elegidos para armonizar y enderezar los asuntos públicos, declaran lo siguiente: De no haber sido por la perfidia de unos hombres viles que, gracias a sus ruegos, fueron objeto de clemencia y que, una vez la encontraron, se tornaron enemigos de sus bienhechores y luego conspiraron contra ellos, ni hubieran asesinado a Gayo César aquellos a quienes él salvó por su clemencia, después de hacerlos prisioneros en la guerra, y les dio su amistad y confirió conjuntamente cargos, honores y presentes, ni nosotros nos veríamos obligados a usar de tamaño rigor contra quienes nos han ultrajado y declarado enemigos públicos. Pero la realidad es que, al ver que la maldad de aquellos que conspiraron contra nosotros y a cuyas manos murió Gayo César no puede ser atemperada por la generosidad, hemos preferido anticiparnos a nuestros enemigos a sufrir a sus manos. Y, en verdad, que nadie considere nuestra acción injusta, cruel o desmedida, teniendo presente lo que Gayo César y nosotros hemos sufrido. A Gayo, aunque era el magistrado supremo y Pontífice Máximo, aunque había sometido y anexionado a las naciones más temibles pa-

ra los romanos y aunque había sido el primer hombre en atreverse a cruzar el mar no navegado, más allá de las Columnas de Hércules, y el primero que descubrió un país desconocido para los romanos, lo mataron en mitad del edificio del senado, lugar considerado sagrado, bajo la mirada de los dioses, con saña cruel, de veintitrés puñaladas, unos hombres que habían sido sus prisioneros y por él salvados, y algunos inscritos como coherederos de su fortuna. Y los demás, después de este execrable crimen, en vez de castigarlos, enviaron a sus asesinos a desempeñar cargos oficiales y gobiernos de provincias, de cuyas prerrogativas se valieron éstos para saquear el tesoro público, gracias al cual andan reuniendo un ejército contra nosotros y piden otro a gentes bárbaras, enemigas siempre de nuestro imperio. Y de las ciudades súbditas de Roma, a las que no pudieron persuadir, las incendiaron, destruyeron o arrasaron hasta sus cimientos, y a otras, después de aterrorizarlas, las conducen contra la patria y contra nosotros.

9 «De algunos ya nos hemos vengado, y los restantes, si el dios nos asiste, al punto veréis que reciben su castigo. Y aunque las empresas más importantes las hemos rematado ya y están bajo control, así las correspondientes a España, la Galia y éstas de aquí de Italia, todavía resta una sola tarea, combatir a los asesinos de Gayo al otro lado del mar. Y nosotros, en trance de librar una contienda foránea en vuestra defensa, no juzgamos conveniente dejar en retaguardia a otros enemigos que pudieran aprovecharse de nuestra ausencia y aguardar las oportunidades que les procurasen las circunstancias de la guerra, ni, a su vez, debíamos demorarnos por su causa en tan gran apremio, sino dejarlos fuera de combate de una vez por todas a ellos que habían comenzado la guerra contra nosotros, al declararnos junto con nuestros ejércitos enemigos públicos.

»¡A qué inmensa cantidad de ciudadanos le acarrea- 10  
ron la ruina aquéllos, junto con la nuestra, desprecia-  
ndo la venganza de los dioses y la condena de los  
hombres! Nosotros, en cambio, no cebaremos nuestra  
cólera en ninguna muchedumbre ni señalaremos como  
enemigos a todos lo que se nos opusieron o conspiraron  
contra nosotros, ni tampoco a los que se distinguen sim-  
plemente por su riqueza, abundancia o dignidad social,  
ni siquiera daremos muerte a un número igual al que  
ajustició otro hombre que detentó el poder supremo an-  
tes que nosotros, cuando, aquél también, regulaba los  
asuntos del Estado en medio de luchas civiles, al cual  
llamasteis Afortunado a causa de sus éxitos; y, sin em-  
bargo, es forzoso que tres hombres tengan más enemi-  
gos que uno solo. A pesar de todo, sólo nos vengaremos  
de los más miserables y culpables de todos, y ello lo  
haremos en beneficio vuestro no menos que en el nues-  
tro. Pues, mientras existan diferencias entre nosotros,  
necesariamente os veréis envueltos en terribles sufri-  
mientos, y, por otra parte, debemos también procurar  
cierta satisfacción al ejército, que ha sido ultrajado, exa-  
cerbado y decretado enemigo público por nuestros co-  
munes enemigos. Y aunque hubiéramos podido detener  
sobre la marcha a quienes habíamos decidido, preferi-  
mos proscribirlos a apresarlos sin su conocimiento pre-  
vio; también procedimos así por vuestro interés, para  
que no fuera posible a los soldados, por mor de su irri-  
tación, cometer abusos contra ciudadanos inocentes, si-  
no que se limitaran a quienes habían sido cuidadosa-  
mente enumerados y designados por su nombre y se  
abstuvieran de los demás en virtud del mismo decreto.

»¡Que la suerte os acompañe! Que nadie acoja a 11  
ninguno de los registrados en este decreto de proscrip-  
ción, ni lo oculte, ni le facilite la salida, ni se deje so-  
bornar con dinero. Aquel que se descubra que trata de  
salvarlos o ayudarlos o que está en connivencia con ellos,

a ése nosotros, sin admitirle ningún tipo de excusa o perdón, lo pondremos en la lista de proscritos. Y quienes los maten, que traigan las cabezas ante nosotros y recibirán las siguientes recompensas, el hombre libre, veinticinco mil dracmas áticos por cabeza, y el esclavo, su libertad, diez mil dracmas áticos y el derecho de ciudadanía de su dueño. Las mismas recompensas habrá para los delatores. Nadie que las reciba será inscrito en nuestros registros a fin de que quede en el anonimato.» Tal era el texto de la proscripción en la medida en que pude verterlo del latín a la lengua griega <sup>17</sup>.

- 12 El primero en dar comienzo a la labor de proscripción fue Lépido, y el primero de los proscritos fue su hermano Paulo; el segundo en este quehacer fue Antonio, y el segundo lugar entre los proscritos lo ocupó Lucio, el tío de Antonio, porque estos dos hombres habían sido los primeros que votaron a Lépido y a Antonio enemigos públicos <sup>18</sup>. La tercera y cuarta víctimas eran familiares de los que figuraban en otra tablilla como cónsules para el año próximo, Plocio <sup>19</sup>, el hermano de Planco, y Quintio, el suegro de Asinio. Estos cuatro hombres fueron antepuestos a los demás proscritos no por la sola razón de su dignidad, sino más bien para producir estupefacción y desesperación, de manera que

---

<sup>17</sup> Sobre la importancia de este pasaje y, en especial, de la anotación de Apiano, que hay que entenderla en el sentido de que transcribió literalmente el texto del decreto de una fuente latina (pues conocía perfectamente esta lengua, ya que había sido *causidicus* en los tribunales romanos), para precisar la fuente de la tradición apiana en estos hechos, que sería Asinio Polión, cf. GABBA, *Appiano...*, páginas 242 y sigs.

<sup>18</sup> Estos hombres, sin embargo, no murieron. Según SYME (*The Roman Revolution*, pág. 192), la muerte o proscripción de los familiares de los triunviros hay que enjuiciarla como una garantía de solidaridad entre ellos y para inspirar terror a sus enemigos, no debido a su sed de sangre.

<sup>19</sup> L. Plocio Planco murió, ciertamente (cf. PLINIO, XIII 25).

nadie pensara en poder salvarse. Entre los proscritos se encontraba también Toranio, del que algunos decían que había sido preceptor de Octavio. Al tiempo que se publicaron las listas, se cerraron las puertas de la ciudad y todas aquellas otras vías de salida de la misma, así como el puerto, los pantanos y bancales o cualquier otro lugar que fuera sospechoso de procurar la huida o un escondite; se ordenó a los centuriones que llevaran a cabo operaciones de rastreo por todo el territorio circundante, y todo esto tuvo lugar al mismo tiempo.

Así pues, de inmediato, en el campo y en la ciudad, <sup>13</sup> según donde cada uno era encontrado, tuvieron lugar numerosos apresamientos repentinos, y toda suerte de muertes, decapitaciones para exhibir la cabeza y cobrar la recompensa, huidas indignas y grotescos disfraces en contraste con el anterior lustro. Algunos descendieron al interior de pozos, otros a las cloacas pestilentas, otros se refugiaron en sombrías chimeneas o permanecieron sentados bajo las tejas compactas de los techos en el más profundo silencio. Pues algunos temían más a sus mujeres o a sus hijos, mal dispuestos hacia ellos, que a los propios asesinos; otros, en cambio, a sus libertos y esclavos; otros, a sus deudores, por causa de los préstamos, y otros, en fin, a sus vecinos, que codiciaban sus tierras. Se produjo, entonces, de golpe, una eclosión de todas aquellas pasiones durante largo tiempo adormecidas, acompañada de una mutación anormal en la condición de senadores, cónsules, pretores o tribunos de la plebe —tanto si iban a ocupar sus respectivos cargos, como si ya los habían desempeñado—, quienes se arrojaban a los pies de sus propios esclavos, en medio de lamentos, y así consideraban a su siervo como su salvador y dueño. Y lo más triste de todo fue que ni a pesar de arrostrar semejante humillación merecieron piedad.

14 Se dieron cita toda clase de horrores, pero no como en las luchas civiles o en las capturas por los enemigos, pues no sucedía, como en aquellos casos, que se teme a la facción rival o al enemigo pero se encuentra refugio en el hogar propio, sino que incluso a éste se temía más que a los matadores, pues como no sentían el miedo que se experimenta en una guerra o en la lucha civil, se convertían, de inmediato, de familiares en enemigos, ya fuera en virtud de alguna enemistad soterrada o por las recompensas publicadas o para apropiarse del oro y plata existentes en las casas. Por estos motivos, cada uno traicionó a su dueño y antepuso su propio provecho a la piedad hacia aquél. E, incluso, el que se mantuvo fiel o bien dispuesto tuvo miedo de socorrerlo, ocultarlo o estar en connivencia con él a causa de la similitud de los castigos para tales actos. Y la cosa acabó en lo opuesto al miedo anterior a raíz de los diecisiete ajusticiados en principio. Pues entonces, como nadie había sido proscrito, sino que algunas personas fueron apresadas de improviso, todos experimentaron un temor igual y se ayudaron codo a codo. Pero, después de las proscripciones, algunos quedaron expuestos de inmediato a la traición de todos, y otros, seguros de su salvación y movidos por el lucro, se convirtieron en perros de presa de los demás en busca de las recompensas ofrecidas por los perseguidores. De la masa restante, algunos saquearon las casas de los que habían muerto, y el afán de enriquecerse apartaba a sus espíritus de la comprensión hacia las calamidades presentes; otros, en cambio, con mayor juicio y moderación, estaban atónitos por causa del terror, y les resultaba más ilógico aún, cuando, sobre todo, reflexionaban en que, mientras al resto de las ciudades las luchas civiles las habían arruinado y la concordia las salvó, a ésta, en cambio, las lu-

chas internas entre los líderes la habían destruido, y su reconciliación causaba tales desmanes<sup>20</sup>.

Algunos murieron defendiéndose de sus matadores, 15 otros, en cambio, sin oponer resistencia, por creer que no serían atacados por éstos; y hubo quienes se suicidaron por hambre, ahorcados, ahogados o arrojándose desde el techo de sus casas o dentro del fuego; otros, incluso, se ofrecieron a sus asesinos o los mandaron llamar si se retrasaron; otros murieron buscando un escondrijo o suplicando de forma indigna, o al intentar soslayar el peligro o comprar su salvación. Y algunos perecieron también en contra de la voluntad de los triunviros, por error o en virtud de alguna intriga privada. El cadáver de alguien no proscrito se reconocía a simple vista porque su cabeza estaba unida a él, ya que las de los proscritos estaban expuestas en el foro, junto a la rostra, a donde había que llevarlas para recibir la recompensa. Igualmente palpable fue el valor de otros —de mujeres, niños, hermanos y esclavos—, quienes salvaron y planearon muchos medios de fuga para los proscritos y murieron con ellos cuando sus planes no tuvieron éxito. Otros se suicidaron sobre los cadáveres de los muertos. De aquellos que lograron escapar, algunos perecieron víctimas de naufragios, pues la suerte les fue adversa hasta el final, otros, por el contrario, retornaron, contra toda expectación, a ocupar magistraturas ciudadanas, cargos militares en las guerras y a celebrar triunfos. Tal sarta de hechos extraordinarios mostró aquel tiempo.

Y estas cosas acontecieron no en una ciudad vulgar, 16 ni siquiera en un reino débil y pequeño, sino que la divinidad sacudió a la más poderosa y señora de tantas

---

<sup>20</sup> Capítulos muy acordes con el sentir de la tradición apiana, empeñada en reflejar la desintegración moral y los horrores de una contienda civil (cf. caps. iniciales al libro I), en este caso a un nivel más restringido y concreto: el de las proscripciones.

naciones por tierra y mar, asentándola, al cabo de mucho tiempo, en el buen orden presente <sup>21</sup>. Otros hechos similares, en efecto, habían ocurrido en ella en época de Sila, y todavía antes de éste, en la de Gayo Mario, cuyos horrores más notables ya he narrado en las historias de aquéllos, a los que se añadía, además, aquella otra infamia de no dar sepultura a los cadáveres. Pero estos sucesos son más memorables por la dignidad de los triunviros y, en especial, por la valía y buena estrella de uno de ellos, que organizó el gobierno sobre una base sólida y dejó como legado su linaje y su nombre, que ahora ocupa el poder supremo. Pasaré ahora a exponer los más brillantes de estos sucesos y los de peor catadura, pero que están más vivos en la memoria, porque han sucedido más recientemente. Sin embargo no relataré todos, pues no merecen mención la mera destrucción y huida, o el regreso ulterior de algunos que fueron perdonados por los triunviros y pasaron su vida, tras su retorno, de forma inadvertida, sino tan sólo aquellos que, por ser de naturaleza más extraordinaria, podrían causar estupefacción y conferir credibilidad a lo que ya se ha dicho. Son muchos y numerosos también los escritores romanos que los recopilaron, sucesivamente, en abundantes libros <sup>22</sup>. Yo, en cambio, a modo de resumen y en aras de la brevedad, relataré unos pocos de cada clase para confirmar la veracidad de cada modelo y para dar mayor brillo a la felicidad de los tiempos actuales.

17 La matanza comenzó, de forma fortuita, por los que ocupaban todavía magistraturas, y el primero en morir

<sup>21</sup> Apiano, como en otros lugares de su obra, contrasta esta época de horrores con la apacibilidad y buen orden de su época, tal como sucede en los prolegómenos a las Guerras Civiles.

<sup>22</sup> Estos relatos tuvieron un amplio eco en el terreno literario y sirvieron, según SYME (*The Roman Revolution*, pág. 190 y n. 6), para compensar con su mezcla de ficción y realidad la falta de prosa novelesca entre los romanos.

fue el tribuno de la plebe Salvio. Esta magistratura es sagrada e inviolable según la ley y está revestida de los máximos poderes, hasta tal punto que ha habido tribunos que han puesto en prisión a algunos cónsules. El tribuno en cuestión era aquel que en un principio había impedido con su veto que Antonio fuera declarado enemigo público, pero después había cooperado en todo con Cicerón. Cuando se enteró del acuerdo del triunvirato y de su marcha precipitada hacia la ciudad, ofreció un banquete a sus familiares, pues pensó que ya no tendría muchas oportunidades de estar con ellos. Al irrumpir los soldados en medio del banquete, algunos de los comensales se levantaron bruscamente, con alboroto y miedo, pero el centurión de los soldados les ordenó que se recostaran en sus asientos y permanecieran quietos, y a Salvio, tal como estaba, asiéndole de los cabellos por encima de la mesa le arrastró lo necesario y le cortó la cabeza; y, de nuevo, ordenó a los invitados que permanecieran tranquilos en sus asientos y no provocaran tumulto alguno so pena de sufrir una suerte igual. Éstos, una vez que se hubo retirado el centurión, permanecieron atónitos, sin voz, hasta bien entrada la noche, recostados junto al cuerpo decapitado del tribuno. El hombre que murió en segundo lugar fue el pretor Minucio, cuando celebraba los comicios en el foro. Al enterarse de que los soldados iban a por él, saltó hacia adelante y, mientras corría de un lado a otro y pensaba en dónde se iba a ocultar, se cambió de indumentaria penetrando en el interior de una tienda y despachó a sus asistentes con las insignias de su cargo. Éstos, sin embargo, por respeto o por piedad hacia él, permanecieron cerca del lugar y facilitaron involuntariamente a los asesinos el hallazgo del pretor.

A Annalis, otro pretor, que acompañaba en su gira 18  
ciudadana a un hijo suyo, candidato al cargo de cuestor, en busca de sufragios para él, lo abandonaron los

amigos que lo acompañaban y los que llevaban las insignias de su cargo al enterarse de que figuraba en las tablillas de los proscritos. Entonces, él buscó refugio junto a un cliente suyo que poseía un cuartucho pequeño y mísero, insignificante por todos los aspectos, en el arrabal de la ciudad y se ocultó en seguridad hasta que su propio hijo, sospechando que había huido al lado de su cliente, guió a sus asesinos hasta el lugar, y los triunviros le dieron a él la fortuna de su padre y lo eligieron para el edilato. Cuando regresaba borracho a su casa, tuvo un tropiezo por algún motivo y murió a manos de unos soldados que, precisamente, habían dado muerte a su padre. Turanio<sup>23</sup>, que ya no era pretor, pero lo había sido, y que era padre de un joven que era un bala perdida por lo general pero gozaba de mucha influencia ante Antonio, pidió a los centuriones que detuvieran su muerte por un breve espacio de tiempo hasta que su hijo pudiera interceder por él ante Antonio. Mas ellos, riéndose, dijeron: «Ya intercedió, pero para lo contrario.» Y el viejo, cuando comprendió esto, solicitó de inmediato otro brevísimo intervalo hasta que viera a su hija; al verla, le dijo que no reclamara su parte de la herencia paterna, no fuera a ser que su hermano pidiera también a Antonio la pena de muerte para ella. Y sucedió que este joven, después de dilapidar la fortuna en una forma disoluta, fue acusado de robo y condenado al destierro.

- 19 Cicerón, quien, a raíz de la muerte de César, había gozado del máximo poder que puede tener un orador público, fue proscrito junto con su hijo, su hermano, el hijo de su hermano, todos sus familiares y sus compañeros de facción y amigos. Tras embarcar en un pequeño bote, no soportó el mareo y arribó a una pose-

---

<sup>23</sup> Personaje de oscuro linaje, pretor en el 44 a. C. (cf. SYME, *ibid.*, pág. 193).

sión suya, que yo he visitado a propósito de la narración de este infortunado suceso, cerca de Caieta, una ciudad de Italia<sup>24</sup>, y permaneció tranquilo allí. Cuando sus perseguidores estaban cerca —pues a él le buscaba Antonio con mayor ahínco que a todos los demás, y también todos por darle gusto a Antonio—, unos cuervos penetraron en su habitación y se pusieron a graznar, despertándole de su sueño y le quitaron las ropas de su cuerpo. Finalmente, sus esclavos, adivinando que el hecho se trataba de un presagio divino, le pusieron de nuevo en una litera y le condujeron hasta el mar, sin ser vistos, a través de una selva espesísima. Había muchos grupos de persecución que andaban de un lado para otro preguntando si Cicerón había sido visto por alguna parte, y en general la gente, por benevolencia y piedad hacia él, decían que se lo habían llevado y estaba en la mar, pero un zapatero cliente de Clodio y que era enemigo acérrimo de Cicerón, le indicó el sendero al centurión Lena, que le perseguía con unos pocos soldados. Éste se lanzó tras él, y al ver que sus esclavos, muy superiores en número a sus propias fuerzas, se aprestaban a defenderle, gritó con una añagaza militar: «Que avancen al frente los centuriones de la última fila.»

Entonces los esclavos quedaron aterrados al pensar que venían más soldados. Lena, aunque había sido <sup>20</sup> salvado por Cicerón, en cierta ocasión, de un juicio, le sacó la cabeza de la litera y se la cortó golpeándolo tres veces y aserrándosela por inexperiencia. También le amputó aquella mano con la que había escrito los discursos contra Antonio, calificándolo de tirano, y que había titulado *Filípicas*, a imitación de Demóstenes. Acto seguido, algunos montaron sobre sus caballos y otros a bordo de las naves para llevar rápidamente la buena nueva a Antonio. Laina le mostró la cabeza y la mano

<sup>24</sup> Situada en un promontorio, en la región del Lacio.

agitándolas desde lejos, mientras él estaba sentado en el foro. Antonio se alegró extraordinariamente, coronó al centurión y lo recompensó con doscientos cincuenta mil dracmas además de lo estipulado, por haber dado muerte al hombre que había sido el mayor y más acérrimo de sus enemigos. La cabeza y mano de Cicerón fueron colgadas durante mucho tiempo en el foro, delante de la rostra, en donde Cicerón se había dirigido antes al pueblo. Y acudieron a verlas más personas de las que habían ido a escucharle. Se dice también que Antonio, durante el banquete, colocó la cabeza de Cicerón delante de la mesa hasta que se sació de aquella visión nefanda.

De este modo Cicerón, varón famoso por su elocuencia, incluso en el presente, y que había prestado a su patria los mayores servicios cuando detentó el consulado, fue asesinado y ultrajado después de su muerte. Su hijo había ido previamente a Grecia al lado de Bruto. A su vez, Quintio, el hermano de Cicerón, fue apresado junto con su hijo y pidió a sus verdugos que le mataran antes que a su hijo; este último, por su parte, solicitó morir antes que el padre. Entonces sus verdugos replicaron que ellos satisfacerían a ambos y dividiéndose en dos grupos, tomó cada uno a uno de ellos y los ajusticiaron a la vez a una señal convenida <sup>25</sup>.

- 21 Los Egnacios, padre e hijo, murieron ambos de un solo golpe fundidos en un abrazo y sus cabezas fueron cortadas, pero los cuerpos permanecen todavía abrazados. Balbo envió por delante a su hijo para que huyera hasta el mar, a fin de no ser vistos si marchaban juntos y lo siguió poco después a cierta distancia; cuando alguien le informó, por mala fe o por error, que aquél

---

<sup>25</sup> Sobre la muerte de Cicerón, hay numerosas y cumplidas referencias, además de la de Apiano (así T. Livio, citado por SENECA, *Suas.* 6, 17; PLUT., *Cíc.* 47 ss.), y, a juicio de Syme, la mejor es la de Asinio Polión citado por SENECA, *Suas.* 6, 24 (cf. SYME, *op. cit.*, pág. 193).

había sido apresado, regresó e hizo venir a sus verdugos. Y ocurrió que su hijo pereció en un naufragio. Hasta este punto la suerte se cebó en las calamidades de entonces. Arruntio convenció a regañadientes a su hijo, que no consentía en escapar sin él, para que se salvara a sí mismo en atención a su juventud, y su madre lo acompañó hasta las puertas de la ciudad y regresó para enterrar el cadáver de su marido. Pero cuando se enteró de que su hijo había perecido en el mar, se suicidó de ayuno voluntario.

Basten estos relatos como ejemplos de hijos buenos y malos. Hubo dos hermanos, de nombre Ligario, que 22 fueron proscritos a la vez y se ocultaron en un fumario hasta que sus esclavos los descubrieron. Uno de ellos murió en el acto, pero el otro consiguió escapar y, cuando supo la muerte de su hermano, se arrojó desde el puente a la corriente del río. Una vez que lo recogieron algunos pescadores por pensar que se había caído al agua en vez de arrojarle a ella, se resistió por mucho tiempo y trató de arrojarle a la corriente de nuevo. Y, reducido, finalmente, por los pescadores, les dijo: «No me estáis salvando a mí, sino labrándoos vuestra ruina por ayudar a un proscrito.» Ellos, no obstante, lo salvaron por piedad, pero algunos soldados que estaban de guardia en el puente acudieron presurosos al verle y le cortaron la cabeza. De otros dos hermanos, uno se arrojó a la corriente del río, y un esclavo buscó su cuerpo por espacio de cinco días hasta que lo encontró, todavía reconocible, y lo decapitó mirando por la recompensa; al otro, que se había refugiado en una cloaca, lo delató otro esclavo y los perseguidores desistieron de entrar en ella, pero le clavaron sus lanzas y lo sacaron al exterior y, como estaba, sin limpiarle la cabeza se la cortaron. Otro, al ser apresado su hermano, corrió a su lado por ignorancia de que también él había sido proscrito conjuntamente con aquél y dijo: «Matadme a

mí en vez de a éste.» Y el centurión, con la lista exacta de proscritos en la mano, dijo: «Pides una cosa adecuada, pues tú figuras en la lista antes que él», y tras decir esto, los mató a ambos en el orden debido.

23 Basten estos casos también como ejemplos de hermanos. A Ligario lo ocultó su mujer, quien participó de su secreto solamente a una esclava, y cuando fue traicionada por ésta, acompañó el traslado de la cabeza de su marido gritando: «Yo le acogí y quien actúa así es reo del mismo castigo.» Sin embargo, como nadie la mató ni la delató, fue por sí misma a los triunviros y se acusó a ella misma, y cuando aquéllos la perdonaron también a causa de su amor conyugal, se suicidó por hambre. He hecho mención de ella en este lugar, porque fracasó en el intento de salvar a su marido y no le sobrevivió. Pero aquellas otras que triunfaron en su amor al esposo las mencionaré entre las personas que lograron salvarse. Otras, en cambio, conspiraron de modo impío contra sus maridos. Entre ellas se cuenta la esposa de Septimio, que tenía relaciones extraconyugales con un cierto amigo de Antonio. Afanosa por trocar en matrimonio su relación adúltera, solicitó este favor de Antonio a través de su amante, y Septimio fue incluido de inmediato en las listas de proscritos. Cuando él lo supo, huyó a la casa de su esposa, desconociendo la traición de su mujer; y ella, fingiendo una solicitud amorosa, cerró tras él las puertas y retuvo a su esposo hasta que llegaron los verdugos, y en el mismo día que ajusticiaron a su marido celebró sus nuevas nupcias.

24 Salaso logró escapar y, sin saber qué hacer, regresó a la ciudad de noche, cuando le pareció que el peligro había desaparecido casi por completo. Su casa había sido vendida. El portero, que había sido vendido junto con la casa, fue el único que lo reconoció y lo acogió en su habitación con la promesa de que lo ocultaría y le proporcionaría alimentos en la medida en que pudiera.

Salaso le encargó que hiciera venir a su esposa desde la casa de ella. Ésta fingió estar ansiosa por acudir, pero adujo que tenía miedo de levantar sospechas en plena noche y entre los esclavos y dijo que acudiría de día. Al amanecer, mandó llamar a los ejecutores, y el portero, ante su tardanza, acudió a casa de ella para darle prisa. Salaso, cuando se hubo ido el portero, temiendo que se hubiera marchado para tenderle una trampa, subió al tejado para ver lo ocurrido y, al ver no al portero sino a su esposa guiando a los esbirros, se arrojó desde el tejado. Fulvio huyó junto a una esclava con la que había estado amancebado y a la que, posteriormente, le había dado la libertad y una dote para su casamiento. Sin embargo, ésta, a pesar de haber recibido tantos favores, lo traicionó por la envidia que tenía de la mujer con la que se había casado Fulvio después de sus relaciones con ella. Queden estos relatos expuestos como testimonios de mujeres depravadas. Estacio el Samnita, que había jugado un gran papel con los samnitas en la Guerra Social, y que había sido elevado a la categoría de senador romano por la brillantez de sus hechos, por su riqueza y por su linaje, y contaba ahora ochenta años, fue proscrito a causa de su riqueza. Abrió su casa al pueblo y a los esclavos para que se llevaran todo lo que quisieran, y las demás cosas él mismo las arrojó, y, cuando su casa quedó vacía, cerrando las puertas le prendió fuego y murió, y el fuego alcanzó a muchos otros lugares de la ciudad. Capito entreabrió las puertas de su casa y, durante mucho tiempo, mató uno por uno a los que trataban de forzar el paso hacia el interior, pero, al ser superado por el número de los atacantes, murió tras haber dado muerte a muchos de ellos. Vetulino reunió en torno a Regio a una fuerza numerosa de hombres proscritos como él y de los que habían huido con éstos, y otros procedentes de las dieciocho ciudades que habían sido ofrecidas como premio por

la victoria a los soldados y que estaban muy indignadas por este hecho. Con estas tropas, Vetulino dio muerte a los centuriones que andaban en su busca, y, cuando fue enviado un ejército más numeroso contra él, no cesó por ello, sino que cruzó a Sicilia junto a Pompeyo, el cual dominaba en la isla y dio acogida a los fugitivos. Después siguió luchando con encono, hasta que, derrotado en varios combates, envió a Mesina a su hijo y a los demás proscritos que le habían acompañado, y, cuando él vio que el bote cruzaba el Estrecho, cayó sobre el enemigo y fue descuartizado.

- 26 Naso, traicionado por un liberto que había sido su favorito, le arrebató la espada a uno de los soldados, dio muerte al traidor solamente y se entregó por propia voluntad a sus ejecutores. Un siervo fiel a su dueño lo dejó en una colina, mientras iba él a alquilar un bote a la orilla del mar. Al regresar, vio que su amo estaba siendo asesinado y, cuando todavía respiraba un poco en su agonía, le gritó con voz fuerte: «Aguarda un poco, mi señor», y atacando de improviso al centurión lo mató. Después se asestó un golpe mortal y dijo a su dueño: «Ya tienes consuelo.» Lucio entregó oro a sus dos libertos más fieles y se dirigió hacia la costa, pero, al partir aquéllos apresuradamente, retornó, una vez perdidas las esperanzas de salvarse, y se delató a sus asesinos. Labieno, quien había capturado y dado muerte a muchos en la época de las proscripciones de Sila, pensó que sería indigno, por su parte, no afrontar con valentía un destino similar, así que salió y se sentó en una silla a la puerta de su casa aguardando a sus ejecutores. Cestio se ocultó en los campos entre sus esclavos fieles, pero, como los centuriones corrían de un lado a otro, continuamente, con las armas y las cabezas de los proscritos, no soportó un terror prolongado y convenció a sus esclavos para que encendieran una pira fúnebre, con objeto de que pudieran decir que enterraban a Cestio

muerto. Ellos cayeron en el engaño y la encendieron, y entonces él se arrojó en su interior. Aponio, aunque estaba oculto en lugar seguro, no toleró una existencia tan vil y se presentó para que lo mataran. Otro proscrito se sentó voluntariamente en lugar visible y, como sus matadores se retrasaban, se colgó a la vista de todos.

Lucio, el suegro del entonces cónsul Asinio<sup>25 bis</sup>, hu- 27  
yó por mar, pero no pudo soportar el vértigo del oleaje y se arrojó por la borda. A Cerennio, que había escapado de sus perseguidores y exclamaba que no estaba proscrito, sino que era víctima de una conspiración por parte de ellos a causa de su dinero, éstos le condujeron ante la lista de proscritos y le ordenaron que leyera su propio nombre, y, mientras lo hacía, lo mataron. Emilio, ignorante de que había sido proscrito, al ver que otro era perseguido le preguntó al centurión que iba tras él quién era el proscrito. El centurión reconoció a Emilio y dijo: «Tú y aquél», y los mató a los dos. Cilon<sup>26</sup> y Decio salían del edificio del senado cuando se enteraron de que sus nombres figuraban en las listas de los proscritos, y como no los perseguía nadie, emprendieron una huida desordenada a través de las puertas de la ciudad y su misma carrera los delató a los centuriones con los que se toparon en el camino. Icelio, que había sido uno de los jueces en el juicio de Bruto y Casio, cuando Octavio presidió el tribunal en compañía de su ejército y que, mientras los demás jueces aportaban en secreto su voto de condena, fue el único en depositar públicamente uno absolutorio<sup>27</sup>, habiéndose olvidado ahora de su magnánima liberalidad anterior, arrimó el hombro y ayudó a llevar a sus portadores el lecho con el cadáver de un hombre que era transportado para su entierro. Cuando los guardianes de las puertas de la ciu-

<sup>25 bis</sup> Cónsul *designatus* para el 40 a. C. (cf. n. 7 a este libro).

<sup>26</sup> Sobre este personaje, cf. WEINSTOCK, *Divus Iulius*, pág. 394.

<sup>27</sup> Cf. *supra*, III 95.

dad vieron que los que llevaban el cadáver excedían en un solo hombre al número habitual, no sospecharon de ellos, pero inspeccionaron el lecho por temor a que alguien tratara de simular un muerto. Entonces los portadores procuraron la prueba de que Icelio no estaba con ellos en su oficio y, al ser reconocido, los asesinos le mataron.

28 Varo, después de haber sido traicionado por un liberto, huyó de monte en monte y fue a parar a la zona pantanosa de Minturna<sup>28</sup>, en donde se detuvo para darse un descanso. Los habitantes del lugar recorrían el pantano en busca de una guarida de ladrones, y las hojas de las cañas, al agitarse, descubrieron a Varo. Cuando fue apresado dijo que era un bandido y se resignó al ser condenado a muerte por este hecho. Sin embargo, como se dispusieron a torturarlo para que revelara a sus cómplices, ya no soportó una afrenta tal y dijo: «Os prohíbo a vosotros habitantes de Minturna que me torturéis o matéis a mí que he sido cónsul y —lo que es de más precio para los gobernantes actuales— también un proscrito; y si no me es posible escapar, es mejor que muera a manos de los de igual rango.» Los de Minturna andaban desconfiados y sospechaban de sus palabras, pero un centurión que merodeaba por los alrededores lo reconoció y lo decapitó dejando a los de Minturna el resto del cuerpo.

A Largo lo capturaron en los campos otros que no iban tras de él, sino que perseguían a otra persona. Pero se compadecieron de él porque había sido apresado sin ser buscado y lo dejaron que escapara por el bosque. Al ser perseguido por otros, retornó a la carrera junto a los anteriores y les dijo: «Matadme mejor vosotros, que os apiadasteis de mí para que os llevéis la recompensa en lugar de éstos.»

---

<sup>28</sup> Ciudad del Lacio.

Así pues, Largo les dio esta compensación al morir por su generosidad hacia él. Rufo tenía una mansión <sup>28 bis</sup> muy hermosa cerca de la de Fulvia, la esposa de Antonio, que ésta había deseado comprarle hacía ya tiempo sin conseguirlo, y ahora, aunque se la dio como regalo, fue proscrito. Cuando su cabeza fue llevada a presencia de Antonio, éste dijo que no le concernía el asunto y se la envió a su esposa, la cual ordenó que fuera expuesta delante de la casa en vez de en el foro. Otro poseía una finca de recreo muy bella y con árboles umbrosos, en la que había una cueva hermosa y profunda, y tal vez por todo esto fue proscrito. Se encontraba casualmente tomando el aire fresco en la gruta cuando un esclavo vio a los que venían en su busca todavía a lo lejos. Entonces lo condujo hasta la parte más recóndita de la cueva, se vistió con la túnica corta de su amo y fingió que era éste y que estaba temeroso, y tal vez habría sido muerto en lugar de aquél, si uno de los esclavos no hubiera descubierto la trampa. De este modo murió el dueño, pero el pueblo, irritado contra los triunviros, no descansó hasta que el esclavo que lo descubrió fue crucificado y el que lo intentó salvar obtuvo la libertad. Un esclavo reveló el escondite de Aterio y recobró al punto su libertad; licitó contra los hijos del muerto en la venta de los bienes y los insultó de forma intolerable. Ellos le siguieron por todas partes llorando, hasta que el pueblo se irritó y los triunviros lo convirtieron de nuevo en esclavo de los hijos del proscrito, por haberse excedido en sus funciones.

<sup>28 bis</sup> Cf. C. L. BABCOK, «The Early Career of Fulvia», *Am. Jour. Philol.* 86 (1965), 1-32. La propaganda augústea da una versión peyorativa de ella en este asunto de las proscripciones y, sobre todo, en la guerra de Perugia (cf. DIÓN CAS., XLVIII 4, 1-3 y 6). Se había casado, en primeras nupcias, con P. Clodio Púlquer y, después, con Gn. Escribonio Curio. Con Antonio se casó en el 47 o 46 a. C. y tuvo dos hijos: M. Antonio Antilo, muerto por Octavio después de la toma de Alejandría y Julio Antonio (cf. n. 11 a este libro).

30 Tales fueron las miserias de las personas adultas. Pero el infortunio alcanzó también a los huérfanos, en aquel tiempo, a causa de su riqueza. Uno de ellos fue asesinado cuando iba a la escuela junto con su preceptor, quien rodeó con sus brazos al niño y no lo soltó. Atilio, que acababa de tomar la toga viril, se encaminó, como era costumbre, con un cortejo de amigos hacia los templos para realizar los sacrificios, y, al ser inscrito de repente en las listas de proscritos, sus amigos y esclavos lo abandonaron. Y él, solo y desprovisto de su hermoso cortejo, marchó a casa de su madre que, sin embargo, tampoco lo acogió por miedo. Entonces, Atilio no juzgó oportuno efectuar otro intento, una vez que le había fallado su madre, y huyó a la montaña. Obligado por el hambre descendió desde allí a la llanura, en donde fue apresado por un hombre que acostumbraba a robar a los viandantes y a emplearlos en trabajos forzados. El muchacho, como no pudo a causa de su vida refinada, soportar la dureza del trabajo, escapó con los grilletos puestos al camino frecuentado y se delató a sí mismo a unos centuriones que pasaban por él, los cuales le mataron.

31 Mientras tenían lugar estos sucesos, Lépido celebró su triunfo por sus hechos en España y se publicó un edicto en los términos siguientes: «Que la fortuna os sea propicia. Sea de público conocimiento para todos los hombres y mujeres, que festejen este día con sacrificios y banquetes; aquella persona que aparezca incumpliendo esta orden será incluida entre los proscritos.» Lépido condujo la procesión triunfal al templo, escoltado por todos los ciudadanos que mostraban una apariencia jubilosa, pero estaban enojados en su corazón. Se hicieron lotes de las propiedades de los proscritos, pero no había muchos compradores de sus tierras, ya que algunas gentes se avergonzaban de sobrecargar la mala suerte de los infortunados. Otros pensaban que

la posesión de los bienes de éstos les acarrearía mala suerte y que no sería en absoluto garantía de seguridad para ellos el ser vistos con oro y plata, ya que ni siquiera estaban libres de peligro sus actuales patrimonios y constituiría un factor de riesgo adicional incrementarlos. Únicamente aquellos que acudieron empujados por su osadía, al ser ellos solos, compraron a los precios más bajos. Por esta razón, los triunviros que esperaban que estas ventas bastarían para sus preparativos bélicos, se quedaron cortos en doscientos millones de dracmas.

Los triunviros dieron cuenta de este hecho al pueblo y confeccionaron una lista pública de las mil cuatrocientas mujeres más ricas, a las que se las requirió para que hicieran una evaluación de sus fortunas y aportaran para los gastos de la guerra la parte que los triunviros asignaran a cada una de ellas. Además, se fijaron penas para las que ocultaran una parte de sus bienes o hicieran una estimación falsa de los mismos, y recompensas para quienes delataran estos hechos, ya se tratara de personas libres o de esclavos. Las mujeres decidieron elevar súplicas a los familiares femeninos de los triunviros. Con la hermana de Octavio no fracasaron en su propósito, ni tampoco con la madre de Antonio, pero Fulvia, la esposa de este último, las rechazó de mala manera de las puertas de su casa, ultraje que no toleraron. Entonces forzaron el paso hasta el foro, hacia la tribuna de los triunviros, y el pueblo y los guardianes les franquearon el acceso. Allí, por boca de Hortensia<sup>29</sup> que había sido elegida para hablar, pronunciaron las siguientes palabras: «En aquello que correspondía a unas mujeres de nuestro rango solicitar de vosotros, recurrimos a vuestras mujeres, pero en lo que no estaba acorde, el ser ultrajadas por Fulvia, nos hemos visto empu-

<sup>29</sup> Hija del orador Hortensio.

jadas a acudir, todas juntas, al foro, por su causa. Vosotros nos habéis arrebatado a nuestros padres, hijos, maridos y hermanos acusándolos de que habíais sufrido agravio por ellos; pero si, además, nos priváis también de nuestras propiedades, nos vais a reducir a una situación indigna de nuestro linaje, de nuestras costumbres y de nuestra condición femenina. Si afirmáis que habéis sufrido agravio de nosotras, igual que de nuestros esposos, proscribidnos también a nosotras como a aquéllos. Pero si las mujeres no os declaramos enemigos públicos a ninguno de vosotros, ni destruimos vuestras casas, ni aniquilamos vuestros ejércitos o conducimos otros contra vosotros o impedimos que obtuvierais magistraturas y honores, ¿por qué participaremos de los castigos, nosotras que no participamos en las ofensas?

- 33    »¿Por qué hemos de pagar tributos nosotras que no tenemos participación en magistraturas, honores, generalatos, ni, en absoluto, en el gobierno de la cosa pública, por las cuales razones os enzarzáis en luchas personales que abocan en calamidades tan grandes? ¿Porque decís que estamos en guerra? ¿Y cuándo no hubo guerras? ¿Cuándo las mujeres han contribuido con tributos? A éstas su propia condición natural las exime de ello en toda la humanidad, y nuestras madres, por encima de su propio ser de mujeres, aportaron su tributo en cierta ocasión y por una sola vez, cuando estabais en peligro de perder todo el imperio e, incluso, la misma ciudad, bajo el acoso cartaginés. Pero entonces realizaron una contribución voluntaria, y no a costa de sus tierras o campos, o dotes, o casas, sin las cuales cosas resulta imposible la vida para las mujeres libres, sino sólo con sus joyas personales, sin que éstas estuvieran sometidas a una tasación, ni bajo el miedo de delatores o acusadores, ni bajo coacción o violencia, y tan sólo lo que quisieron dar ellas mismas. Y, además, ¿qué mie-

do tenéis ahora por el imperio o por la patria? Venga, ciertamente, la guerra contra los galos o los partos y no seremos inferiores a nuestras madres en contribuir a su salvación, pero para luchas civiles no aportaríamos jamás nada ni os ayudaríamos a unos contra otros. Pues tampoco lo hicimos en época de César o Pompeyo, ni nos obligaron a ello Mario ni Cinna, ni siquiera Sila, el que ejerció el poder absoluto sobre la patria, y vosotros afirmáis que estáis consolidando la República.»

Mientras Hortensia pronunciaba tal discurso, los 34 triunviros se irritaron de que unas mujeres, cuando los hombres permanecían en silencio, se atrevieran a hablar en la asamblea y a enjuiciar los actos de los magistrados y a negarse a contribuir con dinero, en tanto que los hombres servían en el ejército. Ordenaron a los lictores que las expulsaran del tribunal, pero, al producirse un clamor entre la multitud del exterior del recinto, los lictores desistieron de su labor y los triunviros anunciaron que el asunto se posponía para el día siguiente. En este día confeccionaron una lista pública de cuatrocientas mujeres, en vez de las mil cuatrocientas, que debía presentarles una evaluación de sus bienes, y decretaron que cualquier hombre que tuviese más de cien mil dracmas, ciudadano o extranjero, libre o sacerdote y de cualquier nacionalidad, sin exclusión de nadie, deberían prestar de inmediato una cincuentaava parte de su patrimonio y aportar para la guerra la renta de un año con igual temor a los castigos que a los delatores.

Tales calamidades afligieron a los romanos en vir- 35 tud de las órdenes de los triunviros, pero los soldados, al desobedecerlas, ocasionaron otras todavía peores. Pues, cuando se dieron cuenta de que la seguridad de los triunviros en su actuación se basaba solamente en el ejército, unos exigían las casas, los campos, las villas de recreo o toda la herencia de los que habían sufrido

confiscación, otros, por su parte, reclamaban ser adoptados hijos por los hombres (ricos), otros cometían, por propia iniciativa, todo género de desmanes, matando a personas no proscritas y saqueando las casas de gente que no estaba acusada de nada; de tal forma que los triunviros publicaron un edicto por el que uno de los cónsules reprimiría a aquellos que se excedieran de lo ordenado. Pero el cónsul tuvo miedo de meter en cintura a los soldados, por temor a que descargaran su irritación contra él y, apresando a algunos esclavos que, a guisa de soldados, cometían las fechorías junto con aquéllos, los hizo crucificar.

36 Tales fueron, en especial, los casos límites de infortunio a que se vieron abocados los proscritos. Aquellas otras circunstancias, sin embargo, que de forma inesperada les ocurrieron a algunos hasta el punto de procurarles una salvación inmediata y estima posterior, me resulta más grato contarlas y son de mayor utilidad para los lectores, al objeto de que nunca desfallezcan en su ánimo y siempre abriguen la esperanza de salvarse. Los que pudieron huir lo hicieron junto a Casio o Bruto, o bien a África junto a Cornificio, que también había abrazado la causa republicana<sup>30</sup>. No obstante, los más se dirigieron a Sicilia, por su proximidad con Italia y porque Pompeyo los acogió calurosamente. Pues Pompeyo, en aquella ocasión, mostró el más admirable afán hacia los infortunados, enviándoles heraldos que invitaban a todos a acudir a su lado y prometiendo a quienes los salvaran, fueran libres o esclavos, el doble de las recompensas ofrecidas por su captura. Sus chalupas y barcos mercantes salían al encuentro de los que escapaban por mar, y sus barcos de guerra patrullaban las costas haciendo señales a los que vagaban por la orilla, y salvaban al que encontraban. Él en persona acu-

---

<sup>30</sup> Cf. n. 10.

día a recibir a los recién llegados y les facilitaba de inmediato ropas y enseres; y, a los capacitados para ello, les confería puestos de mando en sus fuerzas de tierra y mar. Y en los pactos que ulteriormente llevó a cabo con los triunviros, se negó a signarlos hasta que estuvieran incluidos en ellos todos los que se habían refugiado junto a él. De este modo prestó el mayor servicio a su patria en una situación tal de infortunio, y adquirió por este hecho una alta reputación personal, en adición a la heredada de su padre y no inferior a ella. Otros huyeron de forma diversa o se ocultaron hasta la firma de la paz, algunos en los campos o en las sepulturas, otros sobrellevaron en la misma ciudad una existencia envuelta en una angustia lamentable. Se pudieron ver notables ejemplos de amor conyugal y filial hacia esposos y padres, y de esclavos, más allá de lo que es natural, hacia sus dueños. De todos ellos relataré cuantos fueron más sorprendentes.

Paulo, el hermano de Lépido, fue respetado por los 37 centuriones, por tratarse del hermano de un triunviro y huyó sin temor junto a Bruto. A la muerte de este último, se trasladó a Mileto, de donde no quiso retornar, ni siquiera una vez concluida la paz, a pesar de que fue invitado a hacerlo. La madre de Antonio acogió a su hermano Lucio, tío de Antonio, pero sin ocultarlo y los centuriones la respetaron durante mucho tiempo por ser la madre de un triunviro. Mas cuando, con posterioridad, trataron de llevárselo por la fuerza, se lanzó al foro, donde estaba sentado Antonio en compañía de sus colegas y le dijo: «Me denuncio a mí misma, triunviro, ante ti de haber acogido bajo mi techo a Lucio, de tenerlo todavía y de que lo tendré hasta que nos mates a los dos juntos, pues han sido promulgadas penas iguales para aquellos que den acogida a un proscrito.» Él le reprochó a ella, como buena hermana pero madre imprudente, diciéndole que no debería tratar de salvar

a Lucio ahora, sino haberle impedido que votase a su hijo enemigo público; no obstante, maniobró para que el cónsul Planco rehabilitara a Lucio mediante un decreto.

38 Mesala<sup>31</sup>, hombre joven e ilustre, escapó al lado de Bruto, y los triunviros temiendo la arrogancia de su espíritu publicaron el siguiente edicto: «Puesto que los familiares de Mesala nos han demostrado claramente que él no se encontraba en la ciudad cuando Gayo César fue asesinado, sea borrado de la lista de los proscritos el nombre de Mesala.» Éste, sin embargo, no aceptó el perdón; pero, cuando Bruto y Casio habían caído en Tracia, aunque el ejército era todavía muy numeroso y tenía naves, dinero y esperanzas de victoria bien fundadas, no aceptó la elección de ellos para ocupar el mando y los convenció de que, cediendo a la suerte avasalladora, se unieran a las fuerzas de Antonio. Después, fue íntimo de Antonio, hasta que éste se convirtió en esclavo de Cleopatra, cuya reprobación lo llevó a unirse a Octavio. Este último lo designó cónsul en lugar del mismo Antonio, una vez que Antonio fue depuesto y votado, por segunda vez, enemigo público, y tras combatir en una batalla naval en Accio contra Antonio, Octavio lo nombró general para sofocar la rebelión de los galos, por cuya victoria le concedió el triunfo.

Bíbulo<sup>32</sup> obtuvo el favor de Antonio al mismo tiempo que Mesala, y recibió de aquél un puesto de mando

---

<sup>31</sup> Se trata de M. Valerio Mesala Corvino, hijo del cónsul del 61 a. C. Sobre él, cf. HANSLIK, en *RE*, s.v. *Valerius*, núm. 261; SYME, *The Roman Revolution*, págs. 198, 206 y 237-238 en especial.

<sup>32</sup> L. Calpurnio Bíbulo, cf. MÜNZER, en *RE*, s.v. *Calpurnius*, número 28. Era hijo de M. Calpurnio Bíbulo, colega de César en el consulado del 59 a. C. Después de Filipos, se pasó a Antonio y llegó a ser *praefectus classis*. Trató de reconciliar a Antonio y Octavio en varias ocasiones. Su madre, Porcia, la hija de Catón (cf. BROUGHTON, II, páginas 187-188).

en la flota y, en numerosas ocasiones, sirvió de intermediario en las negociaciones entre Antonio y Octavio. Finalmente, fue designado por Antonio gobernador de Siria y murió mientras desempeñaba este cargo.

Acilio huyó en secreto de la ciudad y, cuando un <sup>39</sup> siervo reveló su escondite a los soldados, convenció a éstos, con la esperanza de mayores ganancias, para que enviaran a algunos de entre ellos a su mujer con un anticipo que él mismo les entregó. Ella les dio a su llegada todas sus joyas y dijo que se las daba a cambio de que cumplieran lo que habían prometido, pero sin saber si, en efecto, mantendrían su palabra. Y, ciertamente, no quedó defraudado su amor conyugal, pues los soldados alquilaron un barco para Acilio y lo enviaron a Sicilia. La esposa de Léntulo pidió a su marido que le permitiera huir con él y se mantuvo al acecho para este propósito, pero él no quiso que compartiera el peligro y escapó en secreto a Sicilia. Allí Pompeyo le dio el cargo de pretor, y él le hizo saber a su esposa que estaba a salvo y que ocupaba un puesto de mando. Cuando ésta supo en qué lugar se encontraba su marido, escapó a la vigilancia de su madre en compañía de dos esclavas. Hizo el viaje con ellas con muchas penalidades y muy escasos medios, disfrazada de esclava, hasta que consiguió atravesar desde Regio a Mesina hacia la caída de la tarde. Se informó sin dificultad en dónde estaba la tienda del pretor y encontró en ella a Léntulo, no en la actitud de un pretor, sino en un jergón en el suelo, con el cabello desaliñado y provisiones míseras, presa de la nostalgia de su esposa.

La esposa de Apuleyo amenazó a éste con delatarle <sup>40</sup> si escapaba él solo. Y el marido la llevó contra su voluntad, y consiguió disipar las sospechas de su fuga al hacer el viaje de manera ostensible acompañado de su mujer y de sus esclavos y esclavas. La esposa de Antio envolvió a éste en una funda de cama y entregó el bulto

a unos porteadores para que lo transportaran desde la casa hasta la orilla del mar, desde donde huyó a Sicilia. La mujer de Regino ocultó por la noche a su marido en una cloaca, en la que los soldados no se atrevían a penetrar durante el día a causa del mal olor; a la noche siguiente, lo disfrazó como un traficante en carbón y le proporcionó un asno cargado con carbón para que lo arrease, y ella le precedía a una corta distancia en una litera. Uno de los centinelas de las puertas de la ciudad sospechó de la litera y realizó una inspección; Regino, presa del temor, avivó el paso y, como si fuera un viandante, pidió al centinela que no importunase a las mujeres. Éste, tomándolo por un carbonero, le respondió con acritud, pero, al reconocerlo —pues había servido a sus órdenes como soldado en Siria—, le dijo: «Prosiga, en buena hora, su camino, mi general, ya que así debo llamarte también ahora.» La mujer de Coponio<sup>33</sup> compró a Antonio la salvación de su marido a costa de su honra, aunque había sido casta hasta entonces, remediando de esta forma una desdicha con otra.

- 41 El hijo de Geta fingió que quemaba el cuerpo de su padre en un patio de la casa, haciendo creer que se había ahorcado, y lo dejó oculto en un campo recién comprado. Allí el anciano cambió su fisonomía poniéndose una banda sobre un ojo; una vez que se firmó la paz y se quitó la banda, había perdido la visión del ojo por falta de uso. A Opio, que quería quedarse debido a su escasez de fuerzas a causa de la vejez, lo llevó su hijo sobre sus espaldas hasta que lo sacó por las puertas de la ciudad. El resto del viaje hasta Sicilia lo transportó haciéndole de guía o llevándolo a cuestras, sin que

<sup>33</sup> Este personaje era oriundo de una noble familia de Tíbur (cf. SYME, *The Roman Revolution*, pág. 193 y n. 4 y pág. 283 y n. 2). Parece que su proscripción hay que imputársela a Planco, y el motivo fue el litigio por el poder y la riqueza entre familias de la nobleza local, extremo al que llevó también las proscripciones.

nadie sospechara, como cabía esperar, de este espectáculo o se burlara de él, igual que también cuentan que Eneas fue respetado por sus enemigos cuando llevó a su padre. El pueblo alabó al joven por su acción y, posteriormente, lo eligió edil; sin embargo, como le había sido confiscada su fortuna y no podía atender a los gastos del cargo<sup>34</sup>, los artesanos realizaron las obras inherentes al mismo sin cobrar nada, y cada uno de los espectadores arrojó a la orquesta tanto dinero cuanto quiso hasta hacerlo rico. Según el testamento de Arriano, en la tumba de su padre rezaba la siguiente inscripción: «Aquí yace uno a quien, cuando fue proscrito, su hijo, que no lo había sido, lo ocultó, huyó con él y lo salvó.»

Había dos Metelo, padre e hijo. El padre ocupaba 42 un puesto de mando, a las órdenes de Antonio, en la batalla de Accio, y fue cogido prisionero y no reconocido; el hijo combatía al lado de Octavio y también tenía un cargo militar en Accio. Cuando Octavio procedía a la clasificación de los prisioneros, en Samos, el hijo estaba sentado a su lado; el anciano fue conducido llevando el cabello largo lleno de miseria y mugre, completamente metamorfoseado por tales accidentes. Y cuando fue nombrado por el heraldo, en la fila de prisioneros, el hijo saltó hacia adelante desde su asiento y, tras reconocer con dificultad a su padre, lo abrazó con lamentos. Conteniendo después sus exclamaciones de dolor, dijo a Octavio: «Este hombre es tu enemigo, Octavio, yo tu aliado; y éste debe recibir de ti un castigo, yo, en cambio, debo encontrar una recompensa. Te pido que salves a mi padre por mi causa o que me mates a su lado por la suya.» Se alzaron lamentos desde todas partes y Octavio concedió que Metelo se salvara, a pesar

---

<sup>34</sup> En especial, los juegos públicos que, a sus expensas, daban al cesar en su cargo, de ahí que el edilato requiriera ser persona adinerada.

de que había sido su enemigo más encarnizado y de que, en varias ocasiones, había desdeñado muchas ofertas para desertar de Antonio.

- 43 Sus esclavos guardaron a Marco con fidelidad y buena fortuna durante todo el tiempo de la proscripción dentro de su casa, hasta que, concedida la impunidad, Marco salió de su casa como desde el exilio. Hircio<sup>35</sup> escapó de la ciudad con sus siervos domésticos y atravesó Italia liberando prisioneros, reuniendo a los fugitivos y devastando pequeñas ciudades, primero, de escasa importancia y, luego, de mayor entidad, hasta que se hizo dueño de una fuerza suficiente y venció a la tribu de los brutios. Cuando fue enviado un ejército contra él, navegó a través del Estrecho, con las tropas que tenía, junto a Pompeyo.

Cuando Restio huyó, creyendo que estaba solo, fue seguido, en secreto, por un esclavo, que había sido criado por él mismo y, en un principio, muy bien tratado, pero, posteriormente, marcado al fuego por su mala conducta. Al detenerse Restio para descansar, en un pantano, el esclavo se acercó a él, y al pronto su visión lo dejó sobrecogido por el miedo, sin embargo el esclavo le dijo que él no tenía presente sus actuales marcas, sino el recuerdo de los beneficios anteriores. A continuación le buscó un lugar de descanso en una cueva y reunió para aquél cuantas provisiones pudo. Algunos soldados que estaban en las proximidades, tuvieron sospechas de la cueva en relación con Restio, y se encaminaron hacia ella. El esclavo percatándose de ello los siguió, y, anticipándose, dio muerte a un anciano que pasaba por el lugar y le cortó la cabeza. Los soldados quedaron perplejos y lo detuvieron como a un salteador

---

<sup>35</sup> El nombre verdadero era Lucilio Hirro y era primo de Pompeyo el Grande (cf. SYME, *The Roman Revolution*, pág. 194 n. 1, y para su relación con Pompeyo, pág. 31 y n. 1).

de caminos, y, entonces, les dijo: «He matado a Restio, mi dueño, que me marcó con estas señales.» Ellos le arrebataron la cabeza para cobrar la recompensa y se apresuraron en vano hacia la ciudad, y el esclavo sacó afuera a su amo y le hizo cruzar el Estrecho hasta Sicilia.

Apio se hallaba descansando en su finca de recreo <sup>44</sup> cuando los soldados fueron en su busca. Entonces un siervo suyo se puso sus ropas y, acostándose en el lecho como si fuera su amo, murió voluntariamente en lugar de aquél, que permanecía a su lado vestido como un esclavo. Cuando los esclavos acudieron a la casa de Menenio, un esclavo se introdujo en la litera de su amo y se hizo sacar fuera de la casa por sus compañeros de esclavitud hasta que fue asesinado voluntariamente como si fuera Menenio, mientras éste escapaba hacia Sicilia. Un liberto de Vinio, Filemón, que poseía una lujosa casa, ocultó a aquél en el lugar más recóndito de la misma, en un arca de hierro de las que se usan para guardar dinero o manuscritos, y lo alimentaba por las noches hasta que llegó la paz. Otro liberto, que tenía bajo su custodia la tumba de su amo, ocultó en la tumba, con su padre, al hijo de su dueño que había sido proscrito.

Lucrecio, que andaba errabundo en compañía de dos esclavos fieles, a causa de la falta de alimentos se encaminó hacia la casa de su esposa en la ciudad, llevado en una litera por sus esclavos como si fuera un hombre enfermo. Uno de los porteadores se rompió una pierna, así que Lucrecio prosiguió su camino apoyando su mano en el otro. Cuando estuvieron a las puertas de la ciudad, en el lugar donde el padre de Lucrecio, proscrito por Sila, había sido apresado, vio que una cohorte de soldados salía por las puertas y, aterrado por la coincidencia del lugar, se ocultó con el esclavo en una tumba. Al aparecer unos profanadores de tumbas que anda-

ban rastreando éstas para saquearlas, el esclavo se ofreció a ellos para ser expoliado, en tanto que Lucrecio escapaba hacia las puertas de la ciudad. Allí le aguardó Lucrecio y, después de repartir su ropa con él, llegaron a casa de su esposa, siendo ocultado por ésta entre las tejas de un doble techo hasta que algunos amigos consiguieron que su nombre fuera borrado de las listas de los proscritos. Después de llegar la paz, obtuvo el consulado.

45 Sergio se escondió en la casa del propio Antonio hasta que éste convenció al cónsul Planco para que le concediera un decreto de amnistía. Por este motivo, Sergio, algún tiempo después, cuando el senado votaba que Antonio fuera declarado enemigo público, fue el único que públicamente depositó su voto absolutorio. Así se salvaron todos éstos. A su vez, Pomponio se vistió con las ropas de pretor, disfrazó a sus esclavos como sus ayudantes oficiales y atravesó la ciudad como si fuera un pretor asistido por los lictores. Sus siervos se apiñaban a su alrededor para evitar que fuera reconocido por otro, y en las puertas de la ciudad subió a un carro oficial y atravesó Italia, siendo recibido y despedido por todos como un pretor enviado por los triunviros a negociar con Pompeyo. Finalmente embarcó en una nave oficial y cruzó el Estrecho para unirse a aquél.

46 Apuleyo y Aruntio<sup>36</sup> se hicieron pasar por centuriones y disfrazaron a sus esclavos de soldados. Atravesaron a la carrera las puertas de la ciudad como si fueran unos centuriones que perseguían a otros; durante el resto del camino, separándose, liberaron a los prisioneros y reunieron a los fugitivos hasta que cada uno llegó a tener una fuerza suficiente, enseñas militares, armas y el aspecto de un ejército. Cuando cada uno de ellos avan-

---

<sup>36</sup> Este personaje pertenecía a la familia de los Aruntios de Atina, ciudad de los volskos (cf. SYME, *ibid.*, pág. 194 y n. 3).

zó por caminos diferentes hasta el mar, acamparon a uno y otro lado de una cierta colina mirándose mutuamente con gran temor. Al amanecer, después de hacerse un reconocimiento recíproco, cada uno tomó al otro por un ejército enemigo que había sido enviado contra él mismo. Así pues, trabando combate lucharon hasta que, por fin, se dieron cuenta del error, arrojaron las armas y se lamentaron con reproches hacia la mala estrella que se había cebado contra ellos en todo. Después, navegaron uno junto a Bruto, y el otro al lado de Pompeyo; este último regresó del exilio a la par que Pompeyo, y el otro fue gobernador de Bitinia bajo Bruto, y cuando éste cayó, rindió Bitinia a Antonio y recobró sus derechos de ciudadanía. Un liberto engrilló a Ventidio nada más ser proscrito como si tuviera la intención de entregarle a sus verdugos, pero, durante la noche, aleccionó a sus esclavos y los disfrazó de soldados y sacó a su dueño disfrazado de centurión. En su viaje a través de Italia hasta Sicilia, hicieron alto en el camino, en muchas ocasiones, en compañía de otros centuriones que andaban buscando a Ventidio.

A otro proscrito lo ocultó en una tumba un liberto, <sup>47</sup> pero, como el hombre no podía soportar el horror del lugar, lo trasladó a una casucha miserable de alquiler. Sin embargo, un soldado habitaba en las cercanías y, no pudiendo soportar tampoco el temor, trocó su cobardía en audacia sorprendente. Se cortó el cabello y abrió una escuela en Roma hasta que llegó la paz. Volusio fue proscrito mientras desempeñaba el cargo de edil y le pidió a un amigo, sacerdote de Isis, su ropa talar. Se vistió con esta tela de lino hasta los pies, se puso la cabeza de perro y con este hábito, celebrando los misterios de Isis, realizó el viaje hasta unirse a Pompeyo. Los habitantes de Cales <sup>37</sup> protegieron a Sitio, uno de

---

<sup>37</sup> Ciudad de Campania.

sus ciudadanos que había efectuado generosas aportaciones de su propio pecunio en beneficio de ellos; lo dotaron de una guardia personal, amenazaron a los esclavos y prohibieron que los soldados se acercasen a las murallas. Finalmente, cuando el riesgo disminuyó, enviaron emisarios a los triunviros para interceder por él y obtuvieron que Sitio permaneciera en su ciudad, pero excluido del resto de Italia. De este modo, Sitio fue el primero, o tal vez el único de los hombres, que sufrió destierro en su patria. Varrón<sup>38</sup> era un filósofo e historiador, al tiempo que un buen soldado y general, y tal vez por estas razones fue proscrito como enemigo de la monarquía. Sus amigos ardían en deseos de darle acogida y rivalizaban entre sí por ello, hasta que Caleno obtuvo el privilegio y lo hospedó en su villa de recreo, donde Antonio solía descansar cuando iba de viaje. Sin embargo, ningún esclavo ni del propio Varrón ni de Caleno reveló que Varrón estaba allí.

- 48 Verginio, un hombre de oratoria persuasiva, hizo ver a sus esclavos que, si lo mataban por un poco de dinero y de dudoso cobro, se iban a sentir llenos de remordimientos y de grandes temores en el futuro, y si, por el contrario, lo salvaban, gozarían de una reputación de fidelidad, de buenas esperanzas y, más tarde, de mucho más dinero y más seguro. Ellos le hicieron escapar en su compañía, como si fuera un esclavo más, y, al ser reconocido durante el viaje, lo defendieron luchando contra los soldados. Sin embargo, como quiera que fuera apresado por éstos, también los convenció de que no lo iban a matar por razón de enemistad sino tan sólo por causa de la recompensa, pero que obtendrían una más justa y abundante si le acompañaban a la costa, «en donde, dijo él, mi esposa se ha encargado de traer una nave con dinero». Ellos hicieron caso de sus pala-

---

<sup>38</sup> M. Terencio Varrón, el escritor.

bras y descendieron hasta la costa. La mujer, ciertamente, había llegado a la orilla, pero, al retrasarse Verginio, pensó que él había navegado ya hacia Pompeyo y levó anclas, dejando, sin embargo, un esclavo en la playa para comunicárselo si acudía. El esclavo, cuando vio a Verginio, corrió hacia su dueño y le mostró la nave, visible aún, y le dio cuenta de su mujer, del dinero, y de por qué él había sido dejado atrás. Entonces los soldados confiaron ya plenamente en todo y, cuando Verginio les pidió que aguardasen hasta que su esposa fuera llamada de vuelta o que fueran con él tras ella, en busca del dinero, embarcaron en un bote y lo escoltaron hasta Sicilia remando con ardor. Allí obtuvieron lo prometido y ya no regresaron, sino que permanecieron a su servicio hasta que llegó la paz.

Un capitán de barco acogió en su nave a Rebilo para llevarlo a Sicilia y le exigió el dinero amenazándole con delatarlo si no lo obtenía. Pero Rebilo, igual que hizo Temístocles en su huida, lo contraamenazó con delatarlo él, porque le ayudaba a escapar mediante soborno. El capitán tuvo miedo y lo puso a salvo junto a Pompeyo.

Marco era lugarteniente de Bruto, y fue proscrito <sup>49</sup> por esta razón. Cuando Bruto fue derrotado, él cayó prisionero, fingió ser un esclavo y lo compró Barbula. Este último vio que era hábil y lo puso al frente de los demás esclavos, y le encargó de la administración de sus negocios. Mas como resultó inteligente en todos los aspectos y de natural superior al de un esclavo, empezó a sospechar y le infundió la esperanza de que, si confesaba que era uno de los proscritos, lo salvaría. Él lo negó con ahínco e, incluso, se inventó una familia, un nombre y anteriores dueños. Entonces, Barbula lo condujo a Roma, en la creencia de que vacilaría en llegar hasta Roma, si era un proscrito. Sin embargo, el otro lo siguió, incluso, en esta tesitura. A las puertas de la ciudad, uno de los amigos de Barbula que se topó con

él, al ver a Marco que estaba a su lado como un esclavo, le reveló su identidad en secreto a Barbula. Y este último solicitó el perdón de Octavio por medio de Agripa <sup>38 bis</sup>, y el nombre de Marco fue borrado de la lista de proscripción. Llegó a ser amigo de Octavio y, no mucho después, sirvió como su lugarteniente en Accio contra Antonio. Barbula servía entonces en el ejército de Antonio y sufrió un destino similar al de Marco. Pues, al ser derrotado Antonio, Barbula cayó prisionero y fingió ser un esclavo, y Marco lo compró como si no lo conociera, pero puso todo el asunto en conocimiento de Octavio, y solicitó y obtuvo devolver a Barbula un trato similar. Su pareja buena fortuna persistió para ambos en el tiempo venidero, pues los dos obtuvieron a un tiempo <sup>50</sup> la magistratura principal en la ciudad. Balbino huyó al lado de Pompeyo y regresó del exilio con él, y no mucho después fue cónsul. Lépidio, reducido por Octavio de triunviro a la condición de privado <sup>38 ter</sup>, se presentó a Balbino obligado por la necesidad siguiente. Mecenas demandó judicialmente al hijo de Lépidio por conspirar contra Octavio y también a su madre por tener conocimiento de este hecho. A Lépidio lo ignoró, en cambio, considerándolo persona carente de importancia. Mecenas envió al hijo a Octavio en Accio, pero, a fin de evitar que su madre fuera conducida tratándose de una mujer, le exigió depositar una fianza ante el cónsul de que se presentaría a Octavio. Como nadie ofreció la fianza, Lépidio pasaba el tiempo frecuentemente delante de la puerta de la casa de Balbino, y acudió al tribunal; aunque los ujieres trataron mucho tiempo de

---

<sup>38 bis</sup> M. Vipsanio Agripa, fue coetáneo de Octavio y su compañero de estudios (cf. NIC. DAM., *Vit. Caes.* 7, 16; y n. 19 al libro III), se ignora el origen de su familia (cf. SYME, *The Roman Revolution*, página 129). Estaba con él en Apolonia y con P. Salvidieno Rufo cuando el asesinato de César.

<sup>38 ter</sup> En el 36 a. C. (cf. *infra*, V 126).

alejarlo, a duras penas dijo: «Los acusadores testifican mi inocencia, puesto que dicen que yo no estaba en connivencia con mi mujer y mi hijo. A ti no te proscubí, pero yo estoy ahora por debajo de los proscritos. Sin embargo, en atención a la mudanza de los asuntos humanos y a mi persona, que permanece ante ti, concéde-me el favor de aceptar mi garantía de que mi esposa se presentará ante Octavio o permíteme partir hacia allí con ella.» Tras haber pronunciado Lépido estas palabras, Balbino no pudo soportar el cambio de su fortuna y eximió a la mujer de la fianza.

Cicerón, el hijo de Cicerón, había sido enviado con <sup>51</sup> anterioridad a Grecia por su padre, que había previsto que iban a ocurrir tales acontecimientos. Desde Grecia se unió a Bruto, y a la muerte de éste se fue con Pompeyo, y de uno y otro obtuvo la distinción de un puesto de mando en la milicia. Después, Octavio, para defenderse de la su traición de Cicerón, lo designó de inmediato *pontifex*, poco después cónsul <sup>39</sup> y luego procónsul de Siria. Cuando la derrota de Antonio en Accio fue comunicada por Octavio, este mismo Cicerón, en su calidad de cónsul <sup>40</sup>, dio lectura del escrito al pueblo y lo expuso en la rostra en el lugar donde había estado expuesta antes la cabeza de su padre. Apio repartió sus bienes entre sus esclavos y huyó con ellos a Sicilia. Al sobrevenir una tormenta, los esclavos maquinaron quedarse con su dinero y colocaron a Apio en un bote pequeño bajo el pretexto de trasladarlo a un lugar más seguro; y ocurrió así, puesto que él realizó la travesía,

<sup>39</sup> Fue cónsul *suffectus* en el 30 a. C. Esta medida fue tomada, entre otras, por Octavio para dar la impresión de una instauración de la República (cf. SYME, *op. cit.*, pág. 339) a raíz de su victoria en Accio (31 a. C.).

<sup>40</sup> Cicerón regresó a Roma después del pacto de Miseno (39 a. C.) y anunció al senado, en su calidad de cónsul, la muerte de Antonio, no la derrota de Accio (cf. HANSLIK, en *RE*, s.v. *Tullius*, núm. 30).

en contra de lo esperado, y los otros perecieron todos al hundirse la nave. Publio, el cuestor de Bruto, fue requerido por los partidarios de Antonio para que traicionara a aquél y, como no aceptó, fue proscrito por esta razón. Octavio le restauró sus derechos de ciudadanía y fue su amigo, y, cuando en cierta ocasión acudió a visitarlo, Publio expuso ante él algunas estatuas de Bruto y también recibió elogios de Octavio por esta acción.

Éstos fueron los sucesos que acaecieron de forma sorprendente a algunos de los proscritos y les procuraron la muerte o la salvación; he omitido, con todo, muchos otros similares a los anteriores. Mientras estas cosas tenían lugar en Roma, todos los países de allende las fronteras estaban conmocionados por guerras a causa de esta lucha civil<sup>41</sup>. Las más importantes de ellas eran las que se libraban en África entre Cornificio y Sextio, la de Siria entre Casio y Dolabella y la de Sicilia contra Pompeyo. Muchos horrores padecieron las ciudades a consecuencia de su captura; yo pasaré por alto las más pequeñas y me ceñiré a las de mayor tamaño y mayor lustre que las otras en razón de su prestigio, tales como Laodicea<sup>42</sup>, Tarso<sup>43</sup>, Rodas<sup>44</sup>, Patara<sup>45</sup> y Janto<sup>46</sup>. Las vicisitudes de la captura de cada una de ellas, para exponerlas con la brevedad de un resumen, fueron las siguientes.

53 Los romanos llaman todavía África Antigua a aquella parte de África que arrebataron a los cartagineses; a aquella otra parte que perteneció al rey Juba y que obtuvieron después por medio de Gayo César, la llaman,

---

<sup>41</sup> Este capítulo, como ya dijimos antes (cf. n. 1), sirve a modo de introducción para la segunda parte del libro.

<sup>42</sup> En Siria.

<sup>43</sup> En Cilicia.

<sup>44</sup> Ciudad e isla del Egeo.

<sup>45</sup> En Licia.

<sup>46</sup> En Licia.

por este motivo, África Nueva; también podría recibir el nombre de África Numídica. Pues bien, Sextio gobernaba en África Nueva por encargo de Octavio y reclamó a Cornificio que le cediera la Antigua, ya que África, en su totalidad, había sido asignada a Octavio en el reparto de los triunviros<sup>47</sup>. Cornificio replicó que él no conocía el reparto que habían hecho los triunviros entre sí, y que, puesto que había recibido el mando de manos del senado, no lo cedería a nadie sin la autorización del mismo. A partir de aquí comenzaron las hostilidades entre ambos. Cornificio tenía un ejército más pesado y numeroso; Sextio, en cambio, uno armado de manera más liviana y con menos efectivos, por lo cual hizo incursiones por las zonas interiores del territorio de Cornificio y provocó la defección; sin embargo, fue sitiado por Ventidio, un lugarteniente de Cornificio, que había sido enviado contra él con tropas más numerosas, después de defenderse tenazmente. Y Lelio, otro lugarteniente de Cornificio, devastó la parte de África de Sextio y, acampando en torno de Cirta, la sitió.

Ambas partes enviaron emisarios para asegurarse la <sup>54</sup> alianza del rey Arabio y de los llamados sitianos, pueblo que recibe este nombre en razón de la circunstancia siguiente. Un cierto Sitio<sup>48</sup>, por no afrontar un proceso privado en Roma, huyó y, habiendo reunido un ejército en la propia Italia y en España, cruzó a África y se alió alternativamente con los reyes africanos en sus mutuas guerras. Como aquellos a los que se unía siempre resultaban vencedores, Sitio llegó a gozar de una buena reputación y su ejército estuvo brillantemente entrenado. Luchó como aliado de Gayo César, cuando éste

<sup>47</sup> Cf. n. 10 a este libro.

<sup>48</sup> Este Sitio era un aventurero de Nuceria (cf., sobre él, n. 213 al libro II, y al cap. 96 de este libro). Tal vez sea un pariente de aquel P. Sitio proscrito por los triunviros (cf. cap. 47 de este libro).

persiguió en África a los pompeyanos, y mató a Saburra, famoso general de Juba <sup>49</sup>; en recompensa por estos servicios recibió de César el territorio de Masinisa, no en su totalidad, sino la mejor parte. Masinisa era el padre de este Arabio y aliado de Juba, y César entregó su territorio a este Sitio y a Bocco, rey de Mauritania, y Sitio repartió su parte entre sus soldados. Entonces, Arabio <sup>50</sup> huyó a España al lado de los hijos de Pompeyo, pero regresó a África tras la muerte de César y continuó enviando algunas tropas africanas a Pompeyo el Joven a España, recibíéndolas entrenadas, gracias a lo cual arrebató a Bocco <sup>50 bis</sup> su territorio y dio muerte a Sitio con un engaño. Aunque estaba bien dispuesto hacia los pompeyanos, por los motivos expuestos, adoptó, sin embargo, una actitud contraria a este partido debido a que tenía siempre de cara a la fortuna y se unió a Sextio, por medio del cual obtuvo el favor de Octavio. También se unieron a él los sitianos, en este caso por su antigua amistad con César.

55 Por tanto, Sextio, crecido por estos refuerzos, rompió el cerco y salió a combatir; Ventidio cayó muerto en el combate y el ejército huyó presa del desorden. Sextio los persiguió matando y haciendo prisioneros. Al enterarse de esto, Lelio levantó el asedio de Cirta y avanzó hacia Cornificio. Sextio, exaltado por lo sucedido, se encaminó hacia Útica contra el mismo Cornificio y acampó frente a él, aunque contaba con fuerzas superiores. Cornificio envió a Lelio con su caballería para efectuar un reconocimiento, y Sextio envió a Arabio para que combatiera con la suya frontalmente contra Lelio; él, a su vez, se dirigió con las tropas ligeras hacia los flan-

<sup>49</sup> Cf. *supra*, II 45 y 100.

<sup>50</sup> Cf. *infra*, IV 83.

<sup>50 bis</sup> Cf. GABBA, *Appiani...*, V, págs. 54-55, sobre Bocco y Bogudes, reyes de Mauritania, y GSELL, *Hist. Anc. de l'Afrique du Nord*, VIII, ver Índice.

cos del combate ecuestre, y atacando por allí provocó la confusión. Finalmente, Lelio, aunque no había sido derrotado, tuvo miedo de que le cortaran la retirada y tomó posesión de una colina próxima. Arabio, pisándole los talones, dio muerte a muchos y rodeó la colina. Cuando Cornificio vio esto, salió con el grueso de su ejército para ayudar a Lelio. Sextio, que estaba a sus espaldas, cargó a la carrera contra él, pero Cornificio se volvió y logró rechazarlo a costa de grandes pérdidas.

Entretanto, Arabio, con unos hombres acostumbra- 56  
dos a escalar, subió por las escarpas y se deslizó a ocultas en el campamento de Cornificio. Roscio, el guardián del campamento, cuando éste había sido capturado, se ofreció a uno de sus ayudantes para que le matase y así lo hizo. Cornificio, fatigado por la lucha, se trasladó junto a Lelio hacia la colina, ignorante de lo que había ocurrido en su campamento. Cuando estaba retirándose, la caballería de Arabio lo atacó y lo mataron. Lelio, al ver lo ocurrido desde la colina, se suicidó. Una vez muertos los jefes, el ejército huyó en diversas direcciones. De los proscritos que habían huido junto a Cornificio, unos se embarcaron rumbo a Sicilia y otros huyeron por donde cada cual pudo. Sextio recompensó a Arabio y a los sitianos con un cuantioso botín, pero a las ciudades las puso bajo la fidelidad a Octavio y les garantizó el perdón a todas.

Éste fue el desenlace de la guerra de África entre Sextio y Cornificio, que pareció de escasa entidad a causa de la rapidez de sus hechos.

Paso ahora a exponer lo relativo a Casio y Bruto, 57  
aunque antes repita como recordatorio unas pocas cosas de las ya dichas <sup>51</sup>. Después del asesinato de César,

---

<sup>51</sup> Apiano inserta aquí a modo de introducción a las campañas de Bruto y Casio, los avatares de éstos a raíz del asesinato de César.

sus asesinos se apoderaron del Capitolio <sup>52</sup> y bajaron de él cuando fue decretada una amnistía para ellos. Durante las exequias fúnebres, el pueblo, lleno de compasión por César, buscó a los asesinos recorriendo la ciudad <sup>53</sup>. Ellos, entonces, se defendieron desde los tejados de sus casas, y los que habían sido designados por el propio César como gobernadores de provincias, partieron al punto de la ciudad <sup>54</sup>. Casio y Bruto eran todavía pretores urbanos, pero habían sido elegidos ya por Gayo César gobernadores de provincias; Casio, de Siria y Bruto, de Macedonia <sup>55</sup>. Sin embargo, como no podían acceder a su nuevo puesto antes del tiempo legal y tenían miedo de permanecer en la ciudad, partieron mientras eran todavía pretores. Y el senado les encargó de ocuparse del aprovisionamiento de trigo, para guardar las formas, a fin de que no se pensara que habían huido en el intervalo <sup>56</sup>. Después de su partida, Siria y Macedonia fueron transferidas a los cónsules Antonio y Dolabella mediante un decreto, a pesar de la indignación total del senado, y, no obstante, les fueron concedidas a cambio Cirene y Creta, a Bruto y Casio <sup>57</sup>. Éstos despreciaron sus nuevos destinos por insignificantes y reunieron tropas y dinero para invadir Siria y Macedonia.

58 Mientras ellos estaban entregados a estos menesteres Dolabella dio muerte a Trebonio en Asia <sup>58</sup>, y Antonio sitió a Décimo en la Galia Cisalpina <sup>59</sup>. El senado, presa de la cólera, decretó que Dolabella y Antonio

<sup>52</sup> Cf. *supra*, II 120.

<sup>53</sup> Cf. *supra*, II 147.

<sup>54</sup> Cf. *supra*, III 2.

<sup>55</sup> *Ibidem*.

<sup>56</sup> Cf. *supra*, III 6.

<sup>57</sup> Cf. *supra*, III 7 y 8, y 30.

<sup>58</sup> Cf. *supra*, III 26.

<sup>59</sup> Cf. *supra*, III 97-99.

eran enemigos públicos <sup>60</sup>, reintegró a Bruto y Casio a sus anteriores destinos y añadió Iliria al de Bruto <sup>61</sup>. También ordenaron a todos cuantos estaban al mando de provincias o ejércitos romanos, desde el Adriático hasta Siria, que obedecieran lo que les ordenasen Casio o Bruto <sup>62</sup>. Después de estos hechos, Casio se anticipó a Dolabella en la invasión de Siria, levantó las insignias de un gobernador y asumió, de golpe, el mando de doce legiones que habían sido alistadas y entrenadas por Gayo César desde mucho tiempo atrás. A una de ellas la había dejado César en Siria, cuando planeaba ya su campaña contra los partos, y la había puesto bajo el cuidado de Cecilio Baso, aunque la dignidad del mando la ostentaba un joven, familiar de César, llamado Sexto Julio. El tal Julio, entregado a un régimen de vida disoluto, llevó a la legión a la molicie de forma harto indigna y ultrajó, en cierta ocasión, a Baso cuando le reprochó una conducta tal. Después llamó a Baso y, como se retrasaba, ordenó que lo llevaran a rastras. Se produjo un altercado indigno y Baso sufrió algunos golpes, y el ejército, no pudiendo soportar el espectáculo, asaltó a Julio. Al punto siguió un arrepentimiento y temor de César. En consecuencia, se juramentaron entre ellos que, si no se les concedía el perdón y la confianza, lucharían hasta la muerte, y obligaron a Baso al mismo juramento. Reclutaron otra legión y se entrenaron ambas juntas y lucharon con valentía contra Estayo Murco, enviado por César contra ellos con tres legiones. Marcio Crispo vino en ayuda de Murco desde Bitinia con otras tres legiones, y las seis legiones sitiaron, a un tiempo, a Baso <sup>63</sup>.

---

<sup>60</sup> Cf. *supra*, III 61.

<sup>61</sup> Cf. *supra*, III 63.

<sup>62</sup> *Ibidem*.

<sup>63</sup> Cf. *supra*, III 77-78.

sus asesinos se apoderaron del Capitolio<sup>52</sup> y bajaron de él cuando fue decretada una amnistía para ellos. Durante las exequias fúnebres, el pueblo, lleno de compasión por César, buscó a los asesinos recorriendo la ciudad<sup>53</sup>. Ellos, entonces, se defendieron desde los tejados de sus casas, y los que habían sido designados por el propio César como gobernadores de provincias, partieron al punto de la ciudad<sup>54</sup>. Casio y Bruto eran todavía pretores urbanos, pero habían sido elegidos ya por Gayo César gobernadores de provincias; Casio, de Siria y Bruto, de Macedonia<sup>55</sup>. Sin embargo, como no podían acceder a su nuevo puesto antes del tiempo legal y tenían miedo de permanecer en la ciudad, partieron mientras eran todavía pretores. Y el senado les encargó de ocuparse del aprovisionamiento de trigo, para guardar las formas, a fin de que no se pensara que habían huido en el intervalo<sup>56</sup>. Después de su partida, Siria y Macedonia fueron transferidas a los cónsules Antonio y Dolabella mediante un decreto, a pesar de la indignación total del senado, y, no obstante, les fueron concedidas a cambio Cirene y Creta, a Bruto y Casio<sup>57</sup>. Éstos despreciaron sus nuevos destinos por insignificantes y reunieron tropas y dinero para invadir Siria y Macedonia.

58 Mientras ellos estaban entregados a estos menesteres Dolabella dio muerte a Trebonio en Asia<sup>58</sup>, y Antonio sitió a Décimo en la Galia Cisalpina<sup>59</sup>. El senado, presa de la cólera, decretó que Dolabella y Antonio

52 Cf. *supra*, II 120.

53 Cf. *supra*, II 147.

54 Cf. *supra*, III 2.

55 *Ibidem*.

56 Cf. *supra*, III 6.

57 Cf. *supra*, III 7 y 8, y 30.

58 Cf. *supra*, III 26.

59 Cf. *supra*, III 97-99.

eran enemigos públicos <sup>60</sup>, reintegró a Bruto y Casio a sus anteriores destinos y añadió Iliria al de Bruto <sup>61</sup>. También ordenaron a todos cuantos estaban al mando de provincias o ejércitos romanos, desde el Adriático hasta Siria, que obedecieran lo que les ordenasen Casio o Bruto <sup>62</sup>. Después de estos hechos, Casio se anticipó a Dolabella en la invasión de Siria, levantó las insignias de un gobernador y asumió, de golpe, el mando de doce legiones que habían sido alistadas y entrenadas por Gayo César desde mucho tiempo atrás. A una de ellas la había dejado César en Siria, cuando planeaba ya su campaña contra los partos, y la había puesto bajo el cuidado de Cecilio Baso, aunque la dignidad del mando la ostentaba un joven, familiar de César, llamado Sexto Julio. El tal Julio, entregado a un régimen de vida disoluto, llevó a la legión a la molicie de forma harto indigna y ultrajó, en cierta ocasión, a Baso cuando le reprochó una conducta tal. Después llamó a Baso y, como se retrasaba, ordenó que lo llevaran a rastras. Se produjo un altercado indigno y Baso sufrió algunos golpes, y el ejército, no pudiendo soportar el espectáculo, asaltó a Julio. Al punto siguió un arrepentimiento y temor de César. En consecuencia, se juramentaron entre ellos que, si no se les concedía el perdón y la confianza, lucharían hasta la muerte, y obligaron a Baso al mismo juramento. Reclutaron otra legión y se entrenaron ambas juntas y lucharon con valentía contra Estayo Murco, enviado por César contra ellos con tres legiones. Marcio Crispo vino en ayuda de Murco desde Bitinia con otras tres legiones, y las seis legiones sitiaron, a un tiempo, a Baío <sup>63</sup>.

---

<sup>60</sup> Cf. *supra*, III 61.

<sup>61</sup> Cf. *supra*, III 63.

<sup>62</sup> *Ibidem*.

<sup>63</sup> Cf. *supra*, III 77-78.

59 Casio intervino con rapidez en este asedio y, al punto, tomó el mando del ejército de Baso con su asentimiento, y, después, el de las legiones de Murco y Marcio, que se entregaron a él de forma amigable y le obedecieron en todo de acuerdo con el decreto del senado. Por este tiempo, Alieno, que había sido enviado a Egipto por Dolabella, regresó de allí con cuatro legiones integradas por restos de las tropas dispersas a raíz de la derrota de Pompeyo y Craso, o por aquellas otras que habían sido dejadas por César a Cleopatra. Casio lo rodeó de improviso en Palestina, mientras se hallaba aún ignorante de lo sucedido y le obligó a unirse a él y a entregarle su ejército, ya que Alieno no se atrevió a combatir con cuatro legiones contra ocho. De este modo, Casio, de forma insospechada, se vio en posesión de golpe de doce legiones excelentes<sup>64</sup>. Tenía, además, como aliados a algunos arqueros partos montados a caballo, gracias a su reputación entre los partos desde que, como cuestor de Craso, se había mostrado más inteligente que éste.

60 Dolabella pasaba el tiempo en Jonia<sup>65</sup>, donde dio muerte a Trebonio, impuso tributo a las ciudades y, por medio de Lucio Fígulo, alquiló una flota a los rodios, licios, panfilios y cilicios. Cuando lo tuvo todo dispuesto, avanzó hacia Siria con dos legiones, por tierra, en tanto que Fígulo lo hacía por mar. Informado de las fuerzas de Casio, prosiguió hasta Laodicea, ciudad amiga suya y situada en una península, que estaba bien fortificada por el lado de tierra y tenía un puerto desde el que podría procurarse alimentos con facilidad por vía marítima, y podría hacerse a la mar sin riesgo, cuando lo deseara. Cuando Casio se enteró de estos detalles, temiendo que Dolabella se le escapara, cruzó el istmo

<sup>64</sup> Este pasaje es una reproducción literal de III 78.

<sup>65</sup> Hacia el otoño del 43 a. C., cf. BROUGHTON, II, pág. 344.

con un terraplén de dos estadios de longitud acumulando piedras y toda clase de material procedentes de fincas de recreo, de casas suburbanas y de tumbas, y envió a por naves a Fenicia, Licia y Rodas.

Ignorado por todos, salvo por los sidonios, sostuvo <sup>61</sup> un combate naval con Dolabella en el que fueron hundidas un número sustancioso de naves por cada parte y Dolabella apresó a cinco naves con sus tripulaciones. Casio envió, de nuevo, emisarios a los que habían desatendido su demanda y también a Cleopatra, la reina de Egipto, y a Serapio <sup>66</sup>, su representante en Chipre. Los tirios, los aradios y Serapio, sin consultar previamente a Cleopatra, le enviaron cuantas naves tenían. La reina, en cambio, adujo como pretexto ante Casio que el hambre y la peste oprimían por entonces a Egipto, pero realmente ella cooperaba con Dolabella en razón de su relación íntima con el anterior César. Y por este motivo le había enviado cuatro legiones por medio de Alieno y tenía dispuesta otra escuadra para socorrerle, pero los vientos contrarios la retenían en puerto. Los rodios y los licios dijeron que no combatirían como aliados de Casio y Bruto en guerras civiles, toda vez que a Dolabella le dieron las naves como escolta sin saber que iban a ser utilizadas para combatir como aliados.

Así pues, una vez que Casio hubo efectuado de nuevo <sup>62</sup> cuantos preparativos le permitían las circunstancias del momento, se enfrentó por segunda vez a Dolabella. En el primer encuentro, la batalla estuvo equilibrada por uno y otro lado, pero Dolabella fue derrotado en

<sup>66</sup> Sobre Serapio, cf. MÜNZER, en *RE*, s.v. *Serapio*, núm. 3; era consejero de Tolomeo XII Auletes y de Cleopatra y estaba en Roma cuando murió César. La isla de Chipre pertenecía a los Tolomeos hasta finales del 58 a. C., cuando, en virtud de la *lex Cassia*, Catón fue enviado allí para anexionarla a Roma (cf. E. BADIAN, «M. Porcius Cato in the Annexation and Early Administration of Cyprus», *Jour. of Rom. St.* 55 [1965], 110-121) y luego fue concedida por César a Arsínoe.

el siguiente combate naval, y Casio completó el terraplén y batió ya la muralla de Dolabella hasta que la derrumbó. Como no pudo sobornar a Marso, el capitán de la guardia nocturna, sobornó a los centuriones de guardia durante el día, y mientras Marso descansaba, penetró con luz diurna a través de numerosos portones que les fueron abiertos sucesivamente. Después que la ciudad fue tomada, Dolabella presentó su cabeza a su centinela personal, y le ordenó que la cortara y se la llevara a Casio como su propio salvoconducto. Él se la cortó y se degolló a continuación, y también se suicidó Marso. Casio hizo prestar un nuevo juramento de fidelidad a su persona al ejército de Dolabella, saqueó los templos y el tesoro público de Laodicea, castigó a los ciudadanos más ilustres e impuso fuertes tributos al resto hasta que la ciudad quedó reducida a la extrema miseria.

- 63 Después de la captura de Laodicea, Casio desvió su atención hacia Egipto, ya que se había enterado de que Cleopatra se disponía a reunirse con Octavio y Antonio con una gran flota, y se propuso impedir la navegación y castigar a la reina por sus planes. Previamente había reflexionado sobre la idoneidad del momento, ya que Egipto se encontraba exhausto por el hambre y sin un ejército extranjero numeroso a raíz de la partida de los soldados de Alieno. Cuando se hallaba presa de tales ansias, esperanzas y oportunidad, recibió una llamada urgente de Bruto diciéndole que Octavio y Antonio estaban cruzando ya el Adriático. Por consiguiente, y en contra de su voluntad, Casio abandonó sus expectativas sobre Egipto, envió de regreso a su patria a los jinetes arqueros partos, con regalos, y despachó embajadores al rey de éstos para solicitar un número mayor de tropas auxiliares; éstas llegaron después de la batalla e hicieron incursiones por Siria y muchas de las provincias vecinas hasta Jonia y se retiraron. Casio dejó a su cuña-

do en Siria con una sola legión y envió en vanguardia a Capadocia a su caballería, la cual dio muerte por sorpresa a Ariobarzanes, por haber conspirado contra Casio, y llevaron de vuelta a éste los abundantes tesoros de aquél y diverso equipo de guerra.

El pueblo de Tarso estaba dividido en facciones, de 64 las cuales una había coronado a Casio, que había llegado en primer lugar, y otra de ellas a Dolabella, que vino después. Y ambas hicieron esto en nombre de la ciudad. Como honraban a cada uno de forma alterna, tanto Casio como Dolabella, trataban a la ciudad con acritud por su volubilidad. Casio, después de su victoria sobre Dolabella, les impuso un tributo de mil quinientos talentos. Ante la falta de recursos y la exigencia violenta del dinero por los soldados, vendieron el tesoro público en su totalidad y, después, acuñaron en moneda todos los objetos sagrados destinados a las procesiones y las ofrendas. Puesto que no se completaba la suma total con ninguna partida, los magistrados procedieron a la venta de los ciudadanos libres, primero las doncellas y los niños, y después las mujeres y los ancianos miserables, comprados a un precio muy bajo, y finalmente los jóvenes. La mayoría de ellos se suicidaron. Casio, a su regreso, cuando vio en qué situación se encontraban, se apiadó de ellos y les eximió del resto del tributo.

Tales fueron las desgracias de Tarso y Laodicea. 65 Casio y Bruto sostuvieron una reunión entre ellos<sup>67</sup>; Bruto era partidario de que unieran sus fuerzas e hicieran de Macedonia la base de su objetivo, ya que los enemigos contaban entonces con cuarenta legiones, de las que ocho habían cruzado el Adriático<sup>68</sup>, Casio, en cam-

<sup>67</sup> El encuentro tuvo lugar en Esmirna a fines del 43 a. C.

<sup>68</sup> Esta legiones habían sido enviadas por Antonio y Octavio, a principios de enero del 42 a. C., como una avanzadilla. Estaban bajo el mando de G. Norbano Flaco y L. Decidio Saxa, quienes marcharon

bio, era de la opinión de que no se preocupara por el momento de los enemigos, ya que ellos mismos se verían mermados por la falta de alimentos a causa de su excesivo número; pensaba, sin embargo, que había que someter a los rodios y a los licios que eran favorables a aquéllos y poseían una flota, a fin de que no les atacaran por la espalda cuando ellos entraran en acción. Una vez que se tomó esta decisión, Bruto marchó contra los licios y Casio contra los rodios<sup>69</sup>, en cuya isla se había educado e instruido en la cultura griega. Como había de enfrentarse en combate con hombres que poseían una técnica naval muy depurada, preparó sus naves con sumo cuidado, completó las tripulaciones y las entrenó en Mindo<sup>70</sup>.

- 66 Los rodios<sup>71</sup> distinguidos tenían miedo de una confrontación con los romanos; en cambio, el pueblo llano estaba imbuido de una moral elevada, puesto que recordaba antiguas empresas frente a hombres dispares; así pues, botaron sus treinta y tres mejores navíos. Mientras realizaban esta operación, enviaron, no obstante, algunos embajadores a Mindo para pedir a Casio que no menospreciara a Rodas, pues la ciudad se había defendido siempre de quienes la habían despreciado, ni tampoco los tratados existentes entre Rodas y Roma, en virtud de los cuales ninguno de los dos pueblo llevaría sus armas contra el otro. Pero que si les reprochaba algún punto relativo a la alianza, querían oírlo de

---

a lo largo de la vía Egnacia, a través de Macedonia, dejaron atrás Filipos y ocuparon una posición favorable (cf. SYME, *The Roman Revolution*, pág. 202).

<sup>69</sup> Hasta finales del verano del 42 a. C., Bruto y Casio se van a dedicar a estos menesteres y a recolectar dinero en Asia y organizar sus recursos.

<sup>70</sup> Ciudad costera de Caria.

<sup>71</sup> Para los rodios en estos años, cf. H. H. SCHMITT, *Rom und Rhodos*, Munich, 1957, págs. 185 y sigs.

boca del senado romano, y que si éste se lo ordenaba afirmaron que contribuirían como aliados.

Tales fueron las propuestas de los embajadores rodios. Casio, a su vez, les dijo que en las demás cuestiones decidiría la guerra en vez de las palabras, pero que, en relación con el tratado que prohibía llevar la guerra a uno contra otro, lo habían violado los rodios al aliarse con Dolabella frente a Casio; que el tratado ordenaba ayudarse mutuamente en la guerra, y que a la demanda de Casio respondieron con ironía sobre el senado romano, ya que éste se encontraba huido o cautivo en la actualidad por los que se habían hecho amos de la ciudad. Y que éstos recibirían su castigo, igual que los rodios por ponerse de su parte, a no ser que obedecieran con presteza lo ordenado. Ésta fue la respuesta de Casio, y los más sensatos de los rodios tuvieron aún mayor temor. Sin embargo, a la multitud la encadilaban con su demagogia Alejandro y Mnareas, recordándoles que también Mitrídates había navegado contra Rodas con un número mayor de naves y Demetrio antes que Mitrídates.

En consecuencia, ellos eligieron por estas razones a Alejandro como su patrono, que es precisamente entre ellos el magistrado que ostenta el máximo poder, y como almirante de la flota designaron a Mnareas.

Sin embargo, enviaron todavía otro embajador a 67 Casio, en la persona de Arquelao que había sido su maestro en las letras griegas en Rodas, con objeto de que hiciera una petición más pertinaz. Y Arquelao, cogiéndole de la mano derecha, en un gesto de familiaridad, lo hizo en los términos siguientes <sup>72</sup>: «No destruyas una

---

<sup>72</sup> Sobre el episodio de los rodios, cf. GABBA, *Appiano...*, páginas 182-184. Este autor interpreta este pasaje de Apiano como una réplica contra la propaganda augústea que acusaba a Bruto y Casio de arrogarse el honor de luchar por la libertad, que, en cambio, negaban a los pueblos orientales (así, los licios y los jantios en el caso de Bruto).

ciudad griega tú, hombre amante de lo griego, no destruyas a Rodas tú, hombre amante de la libertad. No mancilles la reputación de un Estado dorio que no ha sido vencido hasta el presente, no olvides las hermosas historias que aprendiste en Rodas y en Roma; en Rodas, cuánto hicieron los rodios frente a ciudades y reyes, en especial frente a los que parecían que eran invencibles, Demetrio y Mitrídates, en defensa de esa libertad por la que también tú dices ahora que combates; en Roma, cuánta ayuda recibisteis de nosotros contra otros, y en especial contra Antíoco el Grande, en cuyo recuerdo existen entre vosotros estelas grabadas en nuestro honor».

68 «Queden estas palabras, romanos, como ejemplo debido a nuestra raza, dignidad y condición de libertad hasta el presente, y de nuestra alianza y buena voluntad hacia vosotros. Y en tu caso concreto, Casio, debes un respeto particular hacia la ciudad en la que tú naciste, te educaste, viviste y tuviste un hogar y mi escuela; y me debes también respeto a mí, que esperaba poder vanagloriarme alguna vez, de mis enseñanzas a tí, en otros fines, y que, en cambio, ahora las tengo que emplear en defensa de la patria, para que no se vea forzada a combatir contra su propio discípulo y pupilo y tenga necesariamente que ocurrir una de estas dos cosas: o que los rodios sean totalmente aniquilados o que Casio sufra una derrota. Y, además de mi ruego, quiero darte el consejo de que, mientras andes ocupado en tales empresas, pongas a los dioses en todo momento co-

---

Según Gabba, se justifica el proceder de Casio en Apiano, pues los rodios habían elegido la causa de los usurpadores de esa libertad en Roma y con ello se labraron su propio destino. Ve, además, una actitud coherente en la política de ambos cesaricidas, que, de otro lado, sienten dolor e intentan mitigar la desgracia de ambos pueblos (cf., también, D. MAGIE, *Roman Rule in Asia Minor* [2 vols.], Princeton, 1950, I, págs. 423-424 para los rodios, y 528-529 para los jantios).

mo guías de tus actos. Vosotros, romanos, jurasteis por los dioses cuando, no hace mucho, renovasteis con nosotros un tratado por medio de Gayo César, y, después del juramento, hicisteis libaciones y tendisteis vuestra mano derecha, signos todos que tienen mucha fuerza incluso entre enemigos ¿No la van a tener entre amigos y maestros? Y, además de los dioses, salvaguardad vuestra reputación ante los hombres, pues nada hay peor que la violación de un tratado, acción que provoca el descrédito total de sus transgresores ante los ojos de los amigos y de los enemigos.»

Tras decir esto, el anciano no le soltó la mano, sino <sup>69</sup> que vertió lágrimas sobre ella, hasta el punto de que Casio se ruborizó ante el espectáculo y experimentó una sensación de vergüenza, pero, no obstante, retiró su mano y dijo: «Si tú no aconsejaste a los rodios que no me hicieran agravio, tú mismo me lo hiciste; y si, habiéndoselo advertido, no los persuadiste, te vengaré por ello. Que he sido injuriado está claro. En primer lugar, cuando os pedí ayuda y fui ignorado por quienes eran mis educadores y tutores, y, por segunda vez consecutiva, cuando dieron preferencia sobre mí a Dolabella, al que ni educaron ni criaron; pero lo peor de todo, oh rodios, amantes de la libertad, es que yo, y Bruto, y cuantos miembros preclaros del senado tenéis ante vuestros ojos, éramos fugitivos de la tiranía y tratábamos de liberar a nuestra patria, mientras que Dolabella quería hacerla esclava de otros, aquellos, precisamente, a los que antes habéis ayudado, y pretendéis ahora querer absteneros de nuestras guerras civiles. Ésta, en efecto, sería una guerra civil si nosotros aspirásemos al poder absoluto también, pero es evidente que se trata de una guerra de la República contra la Monarquía. Y dejáis sin ayuda a la República vosotros que apeláis a mí en defensa de vuestra libertad. Y aunque hacéis pública declaración de amistad hacia los romanos, no os compa-

decéis de quienes son proscritos a muerte y confiscación sin juicio, sino que pretendéis oírlo del senado, que está sufriendo estas calamidades y que, en modo alguno, se puede defender a sí mismo. Sin embargo, él ya os dio su respuesta cuando decretó que todos los pueblos de Oriente nos ayudaran a mí a y Bruto.

70 «Ahora tú nos recuerdas la cooperación que nos brindasteis cuando conquistábamos nuevos territorios, por la que obtuvisteis a cambio beneficios y recompensa, pero que no nos ayudáis cuando sufrimos vejaciones en la lucha por la libertad y salvación, lo pasas por alto. Y deberíais, aunque no hubiera habido ningún tipo de relación entre nosotros, ahora al menos, comenzar a luchar voluntariamente en defensa de la República romana, por ser vosotros un pueblo dorio. Pero, en vez de tener una actitud y pensamiento tales, alegáis tratados —pactados con vosotros por Gayo César, el instaurador de esta monarquía—, y, sin embargo, estos tratados dicen que los romanos y los rodios se ayuden mutuamente en los tiempos de necesidad. ¡Ayudad, por tanto, a los romanos cuando se hallan inmersos en los mayores peligros! Es Casio quien apela a estos tratados y os pide vuestro auxilio —un ciudadano romano y un general romano—, según dice el decreto del senado, en el que se ordena que todos los pueblos de allende el Adriático nos obedezcan. Os presentan estos mismos decretos Bruto y también Pompeyo, que fue investido por el senado con el mando del mar, y se añaden las súplicas de todos aquellos senadores que han huido, unos hacia mí y Bruto, y otros al lado de Pompeyo. Lo convenido en el tratado es que los rodios socorran a los romanos, incluso en el caso de que sean individuos singulares quienes tengan necesidad de esa ayuda. Pero si no nos consideráis como generales, ni siquiera como romanos, sino como exilados o extranjeros o condenados, tal como dicen los proscritos, oh rodios, vosotros no

tenéis ya tratados con nosotros sino con los romanos. Y, siendo, por tanto, extranjeros y extraños a los tratados, os combatiremos en el caso de que no nos obedezcáis en todo.»

Con esta respuesta irónica despachó Casio a Arquelao. Alejandro y Mnareas, los líderes rodios, se hicieron 71 a la mar con treinta y tres naves para atacar a Casio en Mindo, con la idea de sorprenderlo por lo repentino del ataque. Abrigaban la esperanza, fundada un poco a la ligera, sobre la opinión de que había sido también por navegar contra Mitrídates en Mindo como habían llevado a buen puerto el final de la guerra. El primer día emplearon la remadura en señal de alarde y pasaron la noche en Cnido, y al día siguiente se mostraron a las fuerzas de Casio desde el mar. Éstos, con admiración, se hicieron, a su vez, a la mar y la batalla fue un derroche de fuerza y capacidad por ambas partes. Los rodios, con naves ligeras, rompían la línea de combate enemiga con rapidez, ciabogaban y atacaban por la retaguardia; los romanos, sobre naves más pesadas, cuando abordaban a los enemigos se imponían a causa de su ímpetu más poderoso, como si combatieran en tierra firme. Pero, una vez que Casio pudo rodear a las naves enemigas gracias a la superioridad numérica de sus naves, los rodios no pudieron ya navegar alrededor y romper la formación; y, como sólo podían embestir de frente y ciar, su experiencia náutica de nada les valió, rodeados en un lugar estrecho. Sus espolones y virajes se tornaron ineficaces contra las pesadas naves romanas, y, en cambio, las de éstos eran efectivas frente a unas más livianas. Finalmente, los navíos rodios fueron capturados con sus tripulaciones, dos fueron perforados y se hundieron y los restantes huyeron averiados a Rodas. Todos los navíos romanos regresaron a Mindo, donde fueron reparados, pues también resultaron dañados la mayoría de ellos.

72 Éste fue el desenlace del combate naval entre romanos y rodios en Mindo. Casio contempló su desarrollo desde una montaña, y, cuando hubo reparado sus barcos, navegó hasta Lorima, un fortín rodio situado en el continente, frente a la isla, e hizo transportar la infantería a Rodas a bordo de transportes al mando de Fannio y Léntulo. Él mismo navegó con las ochentas naves equipadas para infundir el máximo terror, y, habiendo apostado en torno a Rodas a su infantería y a la escuadra, permaneció a la espera, en la creencia de que los enemigos cederían algo. Pero éstos se hicieron a la mar de nuevo llenos de coraje y, tras perder dos naves, fueron rodeados por completo. Corriendo entonces por encima de las murallas las aprovisionaron totalmente de armas, y rechazaron, a la vez, a las tropas de Fannio, que les atacaban desde tierra, y a Casio, que avanzaba con la flota, dispuesta para el combate contra las murallas, contra las defensas sobre el mar. Este último, como esperaba que pudiera ocurrir algo tal, había llevado consigo torretas desmontadas que entonces levantó. Rodas, después de haber sufrido dos derrotas en el mar, se vio cercada por tierra y mar, y como suele suceder en una acción rápida e inesperada se encontró inerme ante un asedio. Por este motivo resultaba evidente que sería capturada con prontitud la ciudad ya fuera por la fuerza o por el hambre. Los más previsores de los rodios se dieron cuenta de ello, y Fannio y Léntulo entablaron conversaciones con ellos.

73 Mientras estos hechos se hallaban en curso, Casio se presentó en medio de la ciudad con una fuerza escogida, sin que hubiera habido ningún indicio de violencia, ni de utilización de escalas. Y la mayoría conjeturó, como al parecer sucedió, que aquellos ciudadanos favorables a él habían abierto los portones por piedad hacia la ciudad y por miedo al hambre.

Así fue tomada Rodas, y Casio se sentó sobre el tribunal y clavó la lanza a su lado para indicar que había sido tomada por la fuerza. Dio órdenes estrictas al ejército de que permaneciera tranquilo y proclamó por medio de un heraldo la pena de muerte para aquel que saqueara o cometiera alguna violencia; él mismo citó nominalmente a cincuenta ciudadanos rodios y, cuando fueron conducidos a su presencia, los castigó con la muerte. A otros, aproximadamente veinticinco, que no fueron encontrados, ordenó que fueran desterrados. Expolió cuanto dinero, en oro o plata, había en los templos y en el tesoro público: ordenó que los ciudadanos privados llevaran lo que poseyeran, en un día estipulado, y proclamó mediante un heraldo la pena de muerte para quienes ocultaran algo, un diezmo para los informadores y la libertad para los esclavos. En un principio, muchos lo ocultaron creyendo que no habría de llegar hasta el final en su amenaza, pero, cuando vieron que eran abonadas las recompensas y castigados los delatores, tuvieron miedo y, tras haberse procurado la fijación de otro día, algunos desenterraron el dinero, otros lo sacaron de pozos y otros de las tumbas en mucha más cantidad que los anteriores.

Tales fueron las desgracias de los rodios. Lucio Va- 74  
ro quedó al cargo de ellos con una guarnición. Casio, contento por la rapidez de la captura y por la gran cantidad de dinero conseguido, ordenó, sin embargo, que todos los restantes pueblos de Asia pagaran los tributos de diez años, y ellos lo hicieron en un breve espacio de tiempo. Entonces, le fue comunicada la noticia de que Cleopatra se disponía a emprender la travesía con una flota numerosa y equipada pesadamente para unirse a Octavio y Antonio. Pues ella había elegido ya desde tiempo atrás la causa de éstos por sus relaciones con el anterior César, y ahora, sobre todo, por miedo a Casio. Este último envió a Murco al Peloponeso con una

legión de soldados escogidos y algunos arqueros, a sesenta naves acorazadas, para que esperara en las proximidades de Ténaro <sup>73</sup>, (y así lo hizo) reuniendo cuanto botín pudo desde el Peloponeso.

- <sup>75</sup> Paso a ocuparme, a continuación, de lo referente a la actuación de Bruto en Licia, retomando un poco el hilo de los acontecimientos a modo de recuerdo. Una vez que él recibió de Apuleyo <sup>74</sup> un cierto número de tropas que éste tenía bajo su mando y dieciséis mil talentos, producto de los tributos recogidos en Asia, avanzó hasta Beocia. Cuando el senado decretó que utilizaran esta suma de dinero para hacer frente a su situación actual y que tuviera el mando de Macedonia y de Iliria, se hizo cargo de las tres legiones que estaban en Iliria y que Vatinio, el anterior gobernador de esta provincia, le entregó <sup>75</sup>. Otra se la quitó a Gayo, el hermano de Antonio, en Macedonia <sup>76</sup>. Y, además de éstas, reunió otras cuatro, con lo que estuvo en posesión de ocho legiones, la mayoría de las cuales habían servido bajo Gayo César. Poseía también un número considerable de tropas de caballería, así como soldados de infantería ligera y arqueros, y teniendo en un alto grado de estima a los macedonios los ejercitó a la usanza italiana. Mientras estaba reuniendo todavía a las tropas y el dinero, le acaeció el siguiente suceso favorable en Tracia. Polemocracia, esposa de uno de los príncipes de aquella región, perdió a su marido a manos de sus enemigos y temiendo por su hijo, que era aún un muchacho, llegó con éste junto a Bruto y le puso en sus manos a la vez que los tesoros de su marido. Él entregó el niño a los habitantes de Cícico para que lo cuidaran hasta que tu-

<sup>73</sup> Promontorio de Laconia.

<sup>74</sup> Cf. *supra*, III 63. Sobre esta suma, cf. BROUGHTON, en T. FRANK, *Econ. Survey of Ancient Rome*, IV, Baltimore, 1938, págs. 562-563.

<sup>75</sup> Cf. *supra*, III 63, IV 58; y, asimismo, *Sobre Iliria* 13.

<sup>76</sup> Cf. *supra*, III 79.

viese tiempo de volver a entronizarlo en su reino, y encontró entre los tesoros una cantidad inesperada de oro y plata.

Acuñó esta cantidad y la convirtió en moneda. Tan pronto como se presentó Casio y se acordó empezar por someter a los licios y rodios, Bruto se dirigió, en principio, contra los habitantes de Janto, en Licia. Éstos destruyeron los arrabales de su ciudad para que Bruto no los demoliese y pudiera obtener material de ellos, y rodearon la ciudad de una empalizada y un foso de más de cincuenta pies de profundidad y una anchura proporcional a la anterior, desde el que se defendían, hasta el punto de que, colocados de pie junto a él, disparaban venablos y flechas como si estuvieran protegidos en medio por un río infranqueable. Bruto, no obstante, persistió en su acción ofensiva, colocó manteletes delante de las cuadrillas de trabajo, distribuyó su ejército en turnos de día y noche e hizo transportar, desde mucha distancia, los materiales de construcción a la carrera y con gritos de aliento como en una competición, y no escatimó ningún celo ni esfuerzo. A causa de lo cual, una tarea que se esperaba que no fuera rematada debido a la oposición del enemigo, o que lo fuera con dificultad al cabo de muchos meses, quedó realizada en pocos días, y los habitantes de Janto se encontraron sometidos a un cerco total.

Bruto condujo contra ellos a soldados que, desde las máquinas de asalto, batían las murallas y a otros de a pie contra las puertas, y renovaba a todos continuamente. Los defensores, oponiéndose siempre a tropas de refresco, aunque cansados y heridos todos, resistieron, sin embargo, hasta que permanecieron de pie sus parapetos. Cuando éstos fueron demolidos y las torres se resquebrajaron, Bruto, sospechando lo que iba a ocurrir, ordenó a los que estaban apostados contra las puertas que se retiraran. Los de Janto pensaron que los tra-

bajos del enemigo estaban desguarnecidos y sin vigilancia e hicieron una salida a la carrera con antorchas para incendiar las máquinas de asalto, pero, a una señal, los romanos cargaron contra ellos, que huyeron de nuevo hacia las puertas de la ciudad. Al cerrar los guardianes éstas antes de tiempo por temor a que los enemigos se precipitaran con ellos en el interior tuvo lugar una gran carnicería entre los de Janto que habían quedado fuera en torno a las puertas.

78 No mucho tiempo después, los restantes llevaron a cabo una nueva salida, en torno al mediodía, a raíz de que se hubieran retirado otra vez las fuerzas romanas, y quemaron todas las máquinas de asalto a un tiempo. Como los rastrillos de las puertas habían quedado levantados por mor del desastre anterior, unos dos mil romanos penetraron con ellos en el interior de la ciudad. Mientras los demás se amontonaban a la entrada tratando de penetrar, cayeron de repente los rastrillos, al romperse las cuerdas, ya fuera por causa de los de Janto o de manera accidental, de tal forma que algunos de los romanos que pugnaban por abrirse paso resultaron muertos y otros quedaron en el interior atrapados, porque no pudieron levantar los rastrillos, que habían quedado sin las cuerdas para elevarlos. Alcanzados, en un lugar estrecho, por los proyectiles arrojados desde arriba por los jantios, abriéndose paso a la fuerza llegaron al foro, que estaba cerca, y allí vencieron a los que trabaron combate con ellos, pero, asaeteados por una nube de dardos y como no disponían de ningún arco ni de jabalinas, tomaron refugio en el templo de Sarpedón a fin de no verse rodeados. Los romanos de fuera de las murallas estaban afligidos y temían por la suerte de sus compañeros del interior —corriendo Bruto de un lado para otro— y se aplicaron a toda clase de tentativas. Sin embargo, no fueron capaces de romper los rastrillos porque estaban recubiertos con hierro y care-

cían de escaleras y de torres, ya que habían sido incendiadas. Con todo, algunos improvisaron escalas, otros arrimaron a los muros troncos de árboles y treparon como si fueran escaleras, otros ataron ganchos de hierro con maromas y los lanzaron por arriba de las murallas, y cuando alguno quedaba fijado se aupaban ellos mismos.

Los de Enoanda, que eran vecinos y se habían aliado con Bruto por enemistad con los de Janto, escalaron las murallas a través de los precipicios y, al verlos los romanos, los imitaron sufriendo muchas penalidades. Muchos se despeñaron, pero hubo algunos que lograron franquear la muralla, y abrieron un portón protegido por una tupida empalizada y recibieron a los más arriesgados de los asaltantes que se atrevieron a pasar por encima de las estacas. Y, al ser más numerosos, comenzaron a cortar los rastrillos que no estaban protegidos por hierro por su cara interna, en tanto que otros, desde el exterior, hacían lo mismo con ellos al mismo tiempo y les ayudaban. Mientras los jantios atacaban con fuertes gritos a los romanos encerrados en el templo de Sarpedón, aquellos otros que estaban en torno a las puertas, por dentro y por fuera, temiendo por la suerte de sus compañeros se esforzaron con frenético afán y, después de romperlas, penetraron en oleadas en el interior, a la puesta del sol, dando fuertes alaridos para que sirvieran como una señal a los que estaban dentro.

Tras la captura de la ciudad, los jantios se agruparon en el interior de sus casas, mataron a sus seres más queridos que se ofrecieron voluntariamente para ser asesinados. Cuando se alzaron los gritos de lamento, Bruto pensó que había empezado el saqueo y ordenó al ejército que lo interrumpiera, por medio de heraldos. Pero, tan pronto como se enteró de lo que ocurría, se apiadó del espíritu amante de la libertad de tales hombres y envió emisarios para ofrecerles propuestas de paz. Sin

embargo, ellos dispararon proyectiles contra los mensajeros y, tras dar muerte a todos los suyos, los colocaron sobre piras previamente preparadas en sus casas, les prendieron fuego y se degollaron ellos mismos sobre ellas. Bruto salvó lo que pudo de los templos, pero sólo capturó a los esclavos de los jantios, y de los ciudadanos a unas pocas mujeres libres y poco menos de ciento cincuenta hombres.

Y ésta fue la tercera vez que los jantios se inmolaron a sí mismos por su amor a la libertad. Pues en tiempos de Harpago el medo, general de Ciro el Grande, se suicidaron de igual modo antes que aceptar la esclavitud, y la ciudad fue la tumba de los jantios asesinados por Harpago en aquella ocasión. Igual destino dicen que sufrieron en época de Alejandro el hijo de Filipo, no soportando obedecer ni siquiera a Alejandro, que había llegado a ser dueño de un imperio tan grande.

81 Bruto descendió desde Janto hasta Patara, una ciudad que servía de fondeadero a los jantios, y rodeándola con su ejército les ordenó a sus habitantes que le obedecieran en todo o que aceptaran sufrir la misma suerte que los jantios. Fueron conducidos a presencia de aquéllos algunos jantios, que se lamentaron de sus desgracias y les aconsejaron que tomaran mejores decisiones. Como los de Patara no dieron respuesta alguna a éstos, les concedió el resto del día para que consideraran el asunto y se retiró. Al día siguiente se presentó con el ejército. Los habitantes gritaron desde las murallas que le obedecerían en lo que quisiera y le abrieron las puertas. Bruto, tras entrar en la ciudad, no expulsó ni mató a nadie, pero reunió el oro y la plata que poseía la ciudad y ordenó que cada ciudadano trajera su propio peculio, bajo la amenaza de los castigos y recompensas que Casio había promulgado en Rodas. Así lo hicieron, pero un esclavo declaró que su dueño había ocultado oro y se lo mostró a un centurión que había

sido enviado a por él. Conducidas todas las partes ante el tribunal, el dueño guardó silencio, pero su madre, que lo había seguido, tratando de salvar a su hijo gritó que había sido ella quien ocultó el oro. El esclavo, sin ser interrogado, le replicó que mentía y que su hijo lo había ocultado. Bruto aceptó el silencio del joven y el sufrimiento de la madre y permitió que ambos se marcharan indemnes con su oro, y crucificó al esclavo por excederse de lo ordenado al conspirar contra sus amos.

Por este mismo tiempo, Léntulo fue enviado a An- 82  
driace, el puerto de los miresios, rompió la cadena que cerraba el puerto y subió a Mira <sup>77</sup>. Los miresios aceptaron lo que les ordenó y, después de recoger el dinero igual que en Patara, regresó junto a Bruto. La confederación licia envió embajadores a Bruto prometiéndole aliarse con él y aportar el dinero que pudieran. Él les impuso tributos y reintegró su ciudad a los jantios libres, y ordenó que la flota licia junto con las otras naves navegaran hacia Abido <sup>78</sup>, a donde también condujo el ejército de infantería, y aguardó a Casio procedente de Jonia para cruzar juntos hasta Sesto <sup>79</sup>. Cuando Murco, que estaba al ancla en el Peloponeso a la espera de Cleopatra, se enteró de que su flota había sufrido daños a consecuencia de un temporal en la costa de Libia, y vio los pecios arrastrados por las olas hasta Laconia, y supo que la reina había regresado a su país con dificultad aquejada de una enfermedad, navegó hasta Bríndisi para no estar inactivo con una escuadra tan grande. Tras anclar en la isla que está junto al puerto, impidió el paso del resto del ejército enemigo y que atrevesaran las provisiones hacia Macedonia. Antonio luchó contra él con los pocos navíos de línea que tenía,

<sup>77</sup> Ciudad al sur de Licia.

<sup>78</sup> Ciudad costera de la Tróade, en Frigia.

<sup>79</sup> Ciudad costera del Quersoneso Tracio, península frente a la costa de la Tróade.

y con torres que montó sobre armadías, cada vez que él enviaba a su ejército sobre barcazas, por destacamentos, a la espera de un fuerte viento procedente de tierra para que no fueran capturadas por Murco. Sin embargo, como sufría daños, llamó en su ayuda a Octavio, que estaba combatiendo en el mar contra Sexto Pompeyo, en torno a Sicilia, por la posesión de esta isla.

83 La situación de Pompeyo era la siguiente. Por ser el hijo más joven de Pompeyo el Grande, no fue tenido en consideración, al principio, por Gayo César en España, pues pensaba que no habría de realizar ningún hecho de importancia debido a su juventud e inexperiencia. Él merodeó por los alrededores del océano con unos pocos dedicándose a la piratería y ocultando que era Pompeyo<sup>80</sup>. Cuando se unió a él más gente, porque se dedicaba al saqueo, y tuvo ya una fuerza poderosa, reveló que era Pompeyo. Y, de inmediato, todos los que habían sido soldados de su padre y de su hermano y llevaban una existencia errabunda acudieron a su lado como su líder natural, y también llegó Arabio procedente de África, que había sido despojado del reino de su padre según he referido. De este modo, al haber aumentado el número de sus tropas, sus actos fueron ya de más envergadura que la piratería y el nombre de Pompeyo corrió de boca en boca a través de toda España, que era la más extensa de las provincias. No obstante, evitó pelear con los gobernadores de ella designados por Gayo César. Enterado este último de estos hechos, envió a Carrina con un ejército más nutrido para que combatiera a Pompeyo. Pero éste, al ser más ligeras sus tropas, se mostraba de repente y desaparecía, y acosaba así a su enemigo, y se apoderó entonces de algunas ciudades pequeñas y grandes<sup>81</sup>.

<sup>80</sup> Año 45 a. C. Cf. *supra*, II 105.

<sup>81</sup> Año 45 a. C. Cf. *supra*, II 122, y III 4. Sobre Carrina, cf. n. 4 a este libro.

César envió a Asinio Polión como sucesor de Carrina, <sup>84</sup> para combatir a Pompeyo <sup>82</sup>, y, mientras ambos sostenían entre sí una guerra de similares características, Gayo César fue asesinado y el senado hizo regresar a Pompeyo. Éste se detuvo en Marsella y aguardó el rumbo de los acontecimientos en Roma. Cuando fue elegido para comandar el mar con los mismos poderes que tuvo su padre, no regresó ya a la ciudad, sino que se hizo a la mar con las naves que había en el puerto, además de las que había traído consigo desde España <sup>83</sup>. Una vez constituido el gobierno de los triunviros, partió hacia Sicilia y, como Bitínico, el gobernador de la isla, no se la entregó, le puso cerco hasta que Hircio y Fannio <sup>83 bis</sup>, dos proscritos huidos de Roma, convencieron a Bitínico para que entregara Sicilia a Pompeyo.

Así se adueñó Pompeyo de Sicilia, y tuvo naves, una <sup>85</sup> isla bien situada frente a Italia y un ejército, a la sazón, numeroso, compuesto por las tropas que tenía de antes y aquellas otras de gente libre o esclava que llevaron hasta él los fugitivos de Roma y las que le enviaron, desde Italia, las ciudades que habían sido ofrecidas públicamente a los soldados como botín por la victoria. Estas ciudades, en efecto, temían en sus planes, más que todo, a la victoria de los triunviros y se oponían por todos los medios en secreto. Los ciudadanos ricos huyeron de su patria, por no considerarla ya como tal, al lado de Pompeyo, pues era el que más cerca estaba y gozaba del cariño de todos en aquel entonces. Tenía consigo, además, marinos procedentes de África y de España, expertos en la mar, de tal modo que Pompeyo estaba bien provisto de oficiales, de naves, de soldados

<sup>82</sup> Año 44 a. C.

<sup>83</sup> Año 43 a. C. Cf. *supra*, III 4.

<sup>83 bis</sup> G. Fannio (cf. MÜNZER, en *RE*, s.v. *Fannius*, núm. 9), pretor en el 55 a. C. (cf. *infra*, V 139). BROUGHTON, II, pág. 189, duda entre 55 y 54 a. C.

de infantería y de dinero. Cuando Octavio se enteró de esto, envió a Salvidieno <sup>84</sup> con una flota para que navegara contra Pompeyo, en la idea de que sería tarea fácil destruirlo. Y él marchó a través de Italia para unirse a Salvidieno en Regio. Pompeyo salió al encuentro de Salvidieno con una gran escuadra y tuvo lugar una batalla naval entre ambos, en la boca del Estrecho, a la altura de Escileo <sup>85</sup>. Las naves de Pompeyo, por ser más ligeras y estar gobernadas por hombres más expertos en la mar, se impusieron por su rapidez y experiencia, mientras que las romanas, más pesadas y de mayor tamaño, tuvieron dificultades. Y, cuando sobrevino la marejada usual del Estrecho <sup>85 bis</sup> y el mar rompía a cada lado a causa de la corriente, las tripulaciones de Pompeyo sufrían menos al estar habituadas al oleaje, pero las de Salvidieno, manteniéndose de pie a duras penas por la falta de costumbre, incapaces de manejar los remos y de tener bajo control los gobernalles, cayeron en el desorden. En consecuencia, hacia la puesta de sol, Salvidieno fue el primero en tocar a retirada y también lo secundó Pompeyo. Las naves de cada bando sufrieron por igual. Salvidieno se retiró al puerto de Balaro, en la boca del Estrecho, donde reparó el resto de su flota, que había quedado dañada y averiada.

86 Octavio, a su llegada, dio a los habitantes de Regio e Hiponio garantías solemnes de que serían exceptuados de la lista de premios por la victoria, pues temía

---

<sup>84</sup> Se trata de Q. Salvidieno Rufo (cf. *supra*, n. 19 al libro III, y n. 38 a este libro), ejemplo típico de *homo novus* (cf., al respecto, n. 62 al libro III); según DIÓN CAS., XLVIII 33, 2, había sido pastor y era un joven oficial que trabó amistad con Octavio cuando se encontraba en Apolonia. Llegó a ser cónsul *designatus* para el 39 a. C., aun sin ser miembro del senado, sino sólo caballero (cf. VEL., II 76, 4). Este combate naval tuvo lugar en el mes de enero o febrero del 42 a. C.

<sup>85</sup> Ciudad costera del Bruto.

<sup>85 bis</sup> Cf. n. 244 al libro V.

sobre todo su proximidad al Estrecho. Como Antonio le había llamado con urgencia, navegó hacia él en Bríndisi, teniendo a su izquierda a Sicilia y Pompeyo, pero postergó la conquista de la isla por el momento. Murco, ante la aproximación de Octavio, se retiró un poco de Bríndisi, con objeto de no quedar en medio de Antonio y Octavio, y aguardó el paso de las naves de transporte que trasladaban el ejército desde Bríndisi a Macedonia. Éstas eran escoltadas por trirremes, pero, como se levantó por azar un fuerte viento favorable, cruzaron sin temor y no tuvieron necesidad de escolta. Aunque Murco se llenó de irritación, aguardó, sin embargo, el regreso de los barcos vacíos. Pero éstos, también en esta ocasión y llevando nuevamente otro ejército, cruzaron el Estrecho a todo trapo hasta que el ejército en su totalidad, junto con Octavio y Antonio, hubo pasado. Murco, pese a estimar que había sufrido el revés por causa de alguna fatalidad, mantuvo su posición para causar cuanto daño pudiera a las naves que les llevaran desde Italia pertrechos, alimentos y tropas suplementarias. Domicio Ahenobarbo<sup>86</sup> fue enviado por Bruto y Casio con otras cincuenta naves, una legión y arqueros para que cooperaran con él en esta tarea que juzgaban de suma utilidad; pues, como las tropas de Octavio y Antonio carecían de suministro abundante de provisiones desde alguna otra parte, les pareció conveniente cortarles el que les venía de Italia.

Y, así, ellos, con ciento treinta navíos de línea y un número mayor de barcos auxiliares y con un ejército numeroso navegaban de un lado para otro y acosaban

---

<sup>86</sup> Gn. Domicio Ahenobarbo, participó con su padre L. Domicio Ahenobarbo (cónsul en el 54 a. C.) en la guerra civil del 49 a. C. contra César. Fue cónsul en el 32 a. C. y, poco antes de Accio, se pasó a Octavio, pero murió pronto (cf. Suet., *Nero* 3, 3-4; y, en general, Münzer, en *RE.* s.v. *Domitius*, núm. 23).

87 al enemigo. Decidio y Norbano, a quienes Octavio y Antonio habían enviado previamente a Macedonia con ocho legiones, avanzaron desde allí hasta la zona montañosa de Tracia, distante unos mil quinientos estadios, hasta que traspasaron la ciudad de Filipos<sup>87</sup> y se apoderaron de los pasos montañosos de los corpilos y sapeos, que estaban bajo el poder de Rascúpolis y que eran la única ruta conocida por donde era posible cruzar de Asia a Europa. Éste fue el primer obstáculo con el que tropezaron Bruto y Casio después de atravesar de Abido a Sesto<sup>88</sup>. Rascúpolis y Rasco eran dos hermanos de la familia real de Tracia, que gobernaban un solo país y estaban divididos entonces en su opinión sobre la alianza. Rasco había tomado partido por Octavio y Antonio, en tanto que Rascúpolis lo había hecho por Bruto y Casio, y cada uno tenía tres mil jinetes. Cuando los de Casio trataron de informarse de las rutas, Rascúpolis dijo que la que pasaba a través de Eno<sup>89</sup> y Maronea<sup>90</sup> era corta, usual y frecuentada, pero llevaba al desfiladero de los sapeos que estaba ocupado por los enemigos y era imposible de atravesar, y que la ruta de circunvalación era triple de larga y difícil.

88 Sin embargo, ellos, pensando que los enemigos se habían adelantado no para impedirles el paso, sino que habían pasado de Macedonia a Tracia por falta de víveres, siguieron la ruta de Eno y Meronea desde Lisimaquea y Cardia, ciudades que cierran el Quersoneso tracio a modo de puertas, y al día siguiente llegaron al golfo de Melana. Allí pasaron revista al ejército que arro-

---

<sup>87</sup> O Crénides, en la zona suroriental de Macedonia, casi límite con Tracia. Fue el escenario de dos célebres batallas.

<sup>88</sup> Bruto y Casio se encontraron en Éfeso, pasaron a Abido y cruzaron el Helesponto, a finales de verano del 42 a. C., hasta la costa del Quersoneso Tracio, a la ciudad de Sesto.

<sup>89</sup> Ciudad costera del sur de Tracia, en la ruta a Macedonia.

<sup>90</sup> Ciudad costera del sur de Tracia, en la ruta a Macedonia.

jó un balance total de diecinueve legiones de infantería. Bruto tenía ocho y Casio nueve, no completas, pues dos legiones estaban aún incompletas, de forma que en conjunto sumaban unos ochenta mil soldados de infantería. Bruto tenía cuatro mil jinetes galos y lusitanos y otros dos mil tracios, ilirios, partos y tesalios. Casio, a su vez, tenía dos mil jinetes españoles y galos, y cuatro mil arqueros a caballo árabes, medos y partos. Le acompañaban, además, como aliados, reyes y tetrarcas de los gálatas de Asia con otra fuerza numerosa de infantería y más de cinco mil jinetes.

A esta cantidad ascendía el número de tropas re-<sup>89</sup>vistadas por Casio y Bruto en el golfo de Melana, y con ellas avanzaron para la batalla, dejando el resto para atender a lo que fuera necesario en otros lugares. Después de llevar a cabo una lustración del ejército en la forma acostumbrada, completaron el pago de las recompensas prometidas que aún se debían a algunos, pues se habían provisto de abundantes recursos monetarios y trataban de propiciarse a los soldados, en especial, a aquellos que habían servido bajo Gayo César, no fuera a ser que alguno, ante la visión o el nombre homónimo del joven César, que estaba avanzando, cambiara de actitud. Y por este motivo les pareció oportuno dirigirse nuevamente en público a los soldados. En consecuencia, se construyó una gran plataforma y subieron a ella los generales acompañados de los senadores; el ejército, en cambio, tanto el propio de cada uno como los aliados, estaban de pie alrededor abajo de la tribuna, contentos al pronto ante la visión de tan gran número de tropas integrantes de ambos ejércitos, la más poderosa que jamás se había mostrado a sus ojos. Y, al punto, también, ambos generales se vieron embargados de un arrojó y una firme esperanza al mandar una cantidad tan inmensa de tropas. Este hecho, más que cualquier otra cosa, compactaba al ejército en su fidelidad

hacia sus comandantes, pues las esperanzas comunes engendran buenos sentimientos. Había un gran alboroto, como suele ocurrir entre tanta gente, y los heraldos y trompeteros tocaron a silencio, y, cuando por fin éste se hizo, Casio —pues era el de más edad— se adelantó un poco de la fila hasta el centro y dijo lo siguiente:

90 «El objetivo común de nuestra lucha<sup>91</sup>, camaradas, es lo primero que nos une en una fidelidad mutua, pero también nos ata el que os hemos dado cuanto habíamos prometido, lo que constituye la mejor garantía en relación con aquellas otras cosas que os tenemos prometidas para el futuro. Nuestras esperanzas radican en el valor de vosotros, que combatís como soldados, y de nosotros, a quienes veis sobre esta tribuna, tantos y tan cualificados miembros del senado. Tenemos, como veis, gran abundancia de material de guerra, de trigo, de armas, de dinero, de naves y tropas auxiliares de nuestras provincias y de los reyes aliados. Así que ¿qué necesidad hay de exhortar con palabras a mostrar su celo y concordia a quienes vinculan un propósito común y unos comunes intereses? En lo que respecta a las calumnias que han propalado contra nosotros dos hombres enemigos, las conocéis con la mayor exactitud, y por esa misma razón estáis dispuestos a luchar a nuestro lado. Con todo, parece adecuado explicar ahora, una vez más, la razón que deja bien patente que a nosotros nos asiste la causa más honrosa y justa de la guerra.

91 »Nosotros, en efecto, encumbramos a César, combatiendo en las guerras con él a vuestro lado y desem-

---

<sup>91</sup> Sobre el significado de este largo discurso de Casio, cf. GABBA, *Appiano...*, págs. 180-182. Gabba ve en este discurso de Casio, que no tiene contrapartida por parte de los adversarios, un nuevo intento de contraponer, en el relato histórico, razones y argumentos que justifiquen la causa del bando republicano frente a los partidarios de César y la propaganda augústea. Además de la finalidad concreta de dar ánimos a un ejército fiel antes de una batalla decisiva.

peñando a sus órdenes cargos militares, y continuamos siendo sus amigos por mucho tiempo, de modo que nadie puede pensar que conspiramos contra su persona por razón de una enemistad privada. Pero fue en época de paz cuando se hizo acreedor de repulsa, y no por atentar contra nosotros sus amigos, ya que incluso entre éstos éramos distinguidos, sino contra las leyes y el ordenamiento constitucional. Entonces no quedó en pie ninguna ley, aristocrática o popular, que rigiera aquellas instituciones que, precisamente, en su totalidad, habían establecido nuestros padres de forma armónica, cuando expulsaron a los reyes y juraron e imprecaron maldiciones de no tolerar en el futuro otro poder real. Nosotros, los descendientes de los que así juraron, por defender aquel juramento y apartar de nosotros mismos las maldiciones, no pudimos soportar por mucho tiempo el consentir que un solo hombre, aunque fuera nuestro amigo y benefactor, arrebatara al pueblo el control del tesoro público, los ejércitos y las elecciones de magistrados, y al senado la designación de los gobernadores de provincias, y que se convirtiera en ley en lugar de las leyes, en soberano en lugar de la soberanía popular y en autócrata en lugar de la autoridad del senado, y para todo propósito.

»Tal vez vosotros no comprendíais con exactitud el 92 alcance de estos hechos y tan solo veíais su valor en el combate. Pero ahora podréis comprenderlo con facilidad, observando, tan sólo, la parte que a vosotros os concierne. Pues vosotros, que sois el pueblo, obedecéis en la guerra en todo a los generales como a soberanos, pero, en tiempo de paz, recuperáis esta soberanía sobre nosotros. El senado delibera previamente para que no cometáis errores, pero sois vosotros los que decidís, y, votando por tribus o centurias, designáis a los cónsules, tribunos de la plebe y pretores. Y en los comicios tomáis decisiones sobre los asuntos de mayor trascen-

dencia, e imponéis castigos o recompensas cuando nos hacemos acreedores de una u otra cosa en el ejercicio de nuestro cargo. Este equilibrio de poderes, ciudadanos, ha llevado a nuestro imperio a la cúspide de la felicidad, y otorgó honores a los que se lo merecían, y los homenajeados os mostraron su gratitud. En virtud de este poder, hicisteis cónsul a Escipión, cuando testimoniasteis en su favor en lo concerniente a África; y elegís tribunos de la plebe, cada año, a quienes queréis, oponiéndoos a nosotros en interés vuestro, si es preciso, ¿pero a qué enumerar muchas cosas que ya conocéis?

93 »Sin embargo, desde que César se hizo dueño absoluto del poder, ya no elegisteis ni un solo magistrado, fuera pretor, cónsul o tribuno de la plebe, ni testimoniasteis en favor de los hechos de nadie, ni aunque lo hubierais hecho, hubierais podido recompensarle. Por decirlo en una palabra, nadie os debió gratitud por una magistratura, o gobierno de provincia, ni por vuestra aprobación de su gestión o por su absolución en el juicio. Y lo que fue más lamentable de todo, ni siquiera pudisteis ayudar a vuestros tribunos, cuando fueron agraviados, una magistratura que habíais establecido como propia y perpetua, y habíais designado sagrada e inviolable; antes bien, incluso, visteis que unos hombres inviolables eran despojados de la inviolabilidad de su cargo y de sus ornamentos sagrados, con saña y sin juicio previo, por la orden de un solo hombre, porque decidieron proceder en vuestra defensa contra los que querían proclamarlo rey. Hecho que, por lo demás, provocó la reacción más airada por parte del senado y en razón de vuestro interés, pues el cargo de tribuno es de vuestra competencia y no de la del senado. No obstante, no pudieron censurar abiertamente a este hombre ni llevarlo a juicio a causa del poder de sus ejércitos, que, aunque también habían pertenecido largo tiempo a la República, los había hecho suyos propios, y, en

consecuencia, recurrieron a la única forma que todavía quedaba de defenderse de la tiranía, cual era conspirar contra la persona del tirano.

»Se precisaba que la decisión correspondiera a los <sup>94</sup> hombres más destacados, pero que el hecho fuera obra de unos pocos. Y, una vez que el acto tuvo lugar, el senado reveló de inmediato el sentir común con claridad, cuando propuso que se concedieran recompensas a los tiranicidas. Sin embargo, como Antonio se opuso a ellos con el pretexto de que se provocaría el desorden, y como nosotros no tuvimos la intención de ayudar a Roma por razón de una recompensa sino tan sólo por el propio interés de la patria, se abstuvieron de esta medida porque no querían ultrajar a César y sí únicamente verse libres de la tiranía. Pero votaron, no obstante, que hubiese amnistía para todos y, de manera más explícita, que no hubiera procesos judiciales por causa del asesinato. Y, al poco tiempo, cuando Antonio soliviantó a la multitud contra nosotros, el senado nos concedió cargos y el gobierno de las provincias más extensas y nos designó jefes de todos los territorios desde el Adriático hasta Siria, ¿acaso castigándonos como a unos criminales, o distinguiéndonos como a unos tiranicidas con la púrpura sagrada, con las fasces y las hachas? Por esta razón hicieron regresar del exilio al joven Pompeyo, que no estaba implicado en estos hechos, sólo porque era hijo de Pompeyo el Grande, que fue el primero que luchó en favor de la República, y porque se había opuesto un poco a la tiranía, de forma soterrada, en España. También decretaron que le fuera devuelto con cargo al erario público el importe estimativo de la herencia paterna y lo designaron comandante en jefe del mar a fin de que él también, como defensor de la República, ostentara alguna magistratura. ¿Qué más hechos o indicios queréis recabar del senado de que todo se hizo conforme a su voluntad, salvo que únicamente

os lo confirmen también de palabra? Pero esto mismo, además, lo van a hacer y lo dirán y, al mismo tiempo, os recompensarán con grandes dones cuando puedan hablar y recompensaros.

95 »Pues cuál es su condición actual, la sabéis. Han sido proscritos sin juicio y sus propiedades confiscadas; son asesinados sin que medie una condena, en sus casas, en las calles, en los templos por los soldados, esclavos y enemigos personales; son sacados a rastras de sus escondites, perseguidos por doquier, aunque las leyes permiten el exilio voluntario. En el foro, donde no llevamos jamás la cabeza de ningún enemigo, sino sólo armas y rostras de navíos, están expuestas las cabezas de los que ayer mismo eran cónsules, pretores, tribunos, ediles y caballeros; y, para colmo, hay establecidas recompensas para estas atrocidades. Ello ha supuesto una erupción de todos aquellos horrores, por largo tiempo adormecidos, apresamientos repentinos de hombres, crímenes nefandos y diversos de mujeres y niños, libertos y esclavos. A una tan grande corrupción y a tal condición se ha visto abocada la ciudad. Y quienes encabezan a los hombres malvados en estas cosas abominables son los triunviros, que proscriben antes que los otros a sus propios hermanos, tíos y guardianes. Se dice que en otro tiempo la ciudad fue capturada por los bárbaros más salvajes, pero a nadie le cortaron la cabeza los galos, ni cometieron vejaciones contra los cadáveres, ni quitaron a sus enemigos la oportunidad de esconderse o escapar. Ni nosotros, jamás, a ninguna ciudad de las que conquistamos le impusimos un trato semejante, ni sabemos de otros que lo hicieran, como ahora una ciudad, que no es una ciudad cualquiera, sino la ciudad hegemónica, sufre el atropello de aquellos que fueron elegidos para regularla y restablecer el orden institucional. ¿Qué acción comparable a ésta hizo Tarquinio? Al cual, por el ultraje inferido a una sola mu-

jer, inflamado por la pasión, y a pesar de ser el rey, nuestros antepasados lo expulsaron del trono y, por esta única acción, prometieron que ya nunca serían gobernados por reyes.

»Y mientras los triunviros cometen estos hechos, 96 nos llaman criminales impíos y, so pretexto de vengar a César, proscriben a los que ni siquiera se encontraban en la ciudad cuando fue asesinado. Entre los cuales se cuentan también éstos que aquí veis, proscritos por su riqueza, linaje o por el talante de su espíritu republicano. Por esta razón fue proscrito Pompeyo, junto con nosotros, aun cuando estaba lejos, en España, cuando actuamos. Y, porque es hijo de un padre republicano —motivo por el cual fue hecho regresar por el senado y obtuvo el mando del mar—, fue proscrito por los triunviros. Y ¿qué participación tuvieron en la conspiración contra César las mujeres condenadas a pagar tributo? ¿Cuál fue la de aquella parte del pueblo, cuya hacienda alcance un valor de hasta cien mil dracmas, que ha sido conminada a hacer una evaluación de la misma bajo la presión de denuncias y castigos, y a la que se le imponen nuevas tasas y tributos? Pero, ni aunque han recurrido a estas medidas, han pagado en su totalidad la suma prometida a sus soldados. En cambio, nosotros, que no hemos hecho nada impío, os dimos lo prometido y tenemos dispuestos otros fondos para mayores recompensas. De esta forma, nosotros gozamos del favor de la divinidad, porque actuamos con justicia.

»Pero, además del favor divino, podéis ver la opi- 97 nión de los hombres volviendo los ojos hacia estos ciudadanos vuestros, a los que conocisteis en numerosas ocasiones como vuestros generales y como cónsules, y alabados en uno y otro caso; veis que han huido a nuestro lado, como junto a unos hombres honrados y defensores de la República. Han elegido nuestra causa y se han unido a nosotros en las súplicas y con su ayuda

material para lo que queda por hacer. Pues mucho más justas son las recompensas que hemos ofrecido por su salvación, que aquellas que ofrecieron los triunviros por su muerte. Y saben los triunviros que, si matamos a César porque quería gobernar en solitario, no vamos a consentir que asuman el poder de aquél ni tampoco lo asumiremos nosotros mismos, sino que le ofreceremos el gobierno en común al pueblo siguiendo la tradición patria. Veis, por consiguiente, que no es el mismo propósito por el que cada bando ha empuñado las armas: unos lo hacen por conseguir el poder absoluto y la tiranía, como lo han demostrado ya con las proscripciones; nosotros, en cambio, por ninguna otra razón que la de poder vivir tan sólo como ciudadanos privados, bajo el imperio de la ley, en nuestra patria liberada una vez más. Naturalmente estos hombres, y los dioses antes que ellos, han elegido nuestra causa. Y no existe esperanza más grande en la guerra que la justicia de la causa de uno.

98 «Que no sea obstáculo para nadie pensar que fue soldado de César. Pues ni entonces siquiera fuimos soldados de él, sino de la patria, y tampoco el salario y las recompensas recibidas eran de César, sino del erario público, igual que ahora no sois un ejército de Casio o de Bruto, sino de Roma. Y nosotros somos vuestros compañeros de armas, unos generales del pueblo romano. Si nuestros enemigos pensarán esto mismo, sería posible para todos deponer sin peligro las armas y devolver a la ciudad todos los ejércitos, y que ésta eligiera lo que fuera conveniente. Si aceptan estas cosas, les invitamos a hacerlo. Pero, puesto que no las aceptan, ni podrían aceptarlas ya a causa de las proscripciones y de todo lo demás que han hecho, vayamos camaradas con sana esperanza y sincero afán, a combatir en compañía del senado y del pueblo romano, solamente por la libertad.»

Todos gritaron a una: «Adelante», y pidieron ser conducidos de inmediato, y Casio, contento con su ardor, proclamó de nuevo silencio y dijo: «¡Ojalá que los dioses, que presiden las guerras justas, camaradas, os recompensen por vuestro celo y confianza. Enteraos ahora que aquello que depende de la humana previsión de los generales lo poseemos en mayor número y mejor que nuestros enemigos. Estamos equilibrados en el número de legiones de infantería, aunque hemos dejado atrás muchas otras tropas para atender a las necesidades de muchos otros lugares; somos, en cambio, muy superiores en caballería y en naves, así como en tropas auxiliares enviadas por reyes y provincias que se extienden hasta los medos y los partos. Sólo tenemos enemigos delante de nosotros, pero contamos a sus espaldas con Pompeyo, que coopera con nosotros en Sicilia, y, en el Adriático, Murco y Ahenobarbo, con una gran flota, abundancia de barcos auxiliares, dos legiones de soldados y arqueros, navegan de un lado a otro continuamente y los acosan de muchas formas, en tanto que la tierra y el mar están limpios de enemigos a nuestra retaguardia. En cuanto al dinero, que algunos llaman los nervios de la guerra, ellos no lo tienen y ni siquiera han entregado al ejército las cantidades prometidas. Los fondos allegados mediante las proscripciones no cumplieron sus expectativas, puesto que ningún hombre de buenos sentimientos quiso comprar tierras que suscitaban odio. No pueden obtener recursos de alguna otra parte, ya que Italia se encuentra exhausta por causa de las luchas intestinas, de los impuestos y las proscripciones. En cambio, nosotros, gracias a nuestra gran previsión, las poseemos de forma abundante por el momento, de tal modo que podemos entregaros otras sumas de inmediato y muchas más después, las cuales se encuentran en camino, reunidas entre los pueblos que están a nuestras espaldas.

100   »Y las provisiones, cuyo suministro resulta lo más difícil para los grandes ejércitos, no existen para aquéllos, salvo las que pueden obtener sólo de Macedonia, país montañoso, y de Tesalia, país pequeño, y éstas deben serles llevadas por tierra, con grandes dificultades. Y si tratan de importarlas de Lucania, Apulia o África, se lo impiden por completo Pompeyo, Murco y Domicio. Nosotros, en cambio, poseemos víveres, y nos son transportados a diario, sin esfuerzo, a través del mar y desde las islas y toda aquella parte del continente que está entre Tracia y el río Eufrates, y sin que pueda impedirlo nadie, pues no tenemos a ningún enemigo detrás de nosotros. Por consiguiente, estará en nuestras manos acelerar la celebración de la batalla o degastar al enemigo por hambre mediante su dilación. Tantos y de tal importancia son los preparativos, camaradas, en lo que depende de la previsión humana. ¡Ojalá que el curso de los acontecimientos encontrara justa correspondencia por parte de los dioses y por vuestra parte! Y como nosotros ya os hemos pagado cuanto os prometimos por vuestros anteriores hechos y hemos recompensado vuestra fidelidad con regalos abundantes, os recompensaremos también por esta gran batalla, con la ayuda de los dioses, en forma digna de ella. Pero ahora, para incrementar el celo con el que avanzáis ya hacia el combate, con motivo de esta reunión y de estas palabras, ofreceremos de inmediato como suma adicional, desde esta tribuna, mil quinientos dracmas italianos a cada soldado, a cada centurión cinco veces esa suma y una cantidad proporcional a cada tribuno militar.»

101   Después de haber pronunciado estas palabras y de tener preparado al ejército tanto anímicamente como materialmente, disolvió la asamblea. Los soldados permanecieron por mucho tiempo elogiando a Casio y Bruto y les prometieron que harían cuanto estuviera en manos de ellos. Los generales distribuyeron, acto seguido, el

dinero entre ellos y añadieron otras recompensas a los más bravos bajo muy diversos pretextos. A los que recibían el dinero, los enviaban sobre la marcha, por destacamentos, hacia Dorisco<sup>92</sup>, y ellos los siguieron poco después. Dos águilas se posaron sobre las otras dos de plata de los estandartes picoteándolas o, según dicen otros, protegiéndolas. Y permanecieron allí, alimentadas por los generales a costa de las provisiones públicas, hasta que emprendieron el vuelo el día anterior a la batalla. Después de una marcha de dos días bordeando el golfo de Melana, llegaron a Eno y, desde aquí, a Dorisco y a todas las demás ciudades costeras que se extienden hasta el monte Serreio<sup>93</sup>.

Como el citado monte se adentraba en el mar, ellos 102 torcieron hacia el interior, pero enviaron a Tilio Címber con la flota, una legión de soldados y algunos arqueros para que costeara el promontorio que estaba desierto de tiempo atrás, aunque era fértil, pues los tracios no utilizan el mar ni descienden a la costa por temor a los piratas. Por ello, otros griegos y los calcideos se posesionaron de él, por ser pueblos marineros, y lo hicieron florecer por el comercio y la agricultura, con el contento de los tracios a causa del intercambio de productos. Finalmente, Filipo, el hijo de Amintas, deportó a los demás griegos y a los calcideos, de forma que no pudo verse ya ningún rastro de ellos, salvo las ruinas de sus templos. Tilio, bordeó, por tanto, esta costa que estaba desierta de nuevo, como se le había ordenado por Casio y Bruto, hizo mediciones y dibujos de los lugares adecuados para acampar, y se aproximaba alternativamente con las naves, a fin de que las tropas de Norbano, en la creencia de que era inútil ocuparlo

<sup>92</sup> Ciudad tracia al norte de Eno.

<sup>93</sup> El monte Serreio es un promontorio en la costa de Tracia a poca distancia de Dorisco. Este avance tiene lugar en el otoño del 42 a. C.

por más tiempo, abandonarían el desfiladero. Y ocurrió como había esperado, pues ante la aparición de las naves, Norbano se sintió muy alarmado por el desfiladero de los sepeos y llamó a Decidio desde el paso de los corpilos<sup>94</sup> para que acudiera en su auxilio rápidamente. Así lo hizo, y al quedar abandonado este paso último, Bruto y Casio lo atravesaron.

- 103 Cuando se descubrió la estratagema, Norbano y Decidio ocuparon fuertemente el paso de los sepeos, y, de nuevo, Bruto y Casio vieron interceptado el camino. Cundió el desánimo, ante el temor de que tuvieran que empezar ahora el circuito que habían desdeñado y volver sobre sus pasos a pesar de lo avanzado del tiempo y de la estación. Mientras se hallaban en tal estado, Rascúpolis les dijo que había una ruta de circunvalación, junto al mismo desfiladero de los sepeos, de tres días de marcha, intransitable para los hombres hasta entonces a causa de los precipicios, de la falta de agua y de sus bosques densísimos. Pero si podían llevar agua y hacer un sendero estrecho, aunque suficiente, no serían divisados ni siquiera por los pájaros porque los cubriría una sombra total. Al cuarto día llegarían al río Harpeso, que desemboca en el Hermo, desde donde en un solo día más estarían en Filipos, tras haber rodeado al enemigo hasta el punto de dejarlo aislado por completo e impedirle la retirada. Ellos se decidieron por este plan, porque no les quedaba otra alternativa y, en especial, por la esperanza de rodear a un ejército tan grande de enemigos.

- 104 Enviaron un destacamento al mando de Lucio Bíbulo<sup>95</sup>, para que abrieran el sendero en compañía de Rascúpolis. Y éstos, aun a costa de grandes esfuerzos, así lo hicieron, poniendo en ello su coraje y afán, y en ma-

<sup>94</sup> Este paso era el primero en la ruta hacia Filipos desde Asia.

<sup>95</sup> L. Calpurnio Bíbulo (cf. n. 32 a este libro).

yor medida después que retornaron algunos que habían sido enviados en avanzadilla diciendo que habían divisado el río desde lejos. Pero, al cuarto día, fatigados por el trabajo y la sed, pues escaseaba el agua que habían traído, recordaron lo que se les había dicho, que sólo estarían sin agua durante tres días. Y sintieron un pánico terrible de haber caído en una trampa, no porque desconfiaran de que hubieran visto el río los enviados en avanzada, sino porque pensaban que eran conducidos por otro camino. Estaban descorazonados y daban fuertes gritos, y cuando veían a Rascúpolis que corría de un lado para otro y los animaba, lo insultaban y le arrojaban piedras. Mientras Bíbulo les suplicaba con palabras propiciatorias que hicieran un esfuerzo final, fue divisado el río por los que iban en vanguardia hacia la caída de la tarde. Se alzó, como era natural, un grito penetrante de alegría que fue pasando sucesivamente a los de detrás hasta que llegó a los de retaguardia. Cuando Bruto y Casio se enteraron, se lanzaron al punto a la carrera con el resto del ejército a través del sendero abierto a golpe de machete. Sin embargo, no pasaron desapercibidos hasta el final para los enemigos, ni los rodearon, pues Rasco, el hermano de Rascúpolis, sospechando a consecuencia del grito, llevó a cabo un reconocimiento y, al ver lo que ocurría, se quedó pasmado de que un ejército tan grande recorriera un sendero en el que no había agua y por el que pensaba que ni siquiera una fiera salvaje se adentraría a causa de la densidad del follaje, y se lo comunicó a Norbano y a Decidio. Éstos huyeron por la noche desde el paso de los sapeos hasta Anfípolis<sup>96</sup>. Y ambos hermanos tracios estaban de boca en boca entre los soldados, uno, porque los había conducido por una ruta desconocida, y el otro, porque los había descubierto.

---

<sup>96</sup> Al suroeste de Filipos.

105 Bruto y Casio, mediante un golpe de audacia inesperado, avanzaron hasta Filipos, en donde desembarcó también Tilio y, nuevamente, estuvo reunido todo el ejército. La ciudad de Filipos se llamaba antes Dato y, más primitivamente, Crénides, pues había numerosos manantiales allí alrededor de una colina <sup>97</sup>. Filippo la fortificó, pues la consideraba un lugar muy bien dotado por la naturaleza como plaza fuerte contra los tracios, y la llamó Filipos, por su propio nombre. La ciudad se encuentra situada sobre una colina rodeada de precipicios y su tamaño es tan grande como la anchura de la colina. Hacia su parte norte había bosques a través de los cuales condujo Rascúpulis a Bruto y Casio; y hacia el mediodía hay una zona pantanosa que se extiende hasta el mar. Por el Este se hallan los desfiladeros de los sapeos y de los corpilos, y por su lado oeste existe una llanura muy fértil y bella, de unos trescientos cincuenta estadios, que llega hasta las ciudades de Murcino y Drabisco y el río Estrimón. En ella, se cuenta que tuvo lugar el rapto de Core <sup>98</sup>, mientras recogía flores, y allí está el río Zigactes, en cuya travesía dicen que se rompió el yugo del carro del dios <sup>99</sup>, y, de ahí, el nombre del río. La llanura está en declive, de manera que resulta cómoda para los que descienden desde Filipos, pero penosa para los que suben desde Anfípolis.

106 Hay otra colina, no lejos de Filipos, que llaman colina de Dioniso, en la que se encuentran las minas de oro llamadas las Asila. Diez estadios más allá de ésta existen otras dos colinas, a dieciocho estadios de Filipos y que distan entre sí ocho estadios; sobre éstas acamparon Casio y Bruto, el primero sobre la que estaba al

<sup>97</sup> En griego, *krén* significa «fuente».

<sup>98</sup> Perséfone, hija de Deméter y Zeus, y fue raptada por Hades, su tío, mientras cogía flores con unas ninfas en el llano de Enna, en Sicilia. En Roma se la identificó con Proserpina, diosa de los infiernos.

<sup>99</sup> En griego, *zugón* «yugo» y *ágnumi* «quebrar», «romper».

Sur y el otro sobre la de más al Norte <sup>100</sup>. No avanzaron contra Norbano y Decidio, que se batían en retirada, porque se enteraron de que se aproximaba Antonio, habiendo quedado Octavio en Epidamno por causa de una enfermedad <sup>101</sup>, y porque la llanura era magnífica para luchar y las colinas para acampar. En efecto, por uno de sus lados había pantanos y lagunas que se extendían hasta el río Estrimón, y, por el otro, desfiladeros intransitables y desprovistos de caminos. Los ocho estadios que mediaban entre las dos colinas constituían la principal vía de acceso de Europa a Asia, a manera de puertas. Ellos construyeron una línea de fortificación, a través de este espacio, desde un campamento al otro y dejaron unas puertas en el centro, de tal manera que los dos campamentos fueron uno solo. A lo largo de la fortificación fluía un río, que algunos llaman Ganga y otros Gangites, y detrás estaba el mar donde podían tener sus almacenes y un lugar de anclaje seguro. Establecieron su base de aprovisionamiento en la isla de Tasos, distante cien estadios, y tenían ancladas las trirremes en Neápolis <sup>102</sup>, a setenta estadios.

Mientras Bruto y Casio, satisfechos con el lugar, <sup>107</sup> procedían a su fortificación, Antonio se puso en camino rápidamente con su ejército queriendo anticiparse al enemigo en ocupar Anfípolis como lugar ventajoso para la batalla. Cuando se enteró de que ya había sido fortifica-

---

<sup>100</sup> Estas colinas debían de estar situadas al este de Filipos, hacia Tracia.

<sup>101</sup> Octavio, en todo caso, estuvo presente en el lugar de los hechos el día de la primera batalla (cf. cap. 108), pero no salió prácticamente de su tienda, enfermo aún, y poca cosa hizo en la segunda. El mérito fue sólo de Antonio; pues, de otro lado, Octavio nunca fue un buen soldado (cf. SYME, *The Roman Revolution*, pág. 201), aunque en esta ocasión no pudiera permitir que Antonio se llevara él solo la gloria del combate (cf. A. H. M. JONES, *Augusto* [trad. cast.], pág. 39).

<sup>102</sup> Ciudad costera al sur de Filipos. Frente a ella está la isla de Tasos.

da por Norbano y Decidio, se alegró, dejó allí su impedimenta con una sola legión, al mando de Pinarío <sup>103</sup>, y él en persona avanzó con gran arrojo y acampó en la llanura a una distancia de tan sólo ocho estadios de los enemigos. Al punto quedó patente la inferioridad y superioridad de uno y otro campamento. Unos, en efecto, estaban situados sobre una colina, los otros en la llanura; aquéllos se procuraban la madera de los montes, éstos de las zonas pantanosas; los primeros obtenían el agua del río, los segundos de pozos recién excavados; los unos se hacían traer las provisiones desde Tasos, a pocos estadios de distancia, los otros desde Anfípolis, distante trescientos cincuenta estadios. Parece que Antonio actuó así por necesidad, puesto que no existía ninguna otra colina, y el resto de la llanura, al quedar como una especie de hondonada, era anegada en ocasiones por el río, a causa de lo cual se encontraron abundantes manantiales de agua dulce en los pozos excavados. Su golpe de audacia, pese a que estuvo provocado por la necesidad, aterró a los enemigos, al verle acampar tan cerca y con tanto desprecio nada más llegar. Él levantó numerosos fortines y fortificó todos con rapidez con fosos, muros y empalizadas, en tanto que los enemigos fortificaban lo que aún les faltaba. Cuando Casio vio que el avance de Antonio se debía a un impulso desesperado, prolongó la fortificación desde el campamento hasta el pantano, el único lugar que les restaba por fortificar y que había sido exceptuado debido a su estrechez, de forma que ya nada quedaba sin fortificar salvo la zona de precipicios en el flanco de Bruto, la zona pantanosa al costado de Casio, y el mar tras el pantano. En el centro todo estaba interceptado con fosos, empalizadas, muros y puertas.

---

<sup>103</sup> Sobre este Pinarío, pariente de Octavio y heredero de César (cf. *supra*, III 22 y notas).

Así se fortificaron por cada bando, y en el ínterin 108 tan sólo se tantearon con la caballería y en escaramuzas. Cuando tuvieron culminados todos sus planes, llegó Octavio que, aunque no tenía aún fuerzas para el combate, se hacía llevar en una litera por entre las hileras de soldados. Octavio y Antonio desplegaron de inmediato sus tropas para la batalla, y Bruto y Casio hicieron, a su vez, lo propio sobre las alturas, pero no bajaron, pues habían decidido no apresurarse a combatir, en la esperanza de reducir a los enemigos por la falta de provisiones. Había diecinueve legiones de infantería por cada lado, pero mientras a Bruto y Casio les faltaban algunas tropas para estar al completo, Antonio y Octavio las tenían en exceso. Estos últimos contaban con trece mil jinetes, y Bruto y Casio tenían veinte mil, incluidos los tracios en uno y otro caso. Por consiguiente, debido al elevado número de tropas, al coraje y al valor de sus generales, y al armamento y material de guerra, unos y otros ofrecían un espectáculo esplendoroso en su formación de combate. Sin embargo, durante muchos días no hicieron nada, puesto que Bruto y Casio no querían trabar combate, sino agotar antes a los enemigos por la falta de provisiones. Ya que ellos tenían a Asia por despensa y todo se lo hacían llevar por vía marítima desde muy cerca, en tanto que los enemigos no tenían nada en abundancia ni en su propio territorio. Pues no podían obtener mercancía alguna por medio de los mercaderes desde Egipto, exhausto como estaba este país por el hambre, ni de España o África a causa de Pompeyo, ni de Italia por impedirlo Murco y Domicio. Y Macedonia y Tesalia, los únicos países que entonces les procuraban víveres no les serían suficientes por mucho tiempo.

Bruto y Casio, como se daban cuenta de estos hechos 109 sobre todo, dejaban transcurrir el tiempo. Antonio temió esta demora y resolvió forzar a los hombres al

combate y planeó realizar en secreto una travesía del pantano, si ello era posible, a fin de situarse a la retaguardia de los enemigos sin que se percataran y arrebatárles el suministro que les llegaba desde Tasos. En consecuencia, desplegó cada día todas las banderas del ejército para combatir, con objeto de hacer creer que el ejército entero se encontraba en orden de batalla, y con una parte de las tropas, día y noche, se abría un estrecho sendero en el marjal, cortando las cañas y rellenándolo con tierra y piedras a cada lado para que no cediera la tierra, y ponteaba las partes profundas con pilotes clavados en el suelo, todo ello en el más profundo silencio. El cañaveral que todavía crecía a ambos lados del sendero impedía a los enemigos la visión del trabajo. Después de trabajar de esta forma durante diez días, envió por la noche algunas cohortes de improviso y en línea recta, se apoderó de los lugares mejor dotados por la naturaleza tras las líneas enemigas y construyó, a la vez, muchos reductos. Casio se quedó perplejo ante el plan de la obra y de su disimulo, pero, a su vez, proyectó interceptar la comunicación entre Antonio y estos reductos fortificados. Así que también él prolongó la línea de fortificación, en dirección oblicua, a través de todo el pantano comenzando desde el campamento hasta el mar, cortando las cañas y haciendo puentes igual que Antonio y colocando la empalizada sobre las zonas rellenadas, con lo que interceptó el sendero construido por Antonio, a fin de que los del interior no pudieran escapar hacia éste, ni él pudiera ir en auxilio de ellos.

110 Cuando Antonio vio esto, alrededor del mediodía, tal como estaba condujo de inmediato con ímpetu y furia a su propio ejército, apostado hacia otro lugar, dirigiéndolo contra la fortificación transversal de Casio entre el pantano y su campamento. Llevó consigo garfios de hierro y escaleras, para tomarla al asalto y abrirse

paso hacia el campamento de Casio. Mientras él llevaba a cabo esta carga con audacia, oblicuamente y colina arriba, por el espacio de terreno que separaba a los dos ejércitos, los soldados de Bruto se indignaron ante este acto de violencia, pues mientras los enemigos corrían a través con sumo arrojo, ellos permanecían de pie en armas, y cargaron, a su vez, contra ellos por su cuenta y riesgo, sin recibir la orden de ninguno de sus oficiales y dieron muerte en masa a cuantos se encontraron, como ocurre cuando se ataca por el flanco. Dieron, pues, comienzo a la batalla de una vez por todas y cargaron contra el ejército de Octavio, que era el que, sobre todo, estaba apostado contra ellos, y, poniéndolo en fuga, lo persiguieron hasta el campamento que Antonio y Octavio ocupaban en común. Sin embargo, Octavio no se encontraba en el interior, porque había sido advertido en sueños que se guardara de aquel día, según dejó escrito él mismo en sus *Memorias*<sup>104</sup>.

Cuando Antonio vio que había sido trabada la batalla, se alegró de haber sido él quien la forzara, pues tenía mucho miedo por el aprovisionamiento, y decidió no volver a la llanura, no fuera a ser que su ejército rompiera la formación en la maniobra de giro. Así pues, persistió en su ímpetu, tal como había comenzado, se mantuvo en la carrera y siguió subiendo, bajo una lluvia de proyectiles, hasta que logró abrirse paso a la fuerza entre el ejército de Casio, que había conservado la posición asignada y estaba sobrecogido por lo inesperado del hecho. Tras quebrantar la línea de vanguardia enemiga, se lanzó con osadía contra la fortificación entre el pantano y el campamento, demolió la empalizada, rellenó el foso, minó los trabajos de defensa, dio muerte a los guardianes de las puertas aguantando los im-

---

<sup>104</sup> Cf., sobre esto, SYMBE, *The Roman Revolution*, pág. 204 y n. 2; GABBA, *Appiano...*, pág. 186 y, en especial, n. 2.

pactos de cuantas cosas le arrojaban desde las murallas hasta que forzó la entrada a través de las puertas, y otros penetraron por las brechas de la muralla y otros incluso treparon por los escombros. Y todo sucedió tan rápidamente, que los que se habían apoderado de la fortificación se encontraron con los hombres de Casio que estaban trabajando en el pantano y corrían al auxilio de los suyos. Con una carga violenta pusieron en fuga a éstos también, y retornaron ya contra el mismo campamento de Casio tan sólo aquellos que, en compañía de Antonio, habían traspasado la fortificación, pues el resto de las tropas luchaba contra el enemigo fuera de las murallas.

- 112 El campamento, por tratarse de un lugar bien protegido de modo natural, estaba custodiado por unas pocas tropas tan sólo, por lo que Antonio las venció con facilidad. En estos momentos el ejército de Casio resultó derrotado en el exterior y, al ver la captura de su campamento, se dispersó en una fuga desordenada. La victoria fue completa y similar por ambas partes. Pues Bruto puso en fuga al ala izquierda de los enemigos y se apoderó de su campamento, en tanto que Antonio venció a Casio con audacia irresistible y saqueó también el campamento de éste. Hubo una gran matanza por ambos lados, pero, a causa de lo extenso de la llanura y del polvo, ignoraban la suerte unos de otros, hasta que se dieron cuenta y llamaron a los supervivientes. Éstos regresaron con aspecto de porteadores más bien que de soldados, y ni aun entonces se reconocieron mutuamente ni se vieron con claridad, pues, de otro modo, hubieran arrojado cuanto llevaban y se hubieran acometido con fiereza unos a otros, que con tanto desorden llevaban el producto de su saqueo. Se calcula que el número de bajas sufridas por el ejército de Casio fue de ocho mil, y el doble de esta cifra las habidas del lado de Octavio.

Casio, una vez que fue rechazado fuera de sus fortificaciones y no pudo entrar ya en su campamento, ascendió a la colina de Filipos y echó un vistazo a la situación. Sin embargo no pudo darse cuenta exacta de la realidad a causa de la polvareda, ni alcanzó a tener una panorámica total, tan sólo pudo ver que su campamento había sido capturado, así que ordenó a su escudero Píndaro que cayera sobre él y lo matara. Mientras Píndaro se tomaba su tiempo, llegó presuroso uno anunciando que Bruto había vencido en la otra ala y había devastado el campamento de los enemigos. Pero Casio simplemente respondió: «Dile a él que ojalá alcance una victoria completa», y tornándose hacia Píndaro, le dijo: «¿Por qué te demoras?, ¿por qué no me libras de mi deshonor? Y Píndaro dio muerte a su dueño que le ofreció el pecho. Tal es la versión que algunos dan de la muerte de Casio. Otros, en cambio, piensan que, al aproximarse unos jinetes de Bruto para traer la buena noticia, creyendo que se trataba de enemigos envió a Titinio para que se informara con exactitud; los jinetes rodearon con júbilo a éste, como amigo de Casio, y prorrumpieron en gritos de victoria con fuertes voces, y Casio, pensando que Titinio había caído en manos de los enemigos, dijo: «¡Que hayamos esperado para ver apresado a un amigo!», y se retiró a una tienda en compañía de Píndaro, quien ya no fue visto jamás. Por lo cual algunos creen también que este último mató a Casio sin una orden previa.

Casio acabó su vida en el día de su cumpleaños, en el cual precisamente aconteció la celebración de esta batalla <sup>105</sup>, y Titinio, culpándose por su demora, se sui-

---

<sup>105</sup> Esta batalla tuvo lugar el 23 de octubre del 42 a. C. La segunda, en la cual murió Bruto, fue unas tres semanas más tarde, hacia el 14 de noviembre de este mismo año (cf. SYME, *op. cit.*, pág. 202 y n. 2, y JONES, *Augusto*, pág. 39; GABBA, sin embargo, que aduce fuentes

114 cidó. Bruto lloró sobre el cadáver de Casio y lo llamó el último de los romanos, como dando a entender que ya no habría otro que le igualara en virtud. Lo reprochó por su rapidez y precipitación, y lo consideró feliz por cuanto había quedado libre de cuitas y preocupaciones, las cuales ¿hacia qué final conducen a Bruto? Después entregó el cuerpo a sus amigos, que lo enterraron en secreto para no hacer brotar las lágrimas en el ejército al verle, y él en persona, sin probar bocado y sin preocuparse de sí mismo, pasó toda la noche reorganizando el ejército de Casio. Con la llegada del día, los enemigos desplegaron su ejército para la batalla, a fin de no parecer que habían sido derrotados, y Bruto, al comprender la intención, dijo: «Armémonos también nosotros y finjamos que hemos sufrido una derrota.» Pero, cuando formó a su ejército, aquéllos se retiraron, y Bruto, en son de burla, dijo a sus amigos: «Ellos nos incitaron a combatir pensando que estábamos exhaustos, pero ni siquiera intentaron probarlo.»

115 En el día en el que tuvo lugar la batalla de Filipos se produjo otro gran desastre en el Adriático. Domicio Calvino conducía sobre barcos de transporte a dos legiones de infantería para Octavio, una de las cuales era conocida como la legión Martia, así llamada como timbre de honor a su valor. Llevaba, además, una cohorte pretoriana de dos mil hombres, cuatro escuadrones de caballería y otro número considerable de tropas escogidas. Le daban escolta unas pocas trirremes. Murco y Ahenobarbo le salieron al encuentro con ciento treinta navíos de línea. Las naves de transporte que iban en cabeza lograron escapar a vela, en escaso número, pero las demás, al echarse de repente el viento, quedaron a la deriva por el mar, en medio de una calma chicha,

---

similares a Syme (cf. *Appiani...*, V, pág. 3), coloca en esta fecha la segunda batalla y la primera un mes antes.

y así fueron entregadas a los enemigos por obra de alguna divinidad, pues éstos embestían sin temor a cada una y le abrían una vía de agua. Ni siquiera pudieron prestarles auxilio las trirremes de escolta; pues, a causa de su escaso número, fueron rodeadas. Las tropas que estaban en peligro llevaron a cabo muchas y diversas proezas, a veces unían sus barcos con rapidez por medio de maromas y los afianzaban entre sí con pértigas para que los enemigos no pudieran irrumpir a través de su línea. Pero, cuando lo lograban, Murco les lanzaba flechas incendiarias, y tenían que soltar con presteza las ataduras y separarse unas de otras por causa del fuego, quedando expuestas, de nuevo, a ser rodeadas y embestidas por las trirremes.

Cundió la irritación entre los hombres, y, en espe- 116  
cial, entre los soldados de la Martia, porque, siendo superiores en valor, morían sin poder intervenir. Algunos se suicidaron antes del incendio, otros se lanzaron hacia las trirremes de los enemigos y vendieron caras sus vidas. Naves a medio quemar navegaron en círculo durante mucho tiempo, con hombres moribundos por causa del fuego, del hambre o de la sed. Otros, asidos de las velas o de los maderos de cubierta, fueron arrojados por la borda sobre acantilados y promontorios desiertos, y, entre éstos, hubo algunos que se salvaron de forma inesperada. Algunos resistieron durante cinco días chupando pez o mascando las velas o las maromas hasta que el oleaje los llevó a tierra. Y hubo muchos que, vencidos por las desgracias, se entregaron a los enemigos. También se rindieron diecisiete trirremes, y los hombres de Murco tomaron a sus tripulaciones el juramento de fidelidad a éste. El general Calvino, al que se tenía por muerto, retornó a Bríndisi, al cabo de cinco días, a bordo de su propia nave.

Tal fue el desastre que acaeció en el Adriático el mismo día de la batalla de Filipos, sea menester llamarlo

naufragio o combate naval. La coincidencia de estos hechos, al ser conocida posteriormente, causó estupefacción.

117 Bruto reunió a su ejército en asamblea y le dijo lo siguiente: «No hay, camaradas, ningún aspecto del combate de ayer en el que no fuerais superiores a los enemigos. Comenzasteis la batalla con ahínco, aunque sin órdenes previas, y a la legión Cuarta, que, por ser muy renombrada entre ellos, tenía confiada el ala del ejército, la destruisteis entera, y a los que la asistían los perseguisteis hasta el campamento; y ya antes habíais capturado el propio campamento y lo habíais saqueado. Hasta tal punto excede esta victoria nuestra a la derrota que sufrimos en el ala izquierda. Sin embargo, cuando pudisteis haber rematado por completo la victoria, preferisteis entregaros al saqueo en vez de matar a los vencidos, pues la mayoría de vosotros pasó de largo de vuestros enemigos y se lanzó sobre sus pertenencias. Y también en lo siguiente obtuvimos mayor provecho, pues ellos capturaron uno de nuestros dos campamentos, pero nosotros poseemos todos los suyos de manera que nuestras ganancias doblan nuestras pérdidas. Tan grande fue nuestra superioridad en la batalla. En relación con todos aquellos otros aspectos en los que les aventajamos, podéis informaros por los prisioneros de guerra, así respecto a su falta de provisiones, al costo de las mismas y a la dificultad de su transporte. Pues no pueden recibirlas desde Sicilia, Cerdeña, África o España, debido a que Pompeyo, Murco y Ahenobarbo, con doscientos sesenta barcos les cierran el paso por mar. Han dejado exhausta ya a Macedonia, y solamente tienen como base de aprovisionamiento a Tesalia, la cual ¿hasta cuándo será suficiente para ellos?

118 »Por consiguiente, cuando veais que os apremian en sobremanera para combatir, considerad entonces que han escogido morir en combate presionados por el ham-

bre. Nosotros, en cambio, les opondremos nuestro plan, consistente en que el hambre realice previamente nuestra tarea, a fin de que, cuando sea necesario luchar, nos encontremos con unos hombres debilitados y exhaustos. No nos dejemos arrastrar a destiempo por nuestros afanes. Que nadie considere mi experiencia en el mando como un factor de dilación, más bien que de rapidez en la acción, si mira el mar que hay tras de nosotros, que, al enviarnos tanta ayuda y provisiones, nos permite alcanzar una victoria sin riesgo, en el caso de que sepáis esperar y no tengáis en cuenta las chanzas y provocaciones de los enemigos que no son superiores, como quedó patente en el combate de ayer, sino que tratan de remediar otro temor. El celo que ahora os pido reprimáis, mostradlo en abundancia cuando os lo demandemos. Os pagaré el importe total de las recompensas por la victoria cuando los dioses decidan poner fin a nuestros trabajos. Ahora, y por vuestro valor en el día de ayer, entregaré a cada soldado mil dracmas y a los oficiales una cantidad proporcional.»

Éstas fueron sus palabras y distribuyó, al punto, el dinero entre las legiones. Algunos escritores creen que les prometió entregarles las ciudades de Lacedemón y Tesalónica para que las saquearan.

Octavio y Antonio, conocedores de que Bruto no 119 lucharía voluntariamente, reunieron a sus tropas, y Antonio les dijo lo siguiente: «Soldados, yo sé que los enemigos se atribuyen, en sus discursos, una parte de la victoria de ayer, porque persiguieron a algunos de nosotros y saquearon nuestro campamento, pero, de hecho, mostrarán que toda es vuestra. Pues os aseguro que ni mañana, ni en los días sucesivos irán de forma voluntaria al combate. Lo cual es la garantía más segura de su derrota y de su miedo de ayer, cuando se mantengan fuera de la competición como los que han sido vencidos en los juegos. Pues, con certeza, no reunieron

un ejército tan grande para esto, para fortificar zonas desérticas de Tracia y habitarlas, sino que las fortificaron por temor, ante la inminencia de nuestra llegada, y cuando llegasteis habitan en su interior a causa de la derrota de ayer. Por esta razón también, el de mayor edad y experiencia de sus generales, tras perder las esperanzas en todo, se suicidó, lo que constituye el máximo exponente de su situación calamitosa. En consecuencia, puesto que, a pesar de nuestro requerimiento, no aceptan ni descienden desde las montañas, sino que ponen su confianza en los precipicios en vez de en sus manos, sedme, pues, valientes, soldados de Roma, y obligadles de nuevo, como les obligasteis ayer. Considerad una deshonra ceder ante hombres amedrentados, abstenernos de quienes se muestran vacilantes y, soldados como somos, ser más débiles que las murallas. Pues no hemos venido para pasar la vida en la llanura ni contamos con autonomía de medios en el caso de que nos demoremos. Antes bien, si somos sensatos, debemos imprimir celeridad a la guerra y asegurarnos la paz por mucho tiempo.

120   »El momento adecuado y los medios para tal fin los procuraremos nosotros, que no hemos merecido vuestros reproches por el ataque y la estrategia de ayer. Vosotros, por vuestra parte, cuando seáis solicitados, corresponded a vuestros generales con vuestro valor. No os irritéis por el saqueo de ayer, ni siquiera por un instante, pues la riqueza no consiste en lo que poseemos, sino en vencer con autoridad, lo que nos devolverá, si resultamos vencedores, aquello que ayer nos fue arrebatado y que todavía se encuentra intacto en manos enemigas y las mismas pertenencias de los enemigos como añadidura. Y, si estamos ansiosos por apoderarnos de ellas, apresurémonos a la batalla. Además, nuestro botín de ayer compensa de manera suficiente nuestras pérdidas, e, incluso, tal vez las supera, puesto

que ellos trajeron consigo todo cuanto expoliaron y saquearon en Asia y, en cambio, vosotros, como venís de vuestra patria, dejasteis en casa los objetos más caros, y trajisteis tan sólo lo imprescindible. Y si había alguna cosa de valor, nos pertenecía a nosotros los generales quienes estamos encantados de entregároslo todo como recompensa por vuestra victoria. Sin embargo, como compensación por tal pérdida os entregaremos una recompensa adicional de cinco mil dracmas para cada soldado, cinco veces esa suma para cada centurión y a los tribunos militares el doble de los centuriones.»

Después de pronunciar esta arenga, al día siguiente 121 puso, de nuevo, al ejército en línea. Como en esta ocasión tampoco bajaron los enemigos, Antonio se disgustó mucho, pero continuó desplegando a diario a sus tropas. A su vez, Bruto tenía a una parte de su ejército en orden de batalla, por si era obligado a combatir, y con la otra parte ocupaba las rutas de acceso de las vituallas necesarias. Había una colina muy próxima al campamento de Casio y de difícil captura para los enemigos, que no podían sustraerse a los disparos de proyectiles desde el campamento por razón de su cercanía. Sin embargo, Casio la había mantenido bajo vigilancia por temor a que alguien intentara un ataque por sorpresa. Cuando fue abandonada por Bruto, los soldados de Octavio la ocuparon por la noche con cuatro legiones llevando muchas planchas de mimbres entrelazados y pellejos de cuero como protección contra los proyectiles. Una vez que se posesionaron de ella, trasladaron otras diez legiones a una distancia de más de cinco estadios, en dirección al mar, y otras dos a cuatro estadios más allá, con objeto de adelantarse de este modo hasta el mar y, así, forzar las líneas enemigas, ya fuera a lo largo del mismo mar o a través del pantano o de cualquier otra manera, y cortarle el suministro de víveres. Bruto, por su parte, trató de contrarrestar esta ma-

niobra de diversas formas y, sobre todo, oponiendo guar-  
niciones a los campamentos de aquéllos.

122 La tarea apremiaba a Octavio y a Antonio, y el hambre se dejaba sentir ya, y a la vista de su magnitud, el temor se acrecentaba día a día. Pues ya no eran suficientes los suministros de Tesalia, ni podían esperar nada del mar, donde detentaban el dominio absoluto las naves de los enemigos. Les había sido comunicado ya a unos y a otros el reciente desastre en el Adriático, lo que acrecentó sus temores, en especial al invierno, que ya estaba próximo, pues acampaban en una llanura cenagosa. Movidos por estas reflexiones, enviaron una legión a Acaya para que reunieran toda la comida que pudieran encontrar y la hicieran llegar rápidamente. Pero, no soportando la proximidad de un peligro tan grande, no probaron ya otras estrategias, ni desplegaron en el futuro el ejército en la llanura, sino que subieron dando grandes gritos hasta las mismas fortificaciones de los enemigos e incitaron a Bruto a combatir, con burlas e insultos, decididos no tanto a un asedio como a provocarle para que trabara combate, en contra de su voluntad, por medio de un arrebató de locura.

123 Pero Bruto persistió en su plan originario, y con mayor firmeza aún cuando se enteró del hambre y de su éxito en el Adriático y cuando vio la desesperación de los enemigos por la falta de suministros. Prefería soportar un asedio y cualquier otra cosa a luchar con hombres acosados por el hambre y que habían perdido sus esperanzas en los demás recursos, que sólo mantenían viva su confianza en la lucha. Sin embargo, su ejército, por imprudencia, pensaba de distinto modo y llevaban muy a mal permanecer encerrados en el interior, como mujeres, inactivos y temerosos. También estaban irritados los oficiales, aunque aprobaban el plan de Bruto, pero creían que podrían vencer más rápidamente a los enemigos con un ejército lleno de ardor bélico. La

causa de estas actitudes radicaba en la propia moderación y amabilidad de Bruto hacia todos, a diferencia de Casio, que había sido un hombre austero e imperioso en todo. Por esta razón le obedecían a la primera orden, nadie se interponía en el ejercicio de su poder ni trataban de saber la razón de sus mandatos, ni cuando la sabían le pedían cuenta de ellos. Pero, en el caso de Bruto, no aspiraban a otra cosa que a compartir con él el mando a causa de la bondad de su carácter. Finalmente, en las compañías y corros de soldados saltó la interrogante de forma más abierta: «¿Por qué nos condena nuestro general? ¿Qué reciente delito hemos cometido nosotros, que hemos salido vencedores y hemos perseguido al enemigo; nosotros, que dimos muerte a los adversarios que teníamos enfrente y les capturamos el campamento?» Bruto se desentendió, adrede, de estos rumores y no convocó una asamblea, no fuera a ser que, en forma contraria a su dignidad, se viera forzado a cambiar por una muchedumbre irreflexiva y, en especial, por causa de los mercenarios, para los que en todo momento, como a los esclavos que cambian con facilidad hacia otros amos, la esperanza de su seguridad personal consistía en la desertión al adversario.

Lo incordiaban también sus oficiales y lo exhortaban a aprovechar la codicia presente del ejército, que habría de llevar a cabo una acción brillante con rapidez. Y, si sobrevenia un contratiempo en el transcurso de la lucha, podían retirarse de nuevo a las murallas e interponer las mismas defensas entre el enemigo y ellos. Bruto se irritó, sobre todo, con éstos, porque se trataba de sus oficiales, y se dolió de que, estando expuestos al mismo peligro que él, tomaran partido por la soldadesca con ligereza, la cual prefería una aventura dudosa y rápida a una victoria sin riesgo. No obstante, cedió para su propia perdición y la de aquéllos, y tan sólo les hizo el siguiente reproche: «Nos asemeja- 124

mos a Pompeyo el Grande en la forma de llevar la guerra, no ejerciendo el mando, sino siendo más bien mandados.» Y me parece que sólo dijo esto por ocultar lo que sobre todo temía, que el ejército, que había servido en otro tiempo bajo César, se irritara y desertara al enemigo. Precisamente, por abrigar desde un principio esta sospecha, tanto él como Casio no les habían dado en ninguna ocasión a ellos un motivo de enojo contra sus personas.

125 De este modo sacó Bruto a su ejército y lo ordenó en formación delante de la muralla, advirtiéndoles que no se adelantaran mucho desde la colina para que la retirada, si se hacía necesaria, les resultara fácil y gozaran de una buena posición para disparar contra los enemigos. En cada bando, todos se exhortaban mutuamente y existía un ansia grande por combatir, así como una confianza excesiva. A unos les movía su miedo al hambre, a los otros un pudor justificado, porque habían forzado a su general, que abogaba por diferir todavía la acción, y temían quedarse por debajo de sus promesas o resultar más débiles que sus bravatas, y exponerse así a una rendición de cuentas bajo acusación de temeridad, más que a ser dignos de elogio por su buen consejo. Bruto, recorriendo las filas a caballo, les espetaba estas cosas con el rostro grave y las recordaba con las breves palabras que la ocasión le brindaba: «Vosotros quisisteis luchar, vosotros me obligasteis a luchar, cuando podía haber obtenido la victoria de otro modo, no defraudéis mi esperanza ni la vuestra. Tenéis como aliada a la colina y todo es de vosotros a vuestras espaldas. Los enemigos se encuentran en una situación incierta, están entre vosotros y el hambre.»

Pasaba al trote diciendo tales cosas, y los soldados lo animaban, desde sus filas, a confiar en ellos y le acompañaban con el eco de sus gritos de aliento. Octavio y  
126 Antonio, recorriendo a sus tropas, estrechaban las dies-

tras de aquellos que estaban más próximos y les animaban con tono más solemne aún a que cumplieran con su deber, sin ocultarles el fantasma del hambre por considerarlo un oportuno acicate para estimular su valor. «Hemos encontrado, soldados, a los enemigos —les decían—, tenemos ante nosotros a aquellos que pretendíamos coger fuera de las murallas; que ninguno de vosotros mancille su propio coraje ni sea inferior a su amenaza; que nadie prefiera el hambre, ruina irremediable y dolorosa, a los muros y cuerpos de los enemigos, los cuales ceden ante la osadía, la espada y la desesperación. Nuestra situación actual es tan agobiante, que no permite posponer nada para mañana, sino que hay que decidir todo en el día de hoy hasta una victoria total o una muerte honrosa. Si os hacéis con la victoria, podéis conseguir, en un solo día y en una sola batalla, alimentos, dinero, naves, campamentos y las recompensas que os hemos ofrecido por la victoria. Y tal será el resultado, en el caso de que, desde nuestra primera acometida, nos acordemos de las necesidades que nos urgen; después, tras quebrantar sus líneas, dejémosles aislados fuera de las murallas y empujémoslos contra los precipicios o hacia la llanura, para que la guerra no rebrote de nuevo, ni los enemigos se refugien en otro período de inactividad. Pues ellos son los únicos enemigos que, a causa de su debilidad, no ponen sus esperanzas en la pelea, sino en no pelear.»

Con estos gestos y exhortaciones, Octavio y Antonio 127 animaban a los que estaban junto a ellos. A todos los embargaba el pundonor de mostrarse dignos de sus generales y escapar a la penuria, que se había agigantado de modo imprevisto a raíz de lo ocurrido en el Adriático. Y preferían, si era necesario, morir en combate y con la esperanza del triunfo, a ser consumidos por un mal sin remedio.

Imbuidos por tales sentimientos, que cada uno transmitía a su vecino, el espíritu de ambos ejércitos se elevó sobremanera y se llenaron de una audacia imperturbable. En la presente situación ya no se acordaban de que eran conciudadanos unos de otros, sino que se amenazaban como si fueran enemigos naturales y de distinta estirpe. Hasta tal punto el apasionamiento del momento ofuscaba en ellos su razón y su naturaleza. De igual modo, unos y otros adivinaban que, en ese día y en esa batalla, se iba a decidir el destino de Roma. Y así sucedió en realidad.

128 El día se consumió en estos preparativos hasta la hora nona, cuando dos águilas, cayendo sobre el espacio que separaba a ambos ejércitos, pelearon entre ellas. Reinaba el más profundo silencio. Pero, cuando la del lado de Bruto huyó, un grito agudo surgió de entre los enemigos y se alzaron las enseñas por uno y otro bando. La carga fue soberbia y terrible. Poca necesidad había de flechas, piedras o jabalinas, como era costumbre en la guerra, puesto que ni siquiera se servían de las diversas estrategias y posicionamientos usuales en los combates, sino que, en combate cuerpo a cuerpo y con las espadas desnudas, asestaban y recibían los golpes mortales y trataban de expulsarse mutuamente de la formación, los unos, en pos de su seguridad personal más que de la victoria, y los otros, en pos de la victoria y de procurar satisfacción al general al que habían obligado a luchar. La carnicería y los gritos de dolor eran enormes. Los cuerpos de los que caían eran retirados del campo de batalla y otros ocupaban su lugar procedentes de las tropas de reserva. Los generales, mientras recorrían sus filas e inspeccionaban todo, los animaban por su celo, y exhortaban a los combatientes a persistir en la lucha y relevaban a los que estaban exhaustos, de tal forma que siempre había un ardor renovado en el frente.

Finalmente, los soldados de Octavio, ya fuera por miedo al hambre o bien por la buena estrella del propio Octavio, pues ciertamente las tropas de Bruto no merecieron el más mínimo reproche, empezaron a desplazar de su posición al ejército adversario, y parecía tal como si estuvieran haciendo girar a una máquina pesadísima. Estos últimos fueron rechazados paso a paso hacia atrás, lentamente al principio, y sin decaer en su coraje. Mas, una vez que la formación había quedado ya rota, retrocedieron más aprisa y, al retroceder también con ellos los que estaban en la segunda y tercera filas, mezclándose todos entre sí de forma desordenada, se vieron desbordados por ellos mismos y los enemigos que presionaban incansablemente, y, finalmente, emprendieron una clara huida. Entonces, sobre todo, los soldados de Octavio tuvieron presente, de modo especial, la orden recibida y se apoderaron de las puertas a costa de correr un riesgo enorme, pues estaban expuestos a los proyectiles desde arriba y desde el frente, hasta que impidieron que muchos enemigos penetraran en el interior. Estos últimos huyeron hacia el mar y hacia la montaña a través del río Zigactes.

Una vez que la huida se produjo, los generales se 129 repartieron el resto del trabajo; Octavio se encargó de apresar a los que habían sido expulsados fuera del campamento, así como de la custodia del propio campamento; Antonio, a su vez, estaba en todo y atacaba a todos, a los que huían y a los que aún permanecían en pie agrupados, al resto de los campamentos, y descargaba su violencia contra todo a la vez, con un ímpetu feroz. Por temor a que los oficiales se le escaparan y reunieran de nuevo otro ejército, envió a la caballería a los caminos y a las vías de salida del campo de batalla para capturar a los que trataran de huir. Éstos se dividieron el trabajo, y unos fueron a las montañas en compañía de Rasco el tracio, que había sido enviado con ellos por

su conocimiento de los caminos, y, rodeando las posiciones fortificadas y los precipicios, cazaban como a fieras a los que salían huyendo y mantenían bajo vigilancia a los de adentro. Otros persiguieron al mismo Bruto. Cuando Lucilio vio que persistían con insistencia en su carrera, se entregó y, haciéndose pasar por Bruto, pidió ser conducido a presencia de Antonio en vez de ante Octavio. Por lo que, precisamente, se pensó también que era Bruto, que trataba de rehuir a su enemigo irreconciliable. Al enterarse Antonio que lo llevaban prisionero, salió a su encuentro y se detuvo un momento a reflexionar en el hado y la dignidad del hombre, así como en su valor, y a pensar en cómo recibiría a Bruto. Aproximándose Antonio, se le presentó Lucilio y le dijo con mucha sangre fría: «Bruto no ha sido capturado, ni jamás la virtud será presa de la maldad; yo he engañado a éstos y, por eso, estoy aquí.» Y Antonio, al ver que los jinetes estaban avergonzados, los consoló diciéndoles: «No habéis cazado una pieza peor, sino mejor para mí de lo que pensáis, en la medida en que un amigo es de más valor que un enemigo.» A continuación entregó a Lucilio al cuidado de uno de sus amigos y, posteriormente, lo retuvo con él como hombre de confianza <sup>106</sup>

130 Bruto escapó a los montes con un número considerable de tropas, con la intención de regresar por la noche al campamento o descender hasta el mar; pero, como todas las rutas habían sido puestas bajo vigilancia, pasó la noche en armas con todos sus efectivos. Y dicen que mirando a las estrellas exclamó:

*Oh Júpiter, que no se te oculte el que es el responsable  
[de estas desdichas]*

<sup>106</sup> Cf. PLUT., *Brut.* 50.

refiriéndose, como era natural, a Antonio <sup>107</sup>. Y también se cuenta que el mismo Antonio repitió, posteriormente, estas palabras, en medio de sus propios peligros, arrepentido de que, habiendo podido asociarse a Casio y Bruto, se había convertido en el lacayo de Octavio <sup>108</sup>. Pero, en esta ocasión, Antonio pasó también la noche en armas en los puestos de vigilancia establecidos frente a Bruto, rodeándose de una empalizada construida con los cadáveres y despojos apilados juntos. Octavio trabajó hasta media noche y se retiró, a causa de su enfermedad, tras haber encargado a Norbano de la guardia del campamento.

Bruto, al día siguiente, al ver que persistía la vigi- 131  
lancia de los enemigos y como tenía cuatro legiones no completas, que habían subido con él a la montaña, evitó dirigirse él en persona a sus tropas, pero envió emisarios a sus oficiales, que estaban avergonzados y arrepentidos de su falta, para tantear si estaban dispuestos a forzar el paso a través de las líneas enemigas y recuperar su propio campamento, que todavía se encontraba bajo la custodia de los suyos que habían sido dejados allí. Éstos, aunque se habían lanzado a la batalla de forma irreflexiva y aunque habían sido valerosísimos durante la mayor parte del tiempo, ofuscados ya por la divinidad, respondieron de modo indigno a su propio general que se preocupara por su seguridad personal, pues ellos habían tentado ya en numerosas ocasiones a la suerte y no iban a arrojar por la borda la última esperanza de reconciliación. Entonces Bruto dijo a sus amigos: «De ninguna utilidad soy ya para la patria, si tal es la manera de pensar de éstos», y lla-

<sup>107</sup> Esta consideración de Antonio como verdadero artífice de la victoria de Filipos aparece de forma recurrente en el libro V (cf. capítulos 14, 33 y 58), y es uno de los argumentos principales de la propaganda contra Augusto (cf. GABBA, *Appiano...*, pág. 186 n. 3).

<sup>108</sup> PLUTARCO (*Brut.* 29) pone en boca de Bruto estas palabras.

mando a Estrato, el epirota, que era amigo personal suyo, le ordenó que lo atravesara con su espada. Mientras éste le aconsejaba todavía que reflexionara, llamó a uno de los esclavos. Y Estrato le dijo: «No te faltará, Bruto, un amigo, antes que tus siervos, para ejecutar tus últimas órdenes, si ya están decididas.» Y mientras decía estas palabras, clavó la espada en el costado de Bruto, que no esquivó ni cedió ante el golpe <sup>109</sup>.

132 Así murieron Bruto y Casio, dos romanos entre los más nobles e ilustres y de incomparable virtud, a excepción de un solo crimen. A los cuales, Gayo César, aunque eran del partido de Pompeyo el Grande, y habían sido sus enemigos en la paz y adversarios en la guerra, los hizo sus amigos y, tras de esto, los trató como a hijos. El senado tuvo siempre una debilidad especial hacia ellos y, cuando cayeron en la desgracia, la máxima compasión, y por ellos concedió la amnistía a todos. Cuando escaparon, los envió a gobiernos de provincias para que no fueran exilados, y no lo hizo como gesto de desprecio hacia Gayo César, ni porque se alegrara con lo que le había ocurrido a él, de quien, en vida, admiró su valor y buena fortuna y, una vez muerto, le otorgó un funeral público, ratificó sus actos y creó, durante largo tiempo, las magistraturas y gobiernos de provincias de acuerdo con el testamento de César, en la creencia de que no podía hacerse nada mejor que cumplir con su voluntad. Pero su afán por estos hombres y su solicitud por ellos, llevó al senado hasta hacerse sospechoso de calumnia. Tanta estima recibieron ellos dos de todos. Y también, por parte de los exilados de mayor lustre, fueron más honrados que Pompeyo, aunque estaba más próximo y no tenía una culpa irreconciliable, mientras que estos dos estaban más lejos y eran irreconciliables.

<sup>109</sup> Sobre las palabras de Bruto al morir, cf. DIÓN CAS., XLVII 49, 2.

Y cuando fue necesario recurrir a las armas, en dos años no completos, reunieron más de veinte legiones de soldados de infantería, unos veinte mil jinetes, más de doscientos navíos de guerra y el restante equipo en proporción, riquezas incontables, tanto de aquellos que contribuyeron voluntariamente como de los que lo hicieron obligados. Sostuvieron guerras con pueblos y ciudades y contra muchos de la facción opuesta, culminándolas con éxito. Dominaron todas las naciones que se extienden desde Macedonia hasta el Eufrates; y, a cuantos hicieron la guerra, los convencieron de que se aliaran con ellos, y se aseguraron, así, su fidelidad. También utilizaron los servicios de reyes y príncipes, e incluso de los partos, aunque eran enemigos naturales de los romanos, pero a estos últimos sólo los emplearon en asuntos de menor importancia; mas, para la acción decisiva, no esperaron su llegada, a fin de que un pueblo bárbaro y hostil no se acostumbrase a luchar contra romanos. Y lo más sorprendente de todo, en verdad, el ejército, que era en su mayor parte el de Gayo César y había estado unido a éste por una adhesión maravillosa y pronta, se dejó ganar por éstos, que habían sido los asesinos de aquél, y los siguieron contra el hijo de César con mayor fidelidad que a Antonio, compañero de armas y colega de César; pues ninguno de ellos desertó de Bruto o Casio, ni siquiera cuando habían sido derrotados, los mismos que habían desertado de Antonio en Bríndisi antes del comienzo de la guerra. La razón de su milicia, en tiempos de Pompeyo y entonces, no fue luchar por sus intereses personales, sino por defender la democracia, nombre especioso pero siempre falto de provecho <sup>110</sup>. Y cuando juzgaron que ya no eran de uti-

<sup>110</sup> GABBA, *Appiano...*, pág. 184, n. 1, se muestra de acuerdo con A. ZERDIK, *Quaestiones Appianae*, tesis doct., Kiliae, 1886, pág. 5, n. 2, en que esta afirmación hay que interpretarla no como un juicio pesimista de su fuente, sino como apreciación personal de Apiano.

lidad para la patria, ambos despreciaron, por igual, sus propias vidas. En sus preocupaciones y esfuerzos, Casio atendió, sin desviar su atención, tan sólo a la guerra, igual que los gladiadores clavan la mirada en su antagonista. En cambio, Bruto, donde quiera que estuviese, le gustaba contemplar y escuchar todo, ya que poseía un espíritu filosófico en nada desdeñable.

134 Pero a unos hombres de tal calibre en todos los aspectos sólo cabría oponerles su alevoso crimen contra César<sup>111</sup>. El cual no fue, ciertamente, un crimen sencillo ni de poca envergadura, pues fue cometido de forma inesperada contra un amigo, con ingratitud contra un benefactor que les había salvado la vida en la guerra, de manera impía contra la cabeza del Estado, en el edificio del senado y contra un pontífice revestido con sus ornamentos sagrados y con un poder como ningún otro, y que había prestado mayores servicios que nadie a su patria y al imperio. Por estas razones, la divinidad se irritó contra ellos y se lo indicó en numerosas ocasiones por medio de presagios funestos. Por ejemplo, a Casio, cuando realizaba una lustración para su ejército, el lictor le puso la corona del revés; una Victoria, estatua de oro ofrendada por Casio, se cayó; muchas aves se posaron sobre su campamento sin emitir ningún sonido, y nutridos enjambres de abejas permanecían aposentados continuamente en este mismo campamento. A su vez, Bruto, mientras celebraba su cumpleaños en Samos, dicen que, en el transcurso del

---

<sup>111</sup> Según GABBA (*Appiano...*, págs. 184-187), a diferencia del caso de Pompeyo, en el trágico final de los cesaricidas tal como lo presenta Apiano confluye, junto a la concepción fatalista del historiador, una razón más profunda: la fatal necesidad de expiar el asesinato de César, humanamente injustificable, que pudo desatar la ira de los dioses contra la que de nada valió la bondad plenamente reconocida a la causa de Bruto y Casio y al alto ideal que ambos sustentaban.

banquete, aunque no era hombre dado a tales citas, gritó, sin causa aparente, el siguiente verso:

*Pero a mí, un hado funesto y el hijo de Leto me han  
[matado.*

Cuando se disponía a cruzar desde Asia a Europa, mientras estaba despierto durante la noche, se tornó mortecina la luz y tuvo una visión de una forma sorprendente que se ponía a su lado, y, al preguntarle con mucho valor qué hombre o dios era, el fantasma le contestó: «Bruto soy tu genio malo y me apareceré a ti en Filipos.» Y cuentan que se le apareció antes de la última batalla.

Cuando el ejército salía a combatir delante de las murallas, le salió al encuentro un etíope. Los soldados lo hicieron pedazos de inmediato por considerarlo como un mal augurio. Y, sin duda, fue algo debido a los dioses el hecho de que Casio, después de una lucha incierta, desesperara de todo sin razón, y el que Bruto fuera forzado a abandonar su prudente política de demora para entablar combate con unos hombres agobiados por el hambre, a pesar de tener abundancia de provisiones y dominar el mar, así que sufrió la derrota más bien por causa de sus propias tropas, que por las de sus enemigos. Y, por último, aunque habían participado en combates y nunca habían sufrido ningún daño en ellos, ambos llegaron a ser sus propios asesinos, como lo habían sido de César. Tal fue el castigo que sufrieron Bruto y Casio.

Cuando Antonio encontró el cadáver de Bruto, lo <sup>135</sup> revistió con el mejor vestido de púrpura, de inmediato, y, después de incinerarlo, envió las cenizas a su madre Servilia <sup>112</sup>. El ejército de Bruto, al enterarse de su

<sup>112</sup> Cf. PLUT. Brut. 53.

muerte, envió emisarios a Octavio y a Antonio, y alcanzaron el perdón y fueron repartidos entre los ejércitos de ambos. Sumaban alrededor de catorce mil hombres. También se rindieron los que ocupaban los fortines, que eran muchos. Octavio y Antonio entregaron estos fortines y el campamento enemigo a sus soldados para que los saquearan. Entre los hombre notables que acompañaban a Bruto, algunos murieron en los combates <sup>113</sup>, otros se suicidaron igual que los generales, y otros continuaron luchando de propósito hasta morir; entre éstos se encontraba Lucio Casio, el cuñado de Casio, y Catón el hijo de Catón, que cargó numerosas veces contra los enemigos y, cuando sus hombres se retiraron, se despojó del yelmo para ser reconocido o convertirse en un blanco fácil, o por ambas razones. Labeo, notable por su sapiencia y padre de aquel otro Labeo que todavía hoy goza de fama como experto en leyes, cavó en su tienda una zanja del tamaño de su cuerpo, dio orden a sus esclavos en relación con el resto de sus asuntos y dispuso su última voluntad para su esposa e hijos por medio de cartas que entregó a sus siervos para que se las entregasen a aquéllos; entonces, cogiendo de la mano derecha a su esclavo más fiel, le hizo dar una vuelta en círculo, como es costumbre para los romanos que conceden la libertad a un esclavo, y a continuación le entregó una espada y le ofreció el pecho.

136 Y de este modo su tienda fue su tumba. Rasco, el tracio, regresó de las montañas con muchas tropas y solicitó como recompensa, y la obtuvo, la salvación de su hermano Rascópolis. Por lo cual quedó de manifiesto que no habían existido diferencias desde un principio entre estos tracios, sino que, al ver dos ejércitos grandes y equilibrados en su territorio, se repartieron

---

<sup>113</sup> Sobre los miembros de la nobleza caídos en Filipos, cf. SYME, *The Roman Revolution*, págs. 205-206.

su destino incierto para que el vencedor salvara al vencido. Porcia, la esposa de Bruto y hermana de Catón el Joven, cuando se enteró de que ambos habían muerto en la forma dicha, aunque era vigilada muy estrechamente por sus servidoras, arrebató algunos tizones encendidos que eran trasportados en un brasero y se los tragó. De los miembros de la nobleza que huyeron a Tasos, unos se hicieron a la mar desde allí, y otros se rindieron con el resto del ejército a Mesala Corvino y Lucio Bíbulo, hombres de igual rango, para que hicieran con todos ellos lo que hubieran decidido hacer con ellos mismos. Y éstos llegaron a un acuerdo con Octavio y Antonio por el cual entregaron a este último, a su llegada a Tasos, todo el dinero y las armas que había allí, además de abundantes provisiones y gran cantidad de material de guerra almacenado <sup>114</sup>.

De esta forma, Octavio y Antonio, gracias a una 137 audacia peligrosa, realizaron en dos combates de infantería tal hazaña como no hubo otra anteriormente. Pues nunca hasta entonces habían contendido entre sí dos ejércitos tan grandes de romanos y de calidad similar. Estos soldados no estaban reclutados a partir de levadas ordinarias, sino que habían sido elegidos por su valor; no eran novatos, sino tropas con gran veteranía y que luchaban entre sí y no con gentes de otras razas o con pueblos bárbaros. Y, como tenían la misma lengua, la misma técnica militar y un entrenamiento y disciplina similares, por estas mismas razones eran casi invencibles el uno para el otro. Jamás se puso en la guerra un afán y una osadía tan grandes, ya que se trataba de ciudadanos que luchaban contra ciudadanos, de familiares contra familiares y de camaradas contra camaradas. Y prueba de ello es que el número de bajas, si se toman en consideración ambas batallas, parece que

---

<sup>114</sup> Cf. SYME, *ibid.*, pág. 206.

no fue inferior entre los vencedores que entre los vencidos.

138 El ejército de Antonio y Octavio hizo bueno el cálculo de sus generales al pasar, en un solo día y en virtud de una sola acción, del peligro extremo del hambre y el miedo a la destrucción a una situación de abundancia opulenta y de salvación segura y a una victoria gloriosa. Y, ciertamente, se cumplió lo que, cuando iban al combate, habían presagiado para los romanos, pues quedó decidida su forma de gobierno, gracias, sobre todo, a aquella batalla, y ya no retornaron a la democracia, ni tuvieron necesidad de contiendas similares entre ellos, con excepción de la lucha civil, no mucho después, entre Antonio y Octavio, que fue la última que tuvo lugar entre romanos. Los sucesos que acaecieron entre ambos hechos, después de la muerte de Bruto y bajo (Sexto) Pompeyo y los amigos de Casio y Bruto que habían escapado con una parte importante de los restos de tan gran material de guerra, no se pueden comparar ya a esta contienda ni por la osadía ni por la adhesión de los hombres y de las ciudades, y de los soldados a sus jefes; pues ni la nobleza, ni el senado, ni la misma gloria se pusieron de parte de ellos como se habían puesto del lado de Casio y Bruto.

## ÍNDICE DE NOMBRES

- Abala (puerto de Sicilia), V 112.
- Abido (ciudad de la Tróade), IV 82, 87.
- Acaya (región de Grecia), IV 122.
- Accio (promontorio de Acarnania y batalla), IV 38, 42, 49-51.
- Acilio (un proscrito), IV 39.
- Adriático (mar), III 9-10, 24, 27, 30, 63-64, 96; IV 3, 58, 63, 65, 70, 94, 99, 115-116, 122-123, 127; V 2, 4, 8, 26, 55, 61, 65,
- «Afortunado» (título de Sila), IV 10.
- África, III 85, 91, 95; IV 2, 36, 52, (Antigua y Nueva) 53; (Numídica) 53, 54, 56, 83, 85, 92, 100, 108, 117; V 12, 26, 53, 65, 67, 75, 97-98, 104, 123, 129.
- Agripa (amigo íntimo de Octavio), IV 49; V 31-33, 35, 50, 57-58, 92, 96, 101-102, 105-110, 112, 115-118, 121-122.
- Ahenobarbo (cf. Domicio, oficial de Bruto y Casio).
- Alba (colonia romana entre los ecuos), III 45, 47; V 30.
- Alejadria (ciudad de Egipto), V 8, 52, 76, 133, 136.
- Alejandro (Magno, rey de Macedonia), IV 80.
- Alejandro (prítano de los rodios), IV 66, 71.
- Alieno (oficial de Dolabella), III 78; IV 59, 61, 63.
- Alpes (cordillera de Europa), III 72, 83, 97; V 20, 51.
- Amatio (el Pseudo-Mario), III 2-3, 6, 36.
- Amintas (padre de Filipo de Macedonia), IV 102.
- Amintas (rey de Pisidia), V 75, 137, 140, 142.
- Ancona (ciudad de Umbría), V 23.
- Andriace (puerto de los miresios), IV 82.
- Andros (isla de las Cícladas), V 7.
- Anfípolis (ciudad de Macedonia), IV 104-105, 107.
- Annalis (pretor proscrito), IV 18.
- Antio (ciudad del Lacio), V 24.
- Antio (un proscrito), IV 40.
- Antíoco «Asiático» (hijo de Antíoco Pío), V 10.
- Antíoco el Grande, IV 67.
- Antíoco Pío (rey de Siria), V 10.

- Antistio (noble romano), V 139.
- Antonio, Gayo (hermano del Triunviro), III 14, 23, 25, 79.
- Antonio, Lucio (hermano del triunviro), V 14, 19-38, 40-42, 45-50, 54, 60-62.
- Antonio, Marco (el triunviro), III 2-8, 12-15, 17-18, 21-33, 39-44, 46-67, 69-76, 79-87, 89, 95-98; IV 1, 3, 7-9, 17-20, 23, 29, 32, 37, 40, 42, 45-47, 49, 51, 57-58, 63, 74-75, 82, 86-87, 94, 106-112, 119, 121, 122, 126-127, 129-130, 133, 135-138; V 1, 3-4, 7-11, 14, 19-24, 26, 28, 29, 31-33, 39-40, 50-69, 71-75, 77-80, 92-96, 98, 113, 122, 127-129, 132-134, 136-139, 141, 144-145.
- Apio (oficial de marina de Octavio), V 98.
- Apio (un proscrito), IV 44.
- Apio (otro proscrito), IV 51.
- Apolo (dios), V 109.
- Apolófanes (prefecto de la flota de Sexto Pompeyo), V 84, 105-106.
- Apolonia (ciudad de Iliria), III 9.
- Aponio (un proscrito), IV 26.
- Apuleyo (M., propretor de Asia), III 63; IV 46, 75.
- Apuleyo (Q., tribuno), III 93; IV 40.
- Apulia (región de Italia), IV 100.
- Aqueos (puerto de los -), V 137-138.
- Aquileia (ciudad de la Galia), III 97.
- Aquiles (héroe griego), III 13.
- Aquilio Craso, Manio (general proscrito), III 93.
- Aquitania (región de la Galia), V 92.
- Arabia (país), V 9.
- Arabio (hijo de Masinisa), IV 54-56, 83.
- Ariárates (rey de Capadocia), V 7.
- Arimino (Rímíni, ciudad de Italia), III 44, 46; IV 3; V 33.
- Ariobarzanes (rey de Capadocia), IV 63.
- Armenia (país), V 133, 140, 145.
- Arquegeta (estatua de Apolo), V 109.
- Arquelao (rodio tutor de Casio), IV 67, 70.
- Arretio (ciudad de Etruria), III 42.
- Arriano (un proscrito), IV 41.
- Arruntio (un proscrito), IV 21.
- Arsínoe (hermana de Cleopatra), V 9.
- Artemisio (villorrio de Sicilia), V 116.
- Aruntio (un proscrito), IV 46.
- Asia (país), III 6, 78; IV 1, 5, 58, 74-75, 87, 106, 108, 120, 134; V 1-2, 55, 65; (provincia de -), III 24, 26; V 52, 133, 137; (gálatas de -), IV 88; (- en torno a Pérgamo), V 4.
- Asila (minas de oro en Tracia), IV 106.
- Asinio (cf. Polión, Asinio).
- Asprena (tribuno), III 7.
- Átalo (Filométor, rey de Pérgamo), V 4.
- Atenas (ciudad de Grecia), V 11, 52-53, 75-76, 78, 93, 138.
- Aterio (un proscrito), IV 29.
- Ateyo (lugarteniente de Antonio), V 33, 50.
- Atilio (un proscrito), IV 30.
- Augusto (cf. Octavio César).
- Ausonia (territorio), V 57, 59.
- Balaro (puerto del Estrecho de Mesina), IV 85.

- Balbino (un proscrito), IV 50.
- Balbo (G. Octavio, un proscrito), IV 21.
- Barbatio (M. Filippo, cuestor de Antonio), V 31.
- Barbula (romano adinerado), IV 49.
- Basilo, Minucio (conspirador contra César), III 98.
- Baso, Cecilio (oficial de César), III 77-78; IV 58-59.
- Bayas (ciudad de la Campania), V 69.
- Benevento (ciudad del Samnio), IV 3.
- Beocia (región de Grecia), IV 75.
- Bíbulo, L. Calpurnio (proscrito y oficial de Bruto y Antonio), IV 38, 104, 136; V 132.
- Bíbulo, Marco (Apiano da erróneamente Lucio, colega de César), V 10.
- Bitinia (país), III 2, 6, 8, 77; IV 46, 58; V 63, 140.
- Bitínico (A. Pompeyo, gobernador de Sicilia), IV 84; V 49, 70.
- Bocco (reyezuelo mauritano), IV 54; V 26.
- Bononia (ciudad de Italia), III 69, 73.
- Bríndisi (ciudad de Italia), III 10-11, 27, 37, 40, 43, 52, 67; IV 82, 86, 116, 133; V 12, 26-27, 29, 50, 52, 56-61, 66, 78-79.
- Brutio (región de Italia), V 19.
- Bruto, Décimo B. Albino (íntimo de César), III 2, 4, 6, 16, 27-30, 32, 37-38, 45, 49-50, 53, 55, 59-65, 71, 73-74, 76, 80-81, 85-86, 90, 96-98; IV 1, 58.
- Bruto, Marco Cepión (conspirador contra César), III 2-3, 6-8, 12, 23-24, 26, 35, 36, 54, 63-64, 78-79, 85, 89, 96-97; IV 1, 3, 5, 20, 27, 36-38, 46, 49, 51, 57-58, 61, 63, 65, 69-70, 75-82, 86-89, 98, 101-114, 117, 119, 121, 123, 125, 127-136, 138; V 1-4, 6, 39, 43, 62, 67, 75, 113.
- Caieta (ciudad del Lacio), IV 19.
- Calatia (colonia de César), III 40.
- Caleno (anfitrión de Varrón), IV 47.
- Caleno, Fufio (lugarteniente de Antonio), V 3, 12, 24, 33, 51, 54, 59-61.
- Cales (ciudad de la Campania), IV 47.
- Callias (liberto de Antonio), V 93.
- Calvino (v. Domicio Calvino).
- Calvisio, Gayo (Sabino, prefecto de la flota de Octavio), V 80-81, 83-88, 96, 102.
- Camera (ciudad de Italia), V 50.
- Camilo (jefe galo), III 98.
- Campania (región de Italia), III 40; V 92.
- Cannutio (T., un tribuno), III 41; V 49.
- Canusio (ciudad de la Apulia), V 57.
- Capadocia (país de Asia), IV 63; V 7.
- Capito (un proscrito), IV 25.
- Capitolino (templo de Roma), V 24.
- Capitolio (edificio de Roma), III 15, 34, 39-40; IV 57.
- Capua (ciudad de Italia), III 40; IV 3; V 24.
- Cardia (ciudad del Quersoneso Tracico), IV 88.

- Carisio (P., comandante de Octavio), V 111.
- Carrina (lugarteniente de César), IV 83-84; V 26, 112.
- Carsuleyo (oficial de Antonio), III 66-67, 69.
- Casilino (ciudad de la Campania), III 40.
- Casio (Gayo Longino, conspirador contra César), III 2-4, 6-8, 12, 23-24, 26, 35-36, 63-64, 78, 85, 89, 96; IV 1, 3, 5, 27, 36, 38, 52, 57-74, 76, 81-82, 86-89, 98-99, 101-114, 121, 123-125, 130, 132-135, 138; V 1, 2, 4, 6-9, 39, 43, 67, 113.
- Casio, Lucio (sobrino de Gayo Casio), IV 135.
- Casio, Lucio (otro, en Siria), IV 63.
- Casio de Parma (noble romano), V 2, 139.
- Cástor y Pólux (templo de -), III 41.
- Catón («el Joven», orador romano), IV 135-136.
- Catón (hijo del anterior), IV 135.
- Cecina (compañero de Cocceyo), V 60.
- Cefalonia (isla griega), V 25.
- Cele-Siria (en la época imperial romana, la parte norte de Siria), V 7.
- Ceos (isla griega), V 7.
- Cerdeña (isla del Mediterráneo), IV 2, 117; V 24, 56, 66-67, 70, 72, 78, 80.
- Cerennio (un proscrito), IV 27.
- César, Gayo Julio (político romano), III 1-30, 32-35, 38-40, 43-44, 50, 52, 54-55, 57, 60, 62-64, 66, 73, 75-78, 82-83, 85-88, 94-96, 98; IV 1, 8, (Gayo) 9, 19, 33, 38, 53-54, 57-59, 61, 68, 70, 74-75, 83-84, 89, 91, 94, 96-98, 124, 132-134; V 3-4, 7-10, 23, 48, 55, 59, 71-72, 97, 133, 137, 143.
- Cestio (el macedonio, ciudadano de Perugia), V 49.
- Cestio (un proscrito), IV 26.
- Cícico (ciudad de Asia), IV 75; V 137.
- Cilicia (país de Asia), V 7-8, 75.
- Cilón, (un proscrito), IV 27.
- Cimber Tilio (conspirador contra César), III 2, 6, 117.
- Cinna (L., cónsul), IV 33.
- Círene (ciudad de África), III 8, 12, 16, 36; IV 57; V 2.
- Ciro el Grande (emperador persa), IV 80.
- Cirta (ciudad de África), IV 53, 55.
- Cleopatra (reina de Egipto), III 78; IV 38, 59, 61, 63, 74, 82; V 1, 8-11, 19, 59, 66, 76, 144.
- Clodio (amigo de Cicerón), IV 19.
- Clodio (cf. Bitínico, Clodio).
- Clodio (oficial de Bruto), V 2.
- Cnido (ciudad de Asia), IV 71.
- Cocceyo, Lucio (Nerva, amigo de Antonio y Octavio), V 60-64.
- Coccino (promontorio), V 110.
- Consentia (ciudad del Brutio), V 56, 58.
- Coponio (un proscrito), IV 40.
- Córcega (isla del Mediterráneo), V 67, 72, 78, 80.
- Corcira (isla del Epiro), V 55.
- Cornificio (general al mando de la Vieja África), III 85; IV 36, 52-53, 55-56.
- Cornificio (lugarteniente de Octavio), V 80, 86, 111-115.

- Cornuto (general), III 92.  
 Corvino (cónsul de antaño), III 88.  
 Corvino (cf. Mesala, Corvino).  
 Cosira (isla de África), V 97.  
 Craso (cf. Aquilio Craso, Manio), III 94.  
 Craso (P. Canidio, lugarteniente de Antonio), V 50.  
 Craso, M. Licinio (el triunviro), III 7-8; IV 59; V 10, 65.  
 Crenides (nombre antiguo de la ciudad de Filipos), IV 105.  
 Creta (isla), III 8, 12, 16, 36; IV 57; V 2.  
 Crispo, A. Marcio (gobernador de Bitinia), III 77; IV 58-59.  
 Critonio (edil), III 28.  
 «Cuarta» (nombre de una legión), III 45, 93; IV 117.  
 Culco (oficial de Lépido), III 83.  
 Cumas (ciudad de la Campania), V 81, 85.  
 Curio (oficial de Domicio Ahenobarbo), V 137.  
 Chipre (isla del Mediterráneo), IV 61; V 9, 52.  
 Darío (hijo de Farnaces), V 75.  
 Dato (nombre antiguo de la ciudad de Filipos), IV 105.  
 Decidio (Saxa, lugarteniente de Antonio), IV 87, 102-104, 106-107.  
 «Décima» (nombre de una legión), III 85.  
 Décimo (cf. Bruto, D. B. Albino).  
 Decio (oficial de Antonio), III 80.  
 Decio (un proscrito), IV 27.  
 Demetrias (ciudad de Tesalia), III 63.  
 Demetrio (hijo de Antígono), IV 66-67.  
 Demócaraes (oficial de Sexto Pompeyo), V 83-86, 105.  
 Demóstenes (orador griego), IV 20.  
 Diana (Leucofriene, en Mileto), V 9; (- de Éfeso), V 9.  
 Dicearquía (ciudad de la Campania), V 50, 71-72, 74, 78, 97-98, 112.  
 Dioniso (colina de, en Tracia), IV 106.  
 Dolabella (P. Cornelio, cónsul), III 7-8, 16, 20, 22, 24-27, 36, 57, 61-64, 78, 88, 95; IV 52, 57-62, 64, 66, 69; V 4, 8.  
 Domicio (Calvino, lugarteniente de César), IV 115-116.  
 Domicio Ahenobarbo (lugarteniente de Bruto y Casio), IV 86, 99, 100, 108, 115, 117; V 2, 15, 26, 50, 53, 55-56, 59, 61, 62-63, 65, 73, 137.  
 Dorisco (lugar de Tracia), IV 101.  
 Drabisco (ciudad de Tracia), IV 105.  
 Éfeso (ciudad de Jonia), III 26; V 4, 7, 9.  
 Egeo (mar entre Grecia y Asia Menor), V 3.  
 Egina (isla griega), V 7.  
 Egipto (país de África), III 78; IV 59, 61, 63, 108; V 1, 10.  
 Egnacios (proscritos), IV 21.  
 Elea (golfo), V 98.  
 Emilio (un proscrito), IV 27.  
 Emilio Lépido (el triunviro), III 46, 72, 74, 81, 83-84, 89, 96; IV 2-3, 7-8, 12, 31, 37, 50; V 1, 3, 12, 21, 29-30, 39, 53, 65, 71, 75, 93, 97-98,

- 103-104, 117, 122-126, 131, 134.  
(Su hijo homónimo aparece sin nombre: IV 50; V 93.)
- Emilio, Lucio (miembro del Consejo de Perusia), V 48.
- Emilio Paulo (hermano de Lépido el triunviro), IV 12, 37.
- Enaria (otro nombre de la isla Pithecusa), V 69, 71, 81.
- Eneas (héroe griego), III 16; IV 41.
- Eno (ciudad de Tracia), IV 87-88, 101.
- Enoanda (ciudad de Licia), IV 79.
- Éolo (islas de - [= islas Líparas]), V 105.
- Epidamno (ciudad de Iliria), IV 106; V 75.
- Epiro (país al noroeste de Grecia), V 75.
- Escamandro (llanura de la Tróade), V 138.
- Escauro (cuestor de Pompeyo), V 10.
- Escauro (hijo del anterior), V 142.
- Escíatos (isla cerca de Tesalia), V 7.
- Escilacio (monte), V 103, 109.
- Escileo (promontorio), IV 85; V 85.
- Escipión, P. Cornelio Emiliano (Africano Joven), IV 92.
- Escipiones, III 88.
- Escodra (ciudad de Iliria), V 65.
- Escribonia (hermana de Libo, suegro de Pompeyo), V 53.
- Esmirna (ciudad de Jonia), III 26.
- España, III 4, 46; IV 2-3, 9, 31, 54, 83-85, 94, 96, 108, 117; V 20, 24, 26-27, 51, 54, 70, 134, 143.
- Espoletio (ciudad de Umbría), V 33.
- Estacio (el Samnita, proscrito), IV 25.
- Estatilio Tauro (cf. Tauro, E.).
- Estilis (ciudad), V 85, 103, 112.
- Estrato (amigo de Bruto), IV 131.
- Estrimón (río entre Macedonia y Tracia), IV 105-106.
- Estróngila (una de las islas Líparas), V 105.
- Etna (volcán de Sicilia), V 117.
- Etruria (región de Italia), IV 4; V 81.
- Eufrates (río de Asia), IV 100, 133; V 9, 65.
- Europa, IV 5, 87, 106, 134.
- Fango (lugarteniente de Octavio), V 26.
- Fannio (lugarteniente de Casio), IV 72.
- Fannio (proscrito fugitivo), IV 84. V 139.
- Farnaces (rey del Ponto), V 75.
- Faverio (secretario de César), III 5.
- Fenicia (país de Asia Menor), IV 60; V 60.
- Fénix (ciudad de Sicilia), V 110.
- Fígulo, Lucio (oficial de Dolabella), IV 60.
- Filadelfo (liberto de Octavio), V 78.
- Filemón (liberto de Vinio), IV 44.
- Filípicas* (discurso de Cicerón), IV 20.
- Filipo (el macedonio, padre de Alejandro), IV 80, 102, 105.
- Filipo (padrastro de Octavio César), III 10, 13, 23.
- Filipos (ciudad de Macedonia), IV 87, 103, 105-106, 134; V 3, 43, 55, 59, 128-129; (colina de -), IV 112; (batalla de -), IV 115-116; V 20, 53, 58, 61, (victoria de -), 3, 14.

- Flaminio (candidato al tribuno), III 31.
- Flavio, Gayo (enemigo de Octavio), V 49.
- «Foro de los galos» (aldea), III 70.
- Fufio (hijo de Fufio Caleno), V 51.
- Fulgino (plaza fuerte), V 35.
- Fulvia (esposa de Antonio), IV 29, 32; V 14, 19, 21, 33, 43, 50, 52, 54-55, 59, 62, 66.
- Fulvio (un proscrito), IV 24.
- Furnio (oficial de Lucio Antonio), V 30, 40-41, 75, 137-142.
- Gabii (ciudad del Lacio), V 23.
- Gabinio, Aulo (cónsul), V 8, 10.
- Galacia (región de Asia Menor), V 7.
- Galia (país de Europa), III 43, 53, 59-64, 73, 88; IV 1, 9; V 31, 33, 51, 53, 75, 78; (- Transalpina), III 46; (- Cisalpina), III 2, 27, 29, 30-31, 37-38, 45-46, 49-52, 55; IV 58; V 3, 22; (- Cisalpina y Transalpina), IV 2; (- Citerior), III 16; (- Antigua o Transalpina), III 98; IV 2.
- Gallio, M. (hermano del anterior y oficial de Antonio), III 95.
- Gallio, Q. (pretor urbano), III 95.
- Ganga (río de Tracia), IV 106.
- Gangites (otro nombre del río Ganga), IV 106.
- Gayo (cf. Antonio, Gayo, hermano de Marco Antonio).
- Geta (un proscrito), IV 41.
- Glafira (madre de Sisinia), V 7.
- Grecia (país de Europa), III 85; IV 20, 51.
- Guerras Civiles, III 88; V 1, 131, 145.
- Guerra Social, IV 24.
- Harpago (general persa), IV 80.
- Harpeso (río de Tracia), IV 103.
- Hércules (dios romano), III 16; (columnas de -), IV 8.
- Heleno (lugarteniente de Octavio), V 66.
- Hermo (río de Tracia), IV 103.
- Herodes (rey), V 75.
- Hiera (una de las islas Líparas), V 105-107, 109.
- Hiponio (ciudad del Bruto), IV 3, 86; V 91, 99, 103, 105, 112.
- Hircio (cónsul), III 50-51, 65, 66, 70-72, 76, 82.
- Hircio (proscrito), IV 43, 84.
- Hiria (ciudad entre Tarento y Brindisi), V 88.
- Hortensia (mujer romana), IV 32, 34.
- Icelio (juez de Bruto y Casio), IV 27.
- Icos (una de las islas Cíclades), V 7.
- Idumea (región de Asia Menor), V 75.
- Iliria (país de Europa), IV 58, 75, 80.
- India (país de Asia), V 9.
- Isis (diosa egipcia), IV 47.
- Italia, III 24, 27, 43, 49-50, 52, 61, 64, 80, 88; IV 3, 5, 9, 19, 36, 43, 45, 46-47, 54, 85-86, 99, 108; V 1, 3, 5, 12, 18-22, 24-25, 27-28, 49-50, 53, 56, 61-63, 65, 67, 72, 74, 80, 91, 99, 111, 129, 132, 134, 143, 145.
- Iturea (país de Asia Menor), V 7.

- Janículo (colina de Roma), III 91, 94.
- Janto (ciudad de Asia Menor), IV 52, 76, 77, 79, 81; V 7.
- Jonia (zona costera e insular de Asia Menor), IV 60, 63, 82; V 65.
- Juba (rey de los nómidas), IV 53-54.
- Julia (esposa de Sexto Pompeyo, error por Escribonia), V 72.
- Julia (madre de Antonio), V 52, 63; (sin mencionar nombre), IV 37.
- Julio (clan romano), V 63.
- Julio (nuevo nombre del mes Quintilio), V 97.
- Juno (diosa), V 49; (templo de -), V 133.
- Júpiter (dios romano), IV 13.
- Labeo (hombre ilustre del ejército de Bruto), IV 135.
- Labeo (hijo del anterior), IV 135.
- Labieno (lugarteniente de Pompeyo), V 65.
- Labieno (hijo del anterior), V 65, 133.
- Labieno (un proscrito), IV 26.
- Lacedemón (ciudad de Tracia), IV 118.
- Lacinio (cabo), V 133.
- Laconia (región de Grecia), IV 82.
- Lámpsaco (ciudad de la Tróade), V 137.
- Lanuvio (ciudad del Lacio), V 24.
- Laodicea (ciudad de Siria), III 78; IV 52, 60, 62-63, 65; V 4, 7.
- Largo (un proscrito), IV 28.
- Laronio (oficial de Agripa), V 112, 115.
- Lateresio (senador), III 84.
- Lavinio (río), IV 2.
- Lelio (lugarteniente de Cornificio), IV 53, 55-56.
- Lena (centurión), IV 19-20.
- Léntulo (lugarteniente de Casio), IV 72, 82.
- Léntulo (un proscrito), IV 39.
- Lépido (cf. Emilio Lépido).
- Lépido (tal vez sobrino del triunviro), V 2.
- Leto (hijo de -, diosa romana), IV 134.
- Leucopetra (ciudad del Brutio), V 109.
- Libia (país de África), IV 82.
- Libo, III 77.
- Libo, Lucio (cuñado de Sexto Pompeyo), V 52-53, 69, 71, 73, 139.
- Licia (país de Asia Menor), IV 60, 75.
- Lidia (país de Asia Menor), IV 76.
- Ligario (hermanos proscritos), IV 22.
- Ligario (otro, proscrito también), IV 23.
- Lilibeo (ciudad y puerto de Sicilia), V 97-98, 122.
- Líparas (archipiélago), V 97.
- Lisimaquea (ciudad de la Tracia), IV 88.
- Lorima (fortín rodio), IV 72.
- Lucania (región de Italia), IV 100.
- Lucilio (oficial de Bruto), IV 129.
- Lucio (gobernador de España, incierta identificación), V 54.
- Lucio (hermano de Casio), V 7.
- Lucio (senador), III 85.
- Lucio (suegro del cónsul Asinio Polión), IV 27.
- Lucio (tío de Antonio el triunviro), IV 12, 37.

- Lucio (un proscrito), IV 26.  
 Lucio Antonio (cf. Antonio, L., hermano del triunviro), V 19 ss.  
 Lucrecio (un proscrito), IV 44.  
 Lupia (ciudad de Calabria), III 10.
- Macedonia (país al norte de Grecia), III 2, 8, 12, 16, 24-25, 27, 32, 35-37, 43, 46, 49, 52, 59, 61, 63, 77, 79-80, 97; IV 1, 57, 65, 75, 82, 86-88, 100, 108, 117, 133; V 28, 49, 50, 58, 138; (historia de -), V 145.
- Manio (encargado de negocios de Antonio), V 14, 19, 22, 29, 32-33, 43, 52, 62, 66.
- Mar (personificación divina), V 98, 100.
- Marcelo (sobrino de Octavio), V 73.
- Marcelo, Claudio (esposo de Octavia), V 64.
- Marcelo, Mindio (compañero íntimo de Octavio), V 102.
- Marcio (cf. Crispo, Marcio), IV 59.
- Marcio Coriolano, Gn. (famoso caudillo), III 60.
- Marco (lugarteniente de Bruto y proscrito), IV 49.
- Marco (un proscrito), IV 43.
- Mario ([?] ejecutado por Antonio), III 16.
- Mario, Gayo (famoso dictador romano), III 2; IV 1, 16, 33.
- Maronea (ciudad de Tracia), IV 87-88.
- Marso (capitán de Dolabella), IV 62.
- Marte (templo de -), III 41; (campo de Marte, en Roma), III 94; V 16.
- «Martia» (nombre de una legión), III 45, 66-67; 69, 93; IV 115-116.
- Masinisa (rey africano), IV 54.
- Mauritania (país de África), IV 54; V 26.
- Mecenas (un romano), IV 50; V 53, 64, 92-93, 99, 112.
- Media (país de Asia), V 133.
- Megabizos (sacerdote de Ártemis), V 9.
- Melana (golfo de Tracia), IV 88-89, 101.
- Memorias (escritos de Octavio), IV 110; (V 45, tal vez no).
- Menécrates (lugarteniente de Pompeyo), V 81-84, 96.
- Menenio (un proscrito), IV 44.
- Menodoro (prefecto de la flota de Sexto Pompeyo), V 56, 66, 70-71, 73, 77-84, 86, 89, 96, 100-102.
- Mesala Corvino (general), IV 38, 136; V 102-103, 105, 109-113.
- Mesana (puerto, en Sicilia), V 97, 103, 109, 117, 121-122.
- Mesina (ciudad de Sicilia), IV 25, 39; V 81, 84, 88.
- Metaponto (ciudad de Sicilia), V 93.
- Metelo (padre e hijo, soldados de Octavio y Antonio), IV 42.
- Micilio (amigo de Menodoro), V 78.
- Miconio (monte de Sicilia), V 117.
- Milas (ciudad de Sicilia), V 105-106, 108-109, 115-116.
- Mileto (ciudad de Asia Menor), IV 37; V 9, 144.
- Mindo (ciudad de Caria), IV 65-66, 71-72; V 7.
- Minerva (promontorio de -), V 98.
- Minturna (zona pantanosa, en el Lacio), IV 28.
- Minucio (pretor proscrito), IV 17.
- Mira (ciudad de Licia), IV 82.
- Misia (país de Asia Menor), V 7, 138.

- Mitilene (ciudad de la isla de Lesbos), V 133, 141.
- Mitrídates (rey del Ponto), IV 66-67, 71; V 75.
- Mnareas (líder rodio), IV 66, 71.
- Módena (ciudad de Italia), III 49, 61, 65-66, 70-72, 80, 84, 86; IV 2; V 6, 129.
- Mucia (madre de Sexto Pompeyo), V 69, 72.
- Murcino (ciudad de Tracia), IV 105.
- Murco, Estayo (conspirador contra César), III 77; IV 58-59, 74, 82, 86, 99-100, 108, 115-117; V 2, 8, 15, 25, 50, 70, 71.
- Nasidio (noble romano), V 139.
- Naso (un proscrito), IV 26.
- Nauloco (ciudad de Sicilia), V 116, 121-122.
- Naxos (isla griega), V 7.
- Neápolis (ciudad de Tracia), IV 106.
- Nemos (ciudad), V 24.
- Neptuno (dios romano), V 98, 100.
- Nicea (ciudad de Bitinia), V 139.
- Nicomedia (ciudad de Bitinia), V 139.
- Nilo (río de Egipto), V 9.
- Nonio (centurión), V 16.
- Nonio (oficial custodio de las puertas de Roma), V 30.
- Norbano (C. Flaco, oficial de Octavio y Antonio), IV 87, 102-104, 106-107, 130.
- Nuceria (ciudad de la Campania, y de Umbría), IV 3.
- Octavia (hermana de Octavio César), V 64, 75, 93-95, 138.
- Octavio (padre de Octavio César), III 11, 23.
- Octavio César (emperador romano), III 9-12, 14, 18, 21-24, 28-32, (joven César) 33, 37-48, 51, (joven César) 52, 56, 58, 59, 61, 64-67, 69-76, 80-82, 85-86; 88-97; IV 1, 3, 7-8, 12, 27, 32, 38, 42, 49-51, 53-54, 56, 63, 74, 82, 85-87, (joven César) 89, 93, 106, 108, 110, 112, 119, 121-122, 126-130, (hijo de César) 133, 135-138; V 1, 3-5, 12-16, 19-42, 45-69, 71-75, 77-81, 84-103, 106, 109-112, 116-118, 121-129, 131-132, 134-135, 139, 145.
- Ofilio (tribuno), V 128.
- Onobalas (río de Sicilia), V 109.
- Opio (proscrito), IV 41.
- Palestina (país de Asia Menor), III 78; IV 59; V 7.
- Palmira (ciudad de Siria), V 9-10.
- Paloeis (puerto de Pale, en la isla de Cefalonia), V 55.
- Pansa (cónsul), III 50-51, 65-67, 69, 71-76, 80, 82, 91.
- Pansa (senador hijo del anterior), III 85.
- Papias (capitán de Sexto Pompeyo), V 104, 106-108.
- Partia (historia de -), V 65.
- Patara (puerto de los jantios), IV 52, 81-82.
- Paulo (cf. Emilio, Paulo, hermano de Lépido el triunviro), IV 12, 37.
- Pedio, Quinto (benefactor de Octavio), III 22-23, 94, 96; IV 6.
- Peduceo (gobernador de España), V 54.

- Peloponeso (región de Grecia), IV 74, 82; V 72, 77, 80.
- Pelorio (cabo de Sicilia), V 105, 116.
- Peparetos (isla griega), V 7.
- Pérgamo (ciudad de Asia Menor), III 26; V 4.
- Perséfone (diosa romana), IV 105.
- Persia (país de Asia), V 9.
- Perusia (ciudad de Etruria), V 32-33, 35, 48, 49, 52.
- Petronio (partícipe en el asesinato de César), V 4.
- Piceno (territorio de Italia), III 66, 72, 93-94.
- Pinario (benefactor de Octavio), III 22-23; IV 107.
- Píndaro (escudero de Casio), IV 113.
- Pirineos (cordillera europea), IV 2.
- Pisidia (país de Asia Menor), V 75.
- Pisón, Lucio (Calpurnio, suegro de César), III 50, 54, 61.
- Pitecusa (isla cerca de Neápolis), V 75.
- Planco (general), III 46, 72, 74, 81, 90, 96-97; IV 12, 37, 45; V 33, 35, 50, 55, 61, 144.
- Plinio (almirante de Sexto Pompeyo), V 97-98, 122.
- Plocio (hermano de Planco), IV 12.
- Polemocracia (esposa de un príncipe tracio), IV 75.
- Polemón (rey de una parte de Cilicia), V 75.
- Polión, Asinio (general), III 46, 74, 81, 97; IV 12, 27, 84; V 20, 31, 32, 64.
- Pompeyo (hijo mayor de Pompeyo el Grande), IV 54.
- Pompeyo, Gneo «el Grande» (triunviro), III 4, 14, 27, 57, 64, 75, 77-78, 81, 88; IV 33, 54, 59, 83, 94, 124, 132-133; V 1, 10, 79, 99, 133, 135, 140, 143-144.
- Pompeyo, Sexto (hermano de Pompeyo el Joven), III 4, 12, 36, 57; IV 25, 36, 39, 43, 45-48, 50-52, 70, 82-86, 94, 96, 99-100, 108, 117, 138; V 1-3, 15, 18-19, 20, 22, 25-26, 52-54, 56-59, 61-63, 65-74, 77-78, 80-81, 83-84, 86, 88, 91, 95-97, 100, 102-111, 113, 116-118, 121-122, 124, 127, 131, 133-145.
- Pomponio (proscrito), IV 45.
- Pontio (región de Asia Menor), V 75, 133.
- Porcia (esposa de Bruto), IV 136.
- Preneste (ciudad del Lacio), V 21, 23, 29.
- Proconeso (isla de la Propóntide), V 139.
- Propóntide (zona entre el Helesponto y el Euxino), V 138.
- Pseudo-Mario, III 2, 57.
- Publio (cuestor de Bruto), IV 51.
- Quersoneso Tracio, IV 88.
- Quintilio (nombre de un mes del calendario romano), V 97.
- Quintio (suegro de Asinio Polión), IV 12.
- Quintio (hermano de Cicerón), IV 20.
- Quinto (centurión que traicionó a Dolabella), V 4.
- Quirinal (monte de Roma), III 92.
- Rasco (príncipe tracio), V 87, 104, 129, 136.

- Rascúpolis (hermano del anterior), IV 87, 103-105, 136.
- Rávena (ciudad de Italia), III 42, 97; V 33, 50, 78, 80.
- Rebilo (proscrito), IV 48.
- Rebilo (senador), V 101.
- Regino (proscrito), IV 40.
- Regio (ciudad de Italia), IV 3, 25, 39, 85-86; V 81, 84.
- Restio (proscrito), IV 43.
- Rin (río de Europa), III 97.
- Ródano (río de Europa), V 66.
- Rodas (isla griega), IV 52, 60, 66-67, 71-73, 81; V 2, 52.
- Roma, III 2, 9-10, 12, 26, 40, 44, 45, 49-50, 65-66, 73-76, 85; IV 1, 3-4, 6, 8, 47, 49, 52, 54, 66, 67, 84-85, 94, 98, 119, 127; V 1, 10, 12, 17-18, 23-24, 29-30, 33-34, 43, 48, 51, 53, 66, 72-74, 80, 99, 112, 113, 126, 131-132, 145.
- Rómulo (rey de Roma), III 94.
- Roscio (guardián del campamento de Cornificio), IV 56.
- Rubicón (río de la Galia Cisalpina), III 61, 88.
- Rufo (un proscrito), IV 29.
- Sabino (oficial de Octavio), V 132.
- Saburra (general de Juba), IV 54.
- «Sacra» (vía de Roma), V 68.
- Salaso (un proscrito), IV 24.
- Salvidieno (lugarteniente de Octavio), IV 85; V 20, 24, 27, 31-32, 35, 66.
- Salvio (tribuno de la plebe), III 50-52; IV 17.
- Samaría (región de Palestina), V 75.
- Samos (isla griega), IV 42, 134.
- Sarpedón (templo de -), IV 78-79.
- Saturnino (Gn. Sentio Vétulo, pompeyano), V 52, 139.
- Seleuco (I Nicátor, rey de Siria), V 10.
- Sentia (ciudad de Italia), V 30.
- Septimio (un proscrito), IV 23.
- Serapio (prefecto de Cleopatra en Chipre), IV 61; V 9.
- Sergio (un proscrito), IV 45.
- Serreyo (monte de Tracia), IV 101.
- Servilio (Rullo, oficial de caballería de Octavio), V 58.
- Sesto (ciudad europea en el Helesponto), IV 82, 87.
- Sextio, T. (general), III 85; IV 52-53, 55, 56; V 12, 26, 75.
- Sexto, (Julio) César (cónsul), IV 58.
- Sexto, Julio (familiar de César), III 77.
- Sicilia (isla del Mediterráneo), IV 2, 25, 36, 39-40, 41, 43-44, 46, 48, 51, 52, 56, 84-86, 99, 117; V 2, 52, 61, 63, 67, 69-70, 72, 74, 78, 81, 83-84, 92, 97-99, 103, 105, 109, 116, 118, 123, 129, 133-134, 139.
- Sición (ciudad de la Argólida), V 55.
- Sila, Cornelio (dictador romano), IV 1, 16, 26, 33, 44.
- Sipunte de Ausonia (ciudad de Italia), V 56, 58.
- Siracusa (ciudad de Sicilia), V 70.
- Siria (país de Asia Menor), III 2, 7, 8, 12, 16, 24, 27, 32, 35, 36, 57, 63, 77, 80; IV 1, 38, 40, 51-52, 57-58, 60, 63, 94; V 7, 10, 65, 95, 134, 139, 144.
- Sisinia (rey de Capadocia), V 7.
- Sitio (Caleno, un proscrito), IV 47.
- Sitio (Nucerino, leva un contingente de tropas en África), IV 54.

- Sol (dios romano), V 116.  
 Sosio (cónsul), V 73.  
 Sutrio (plaza fuerte), V 31.
- Tarento (ciudad de Calabria), V 50,  
 80-81, 84, 93-95, 97-99, 103, 129.  
 Tarquinio (rey de Roma), IV 95.  
 Tarso (ciudad de Cilicia), IV 52,  
 64-65; V 7.  
 Tasos (isla en la costa de Tracia),  
 IV 106-107, 109, 136; V 2.  
 Tauro (Estatilio, almirante de Oc-  
 tavio), V 97-99, 103, 105, 109, 118.  
 Tauromenio (ciudad de Sicilia), V  
 103, 105, 109, 116.  
 Teano (ciudad de Campania), V 20.  
 Temístocles (caudillo griego), IV 48.  
 Ténaro (lugar de Grecia), IV 74.  
 Tenos (isla griega), V 7.  
 Teodoro (liberto de Sexto Pompe-  
 yo), V 137.  
 Termo (noble romano), V 139.  
 Terracina (ciudad del Lacio), III 12.  
 Tesalia (región de Grecia), IV 100,  
 108, 117, 122.  
 Tesalónica (ciudad de Tracia), IV  
 118.  
 Tetis (madre de Aquiles), III 13.  
 Tíber (río de Roma), V 33.  
 Tibur (ciudad del Lacio), III 45, 58;  
 V 24.  
 Tilio (cf. Címber, Tilio), III 6; IV  
 105.  
 Tíndaris (ciudad de Sicilia), V 105,  
 109, 116.  
 Tiro (ciudad de Asia Menor), III 77;  
 V 52.  
 Tisieno (Galo, lugarteniente de Lu-  
 cio y de S. Pompeyo), V 32, 104,  
 117, 121.
- Titinio (amigo de Casio), IV 113.  
 Titinio (oficial de Octavio), V 111.  
 Titio (general de Antonio), V 134,  
 136, 139-142, 145.  
 Titio, Publio (tribuno de la plebe),  
 IV 7.  
 Tolomeo (hijo de Auletes y herma-  
 no de Cleopatra), V 9.  
 Toranio (preceptor de Octavio), IV  
 12.  
 Torcuato (cuestor), III 69, 76.  
 Tracia (país de Europa), III 50; IV  
 38, 75, 87-88, 100, 119; V 28, 133.  
 Trebonio (conspirador contra Cé-  
 sar), III 2, 6, 26, 61, 98; IV 1, 58,  
 60.  
 Tulio Cicerón, Marco (orador y po-  
 lítico romano), III 4, 50, 51, 54-59,  
 61-63, 66, 74, 82, 89, 91-94; IV 6,  
 17, 19-20, 51; V 2.  
 Tulio Cicerón (hijo del anterior), IV  
 51; V 2.  
 Turanio (ex-pretor, proscrito), IV  
 18.  
 Turios (ciudad de Sicilia), V 56, 58.  
 Turulio (oficial de Bruto y Casio),  
 V 2.
- Ulises (héroe griego), V 116.  
 Útica (ciudad de África), IV 55.
- Varo (un proscrito), IV 28.  
 Varo, Lucio (jefe de la guarnición  
 rodia), IV 74.  
 Varrón (escritor romano), IV 47.  
 Vatinio (gobernador de Iliria), IV  
 75.  
 Ventidio (lugarteniente de Cornifi-  
 cio), IV 53, 55.  
 Ventidio (un proscrito), IV 46.

- Ventidio, Publio (amigo y oficial de Antonio), III 66, 72, 80, 84; IV 2; V 31-33, 35, 50, 65.
- Venus (- *Genetrix*), III 28; (santuario de -, en Sicilia), V 109.
- Venusia (ciudad de la Apulia), IV 3.
- Verginio (un proscrito), IV 48.
- Vesta (templo de -), III 92.
- Vetulino (un proscrito), IV 25.
- Vinio (un proscrito), IV 44.
- Virgenes Vestales (colegio sacerdotal romano), V 73.
- Volusio (edil proscrito), IV 47.
- Vulcano (templo de -, en Perugia), V 49.
- Zigactes (río de Tracia), IV 105, 128.

## ÍNDICE GENERAL

### GUERRAS CIVILES

	<i><u>Págs.</u></i>
Libro III .....	7
Libro IV .....	103
Libro V .....	221
ÍNDICE DE NOMBRES .....	361